

**CARLOS VALVERDE LÓPEZ**

**MEMORIAS  
ÍNTIMAS  
Y POPULARES**

Memorias  
íntimas y populares.

---

Por  
Carlos Valverde y Lopez.

---

Priego = 1917.

---

Edición de  
**Enrique Alcalá Ortiz**

## PREFACIO

Este libro tiene dos aspectos: uno, íntimo, familiar, privado, que atañe directamente a quien lo ha escrito, e interesa como cosa propia a las personas con quienes me ligan los sagrados vínculos de la sangre; el otro aspecto, de esfera más amplia, es público, y aún me atrevería a llamarle popular, por que hace relación, rememorándola, con la vida de nuestro pueblo durante un lapso de más de medio siglo.

Claro es que de ambos aspectos, el primero, reviste para mí y para los míos un interés primordial, directo y por esta razón lo trato con más lujo de detalles llegando a las veces hasta a la minuciosidad, falta disculpable si se tiene en cuenta que lo que es materia baladí para los extraños se aprecia como grata noticia y recuerdo estimable por los propios.

No estará de más el insistir sobre este punto, para que no se me acuse luego de haber hecho una obra excesivamente personal: pero ¿no ha de ser personal, y hasta personalísimo, lo que es esencialmente propio?

En toda clase de Memorias individuales, y con mayor motivo si son íntimas, como éstas, el eje principal en cuyo derredor gira y se desenvuelve la acción es el autor de ellas: he aquí por qué en las presentes intervengo siempre como espectador, cuando no como actor, porque si de otro modo fuera, ya no serían Memorias propias, sino de referencia, en cuyo caso, sobre no tener el interés y la virtualidad de éstas, tampoco podría responder de su exactitud como respondo de la exactitud y veracidad de las mías.

Empero este carácter personal, no excluye ni merma ese segundo aspecto, mediante el cual, lo aquí consignado, atañe, importa e interesa también a nuestro pueblo, porque en él se desarrolla casi toda la acción; paisanos nuestros son los que coadyuvan e intervienen en sus principales escenas; nuestros hogares, nuestras calles, nuestros campos, son el teatro donde esta representación viviente, dramática unas veces, cómica otras, trágica algunas, ha tenido lugar; seres queridos nuestros, son los que van a resurgir, al conjuro de mi memoria, para que lo veamos tales como fueron en vida; las grandes palpitaciones de un pueblo de corazón como Priego, en todos los órdenes de la humana actividad, religioso, político, sociológico, industrial, han de repercutir en la generación presente, y ésta, así como las venideras, lograrán hallar en mi modesto trabajo un archivo de fechas y un arsenal de noticias que la bondad de Dios me ha permitido poderles ofrecer.

Mucho, variado y complejo es el material acumulado en esta obra, pero... ¿está aquí todo? Más claro: ¿he vaciado en mis Memorias todo cuanto vive en la mía? No. Aquí digo, lo que puede decirse; callo, lo que debe callarse, que no es cuerdo revolver la sentina de las pasiones ni de los odios políticos, como no es piadoso traer a conocimiento de quien no lo sabe el fracaso o la ignominia de aquéllos que erraron en vida y sobre cuyas faltas nada hay más generoso que el olvido o, cuando menos, el silencio.

Pueden estas Memorias, por lo tanto, ser leídas o escuchadas sin temor de que el sonrojo, por hechos propios o heredados, asalte la paz de nadie: aquí hay benevolencia, para todos, agravio para ninguno.

En cuanto al desarrollo del libro es sencillamente cronológico así que cada capítulo está representado por un año, constando de cincuenta y ocho el total, a saber: desde el año 1859 en que empieza esta narración, hasta el 1917 en que vivimos.

Además de esos cincuenta y ocho años o capítulos, hay otro extraordinario que titulo "Inter sécula", o sea "Entre siglos", porque está intercalado y divide el siglo 19 del 20, y en él hago el juicio crítico de ambos, poniendo de relieve sus caracteres esenciales y diferenciales.

Por lo demás, este trabajo no tiene pretensiones literarias: su estilo es familiar, sencillo, meramente narrativo, tal como se ha deslizado de mi concepción recordatoria a los puntos de la pluma, y sin aderezo ni pulimento alguno. A veces uso, y quizá abuso, de la forma episódica, más no se me tache por tal concepto, pues sobre ser ciertas todas las anécdotas que refiero, prestan al relato alguna amenidad y lo despejan de aquella avidez inherente a toda narración desmalazada y fría.

Ahora bien; este libro lo lego a mis hijos, para que así como yo le di mi vida e impulso, ellos lo continúen siguiendo el plan y método por mí adoptados, y transmitido de unos a otros, y por todos religiosamente adicionado, pueda lograr con el tiempo el honor de llamarse "*Anales de Priego*".

Todavía, con ayuda de Dios, confío en seguir a la comenzada empresa, puesto que ya nada hay que pedir a la memoria sino a la diligencia en anotar aquellos sucesos dignos de mención: el día en que mis facultades se extingan, este ejemplar pasará a mis hijos por orden de masculinidad y primogenitura para los efectos antedichos, con encargo formal de que ellos, a su vez, lo leguen a quien corresponda. Y ahora, Dios sobre todo, y Él haga, que en mucho tiempo, no salga este libro de mis manos. Amén.

## AÑO 1859

**E**l primer hecho claro y concreto que se destaca en mi memoria tuvo por fuerza que suceder en este año, a cuyo efecto citaré un antecedente que así lo prueba: mi tía carnal D<sup>a</sup>. Manuela Valverde, el 28 de diciembre de 1859. Enferma de calenturas puerperales, falleció mi dicha tía en 11 de enero de 1860, de modo que a partir de la fecha en que fue madre, ya no pudo dejar la cama.

Pues bien; yo recuerdo perfectamente haber visto y oído a mi repetida tía tocar el arpa -que es fama tocaba de maravilla- y hago memoria de la habitación y hasta de la silla en que estuve sentado mientras pulsaba aquel instrumento; lo cual me corroboró muchos años después ser cierto mi tío y ser viudo D. José Valera Ruiz.

Cuando ocurrió el suceso de referencia, contaba yo tres años de edad.

## AÑO 1860

**E**ste año comenzó con gloria para la nación, pues en él obtuvieron grandes triunfos las armas españolas en África. Con este motivo, en los primeros días de enero, y para festejar la victoria de los Castillejos, donde Prim inmortalizó su nombre, se celebró una velada patriótica en la Carrera del Águila.

Hallábase el Casino Primitivo a la sazón en esta calle y en un balcón de él habían colocado un retrato de Isabel II, al que daba guardia una pareja de la Benemérita. Se quemaron finos bonitos fuegos artificiales, y reinó en la fiesta tanta animación como alegría.

Por entonces no había más pensamiento ni conversación que los de la guerra. Los muchachos jugaban a "moros y cristianos"; las mozas cantaban en los rincones:

"La plaza de Tánger  
La van a tomar  
Porque ya han tomado  
La de Tetuán".

El día 2 de mayo, nació mi hermana María del Mar, hoy religiosa profesora en el Convento de Madres Agustinas de Lucena.

El 7 de noviembre nació mi primo D. Julián Valverde Pérez, hijo de mis tíos D. Vicente y D<sup>a</sup>. Benita. Fue su madrina de pila nuestra bisabuela D<sup>a</sup>. Francisca López Rey que tenía 92 años.

## AÑO 1861

**E**l 9 de septiembre ingresé en la escuela de D. Ubaldo Calvo y Sánchez, único maestro de primeras letras que tuve. Eran a la sazón mayoristas, D. Francisco López Vílchez, D. Fausto Moyano Rubio, ya difuntos, y D. José Zurita Machado, vivo por fortuna, y así viva muchos años.

D. Ubaldo enseñó a tres generaciones y tenía por máxima no abarcar muchas materias, pero las que daba, enseñarlas bien.

La asignatura en que ponía más empeño era la Gramática y, dentro de ella, la Ortografía. De mí sé decir, que las mismas reglas ortográficas conozco ahora que el año 1867 en que salí de su escuela.



## AÑO 1862

**E**l 11 de septiembre, fecha de mi natalicio, murió mi abuelo materno D. Francisco de Paula López Caracuel.

El 13 de octubre, mientras Isabel II hacía su viaje a Andalucía, y precisamente la misma mañana en que almorzaba bajo el cedro de San Juan de la Cruz en la Hacienda de Calderón, en Granada, mis amigos y yo jugábamos como de costumbre en la calle del Río, hoy de Alcalá-Zamora. Nuestro juego fue interrumpido bruscamente por las voces y lamentos de una buena mujer conocida por *Rafaelica la de la leche*, quien salía de la casa del que después había de ser mi padre político, D. José Eugenio de Castilla.

-¡Qué lástima de señora! -decía- ¡Qué lástima de niños!

-¿Qué ha pasado? -le preguntamos.

-Qué acaba de morir D<sup>a</sup>. María de los Ángeles.

Con efecto; dicha señora murió en la plenitud de su vida, de un ataque de eclampsia, al dar a luz a su tercer hijo.

Y a propósito de esta muerte y de la anterior, se me ocurre una observación digna de notarse por la triple coincidencia de fechas que entraña, a saber: mi abuelo materno falleció, como ya dije, el 11 de septiembre, aniversario de mi nacimiento. D<sup>a</sup>. María de los Ángeles Ruiz, murió el 13 de octubre, fecha en que 27 años después había de nacer su nieto e hijo mío Carlos. Y, como se verá más adelante, mi abuela paterna D<sup>a</sup>. Rita García Penche, murió en 10 de febrero de 1876, fecha en que, seis años después, o sea en 1882, había de nacer su bisnieta e hija mía Ángeles.

## AÑO 1863

**A** principios de verano regresaron a Priego, después de muchos años de ausencia, mis tíos D. José María y D. Manuel López Caracuel con toda su familia, los cuales habían vivido en la emigración por su lealtad a la causa carlista, desde que terminara la guerra civil de los siete años.

Su arribo a Priego fue muy bien recibido, siendo agasajados hasta de sus antiguos adversarios políticos. Queriendo mis tíos corresponder a tales muestras de afecto, organizaron una gira popular que se celebró en la huerta de Anguita, propiedad entonces de mi tío D. Manuel López, y hoy de D. Niceto Alcalá-Zamora. D. Manuel, padre de éste, llevóme por delante de su propia cabalgadura. A dicha fiesta fue invitada y acudió tan gran porción de gente, que de seguro recordara las célebres bodas de Camacho. Se consumió la carne de un novillo, se gastaron, así mismo, muchas aves y otros manjares, y corrió el vino como el agua del río, en cuya margen estúvose también pescando.

Y como la memoria se presta a consideraciones, se me ocurren dos, a cual más tristes: ¿quién había de pensar que aquellos hombres, más que amigos, parientes, que mutua y fraternalmente se agasajaban, habían de volver a distanciarse hasta enemistarse por la pasión política, cinco años más tarde? Y... ¿quién había de creer que en aquella misma casa de la calle Acequia que mis tíos habitaban, y donde todo era paz y alegría, había de cometerse 50 años más tarde el crimen más horroroso que nuestro pueblo registra en sus anales?

El 4 de diciembre nació mi primo D. Francisco de Paula Valverde Pérez, hijo de mis tíos D. Vicente y D<sup>a</sup>. Benita.

## AÑO 1864

**E**n la primavera de este año se desarrolló una epidemia de sarampión tan intensa y general que sólo pudo comparársele la que había de producirse el año 1887. No quedó niño que escapara al común contagio, cebándose hasta en personas mayores. Solía acometer rápidamente. El mío fue un caso de éstos.

Hallábame oyendo misa en el coro de la iglesia del Carmen donde solíamos los muchachos ir cuando, hincado de rodillas, sentíme de repente acometido de un mareo y descomposición tan grandes que caí al suelo. Otro muchacho mayor que yo, Telesforo Arcos, hoy sacristán de la ermita de las Angustias, me vio caer, me recogió y me llevó a mi casa donde seguidamente quedé encamado, diagnosticando mi padre ser la que tenía la enfermedad reinante. Menos mal que fue benigna conmigo y pronto me vi bueno.

En los mismos días en que pasaba el sarampión, se vio un espectáculo tan solemne como edificante, al que no asistí por impedírmelo mi enfermedad, pero que supe por testimonio general: la viatificación de mi tío D. Juan M<sup>a</sup>. Valverde, presbítero.

Este señor, que además del gran prestigio de que gozaba por sus dotes personales y por ministerio era a la sazón Hermano Mayor de Jesús Nazareno, cayó en los últimos días de abril enfermo de muerte.

La noche en que fue administrado acudieron a acompañarme a la Divina Majestad no sólo sus deudas y amigos, sino la Real Hermandad de Jesús en pleno con el pendón y el gallardete, comisiones de otras cofradías con sus insignias respectivas, las autoridades locales y tal número de fieles, que se dio el caso de llegar los primeros de la comitiva al domicilio del doliente -donde hoy vive el también pbro. D. Vicente Castro- y no haber salido aún de la Parroquia el Sacramento. Éste era llevado bajo palio y le acompañaba la música marcial recién creada entonces.

El primero de mayo, murió D. Juan M<sup>a</sup>. Valverde.

En el mes de septiembre se exhibió durante algunos días en el patio del Castillo, el famoso elefante Pizarro. Era de gigantes proporciones, de larguísimo colmillo, roto uno de ellos, y soldada la rotura por una abrazadera de hierro. Afable y mansurrón, se dejaba golpear de los muchachos y comía a vista de todos.

Servíanle de vianda cargas enteras de planta de maíz verde entonces, cuyas cañas cogía con la trompa en grandes haces, y golpeándolas sobre un colmillo, las partía en trozos que engullía con avidez.

A poco de su estancia en Priego, refirió la prensa que en cierta localidad lo tenían atado a un ciprés muy corpulento, y harto sin duda de su cautiverio, lo arrancó de cuajo con la trompa, se lo echo a cuevas y se presentó en la plaza pública como si llevara sobre sí un manojo de espárragos. Tal era la fuerza del colosal paquidermo.

## AÑO 1865

**E**n este año se inició una santa emulación -pues tratándose de cosas sagradas no está bien la rivalidad- entre las Hermandades de nuestro Padre Jesús en la Columna y la del Nazareno. A predicar a ellas, vinieron respectivamente D. José Ramos López y D. Francisco Sánchez Juárez, canónigos del Sacro Monte de Granada. Hubo además fuegos, veladas y toros en la Carrera del Águila, lo cual no sería muy piadoso, pero sí muy popular.

A propósito de la Carrera del Águila, y antes de que se celebraran las enunciadas fiestas, ocurrió en dicha calle un suceso que por lo original y cómico, debo referir.

Llegado el día de la invención de la Santa Cruz, o sea, el 3 de mayo, salió de la Iglesia Parroquial, como de costumbre, la procesión con el Señor Crucificado y la Virgen de la Caridad. Como cosa extraordinaria, una tercera imagen precedía aquel año a las antedichas: un pequeño San Antonio de Padua, bonita escultura de talla, que llevaban en andas mis compañeros de escuela, a saber: Baldomero Ruiz Amores, Antonio Alcalá-Zamora y Castillo, Fausto Moyano Rubio y Eufemio Uceda.

Ahora bien; cuando la procesión ya de regreso se extendía por toda la Carrera del Águila, prodújose de repente un movimiento y desorden grandísimos, acompañados de voces y griterío ensordecedor. Decíase que un toro desmandado acometía a las gentes, y las gentes huían como locas, pero no se veía el toro. Lo que sí se veía era rodar la imagen de San Antonio, que los que la llevaban desampararon, y tomar curas y monaguillos las rejas arriba. Los que no eran curas, también se curaban de espanto metiéndose en los zaguanes. Mi padre y yo nos refugiamos en la calle de Pedro Ramírez, esperando el fin y resultado de aquella barahúnda.

¿Qué había pasado? Pues sencillamente que un preso de la cárcel, llamado el "*Mayorajillo*", habíase escapado aprovechando el paso de la procesión en que los demás reclusos se asomaban a verla; y el fugitivo, al salir a la calle armado de un gran cuchillo para abrirse paso, promovió aquel tumulto que la gente creyó motivado por un toro puramente imaginario.

El tal "*Mayorajillo*" tenía una historia bastante negra: hallábase procesado por ladrón y asesino y estos antecedentes, unidos a la incertidumbre de su paradero, tuvieron al público inquieto y alarmado. Por fortuna, no duró mucho tal estado de inquietud, pues a los pocos días fue el criminal hallado en una cueva de la Cubel, donde se refugió, y recluido de nuevo.

Un feliz e inesperado acontecimiento vino a hacer memorable el verano de este año en Priego. La compañía dramática de D. José Valero y de su esposa D<sup>a</sup>. Salvadora *La Cairón*, de paso para Granada, dio aquí cierto número de representaciones.

Acostumbrado este público a las modestas compañías que hasta entonces conociera, al apreciar la labor escénica de aquel coloso, que puede decirse fue el más grande y general actor del siglo XIX, se entusiasmó hasta el punto

de rogar una y otra vez al Sr. Valero que ampliara el número de funciones, como galantemente lo hizo, viéndose el teatro rebosante todas las noches.

Aunque muy niño entonces, recuerdo por la impresión que me causaron, los dramas titulados "*La aldea de San Lorenzo*", "*La cena de Baltasar*" y "*La Carcajada*", obra en la que Valero no tuvo igual.

## AÑO 1866

**P**asada la Semana Santa, vienen a Priego los primeros Misioneros, de la Orden que instituyera el Venerable Padre Claret.

Mucho tiempo antes de su llegada, nos estuvieron preparando a los niños de las escuelas para su recibimiento. Llegado el día de éste, fuimos todos los alumnos con los maestros, las autoridades eclesiásticas y civiles, las cofradías con sus insignias y numeroso público a esperarles.

A la caída de la tarde llegaron los padres acompañados de varios sacerdotes que habían ido a recibirles a Cabra. La entrada en el pueblo fue solemne y edificante. Los niños cantábamos coplas alusivas a la Santa Misión.

Llamábanse los misioneros, el padre Pastor, el padre Lobo y el padre Olmo: este último se hizo el más popular de ellos.

Estuvieron aquí el resto de abril y casi todo el mes de mayo, haciéndose en éste un Mes de María solemnisimo, con asistencia de los dichos padres y predicación a diario de alguno de ellos o de los oradores que vinieron para las funciones de mayo.

Celebrábanse estas flores de María en la extinguida iglesia conventual de monjas de Santa Clara, concurrían a ellas las autoridades locales, y ofrecían ramos a la Virgen, mediante bonitos versos que recitaban, seis parejas de niñas, de las principales familias, vestidas de blanco y coronados de flores.

La Misión logró grandes frutos e instituyó tres asociaciones: la de Hijas de María, las Conferencias de San Vicente de Paúl, que aún subsisten, y la infantil de San Luis Gonzaga.

Durante este mes de mayo se celebraron con solemnidad nunca vista las fiestas votivas de las Reales Hermandades de la Columna y del Nazareno, acentuándose la piadosa emulación que se iniciara en el año anterior. La Hermandad de Jesús en la Columna adornó con arcos vestidos de follaje, pabellones de percalina e innumerables farolillos a la veneciana, todo el trayecto existente desde la puerta de la iglesia de San Francisco, siguiendo por la calle de este nombre, Acequia y Mesones hasta la antigua plaza. Trajo además una música de Regimiento y dio dos veladas en dicha plaza. Hizo por último una magnífica función en la que predicó D. José Ramón López, canónigo del Sacro Monte y terminó con muy lucida procesión acompañada por la banda militar. La Hermandad de Jesús Nazareno celebró un suntuoso novenario con otros tantos sermones que predicaron alternando D. Francisco Sánchez Juárez y D. Francisco Bermúdez de Cañas. Dio también tres notables veladas en la Carrera del Águila, quemándose en cada una de ellas un hermoso castillo de fuegos artificiales.

A fines de año llegó a Priego y se exhibió muchas noches en la calle Solana la llamada "*cabeza parlante*".

El espectáculo consistía en una cabeza humana, viva, que hablaba, gesticulaba y giraba sobre una bandeja de plata que le servía de base, la cual bandeja estaba llena de sangre.

El encargado de explicar el fenómeno, decía ser aquella cabeza de Holofernes, pero mentía como un bellaco, pues la tal cabeza no era otra sino la de un francés, padre del diputado radical Alejandro Lerroux, quien, colocado bajo una mesa, y oculto el cuerpo por una hábil combinación de espejos, daba la sensación de dicha cabeza parlante.

En esta tournée por Andalucía, nació accidentalmente en la Rambla el Sr. Lerroux, el cual sí es la verdadera "*cabeza parlante*".

## AÑO 1867

Este es el año llamado de la *sopa*, de tristísima memoria. En el anterior se hizo buena sementera, llovió bastante en ella, sobre todo, durante las fiestas de Navidad, lo cual hacía presagiar excelente cosecha. Por desgracia no sucedió así, las últimas aguas cayeron en la Pascua de 1866; llegó el 67, y a medida que avanzaba el invierno, seco como ninguno, y tras él la primavera, más seca aún, comenzaron a subir de precio los granos y sobrevino una alarma general. En el mes de abril, se vendía ya el trigo a 80 reales por fanega y subía diariamente uno o dos reales. En mayo, se consideró la cosecha irremisiblemente perdida; la fanega de trigo se cotizaba a 100 reales y el pan se vendía a dos. No había ni pan ni trabajo.

Ante tal conflicto, reunióse el ayuntamiento y los mayores contribuyentes bajo la presencia de mi tío D. Francisco Valverde, que era el alcalde, y hecho cargo todos de la angustiosa situación y de la necesidad de remediarla pronto, se acordó la distribución de sopa y semillas a las clases proletarias.

Al efecto, repartíase a diario pan en abundancia en las principales casas, donde era rebaneado para convertirlo después en sopa. Ésta, muy bien condimentada, por cierto, distribuíase en raciones a cuantas personas lo solicitaban. También se daban semillas en la misma forma. Simultáneamente, y para aminsonar el número de los necesitados, se hizo un reparto de jornaleros entre los más acaudalados propietarios, quienes los dedicaban a mejorar sus fincas, ya que las labores ordinarias eran inútiles.

Por la misma razón que los granos alcanzaron precios tan exorbitantes, el ganado, en general, llegó a una lastimosa depreciación. Comprábase una yunta de buenos novillos, por 800 reales; una vaca valía 300. La carne de este animal vendióse durante el mes de septiembre a 13 cuartos la libra carnícera, precio equivalente a 38 céntimos de peseta.

Así terminó aquel funesto año, siendo la ruina de muchos labradores y el azote de las clases trabajadoras.

El día 5 de febrero nació mi hermana Purificación, esposa hoy de D. Luis Madrid Linares.

El 25 de septiembre salí por primera vez de Priego, dirigiéndome con mi padre a Cabra, en cuyo Instituto quedé en calidad de interno, para cursar el Bachillerato.

Como detalle de la forma de viajar entonces diré: que la única carretera que teníamos era la que conduce a Cabra recién acabada a la sazón. El servicio del correo y el de viajeros se hacía en un malísimo coche con peores caballos, que nunca pasaban de tres, guiados por los hermanos Juan y Joaquín Moreno. Se salía de casa de Rafael Onieva, calle de Prim, donde estaba la administración, a la muy cómoda hora de las 3 de la madrugada, en todo tiempo; se llegaba a Cabra nada más que en cinco horas, o sea, a las 8 de la mañana; tomábase en Cabra otro coche, similar al de Priego, a las 9, y se llegaba a Aguilar, esto es, al tren, a las 12 del día. En cambio, al volver, apeábase el viajero en la estación de Aguilar a las 2 de la tarde; subía a la diligencia que lo



ponía en Cabra a las 5; salía de esta ciudad cerca de las 6 y tenía la seguridad de que, salvo accidente, a las 11 de la noche estaba en su casita. ¡Y hubo tantas noches en que el correo llegó a la una y hasta a las dos de la madrugada! Bien es verdad que entonces se viajaba poco: el día en que circulaban tres personas, ponía Rafaelico Onieva cara de Pascua.

## AÑO 1868

**S**i el año anterior fue el de la *Sopa*, éste fue el de la *Revolución*, y a la verdad no sé cuál fuera peor.

En el mes de abril murió el general Narváez, residente del Consejo de Ministros, único, pero formidable dique que estaba conteniendo la revolución: muerto aquél, ésta se presentía, hallábase en la conciencia de todos.

A principios de mayo, encontrándome en el Instituto de Cabra, fui llamado a la sala de visitas donde una me esperaba. Era mi tío D. José M<sup>a</sup>. López Caracuel quien, de paso por aquella ciudad, quiso verme y aún regalarme. Fue la última vez que le vi. Al marcharse me recomendó que no le revelara a nadie su estancia allí. Yo le prometí cumplir el encargo, aunque no comprendí la razón de él.

Cuando volví a Priego, terminado el curso, leí en la prensa que muerto el Duque de Valencia y presintiéndose la revolución y el destronamiento de Isabel II, D. Carlos de Borbón y de Este, pretendiente a la Corona de España, había llamado a sus más notables adeptos, con el fin de estar preparados y hacer valer sus derechos, cuando cayera la dinastía reinante. Mi tío D. José María, general carlista, fue uno de ellos, y a esto se debió su paso por Cabra.

En aquel tiempo creóse una institución armada que se llamó Guardia Rural, cuyo título indica su cometido, la cual duró pocos meses. Recuerdo haber visto en casa de mi tío, que seguía siendo alcalde, las carabinas sistema Berdan que le fueron suministradas a dichos guardias.

A medida que el verano avanzaba, la expectación política crecía: decía-se que antes de que la Corte, a la sazón en Lequeitio, volviera a Madrid, la revolución estallaría. Barajábanse nombres de generales comprometidos, de guarniciones dispuestas a secundar el movimiento insurreccional, de conjurados que iban y venían.

Nuestro paisano el pbro. D. Luis Alcalá Zamora que faltaba de Priego desde muchos meses atrás, estaba en contacto con los generales que habían de hacer la revolución y fue uno de sus principales agentes.

Así las cosas, por fin se supo hacía el 20 de septiembre que el grito de "¡Viva la libertad!" habíase dado en Cádiz, que la marina de aquella plaza secundaba el movimiento, y que el general Serrano, con numerosas fuerzas rebeldes, avanzaba hacia Córdoba. Y llegó el 22 de septiembre, día del levantamiento de Priego.

Con anterioridad, mi tío D. Francisco Valverde había tomado las medidas que creyó convenientes respecto al movimiento político que se avecinaba, y entre otras, tenía preparada la Guardia Rural en la Posada del Palacio, donde radicaba el cuartel de dicha fuerza.

D. Juan Alcalá Zamora que, aparte de sus opiniones contrarias, era amigo íntimo de mi tío, hacíale frecuentes visitas y le llevaba muchos mensajes de sus correligionarios próximos al levantamiento.

Por si eran pocos los cuidados del alcalde, en la mañana de aquel mismo día murió su tío carnal D. Antonio García Penche, hermano de mi abuela, cuya desgracia le retuvo en casa del muerto. Cuando ya a medio día salía de ésta y se dirigía a la suya, encontré con D. Juan Alcalá-Zamora quien le notificó que el pueblo de Carcabuey se había pronunciado en favor de la revolución, y que muchos de los de allí sublevados, a cuyo frente se hallaba el llamado "maestro Alonso", habían llegado a Priego para dar aquí también el grito; que los liberales de ésta, resueltos a pronunciarse, lo harían aquella tarde, y que le rogaba no extremase la resistencia en evitación del derramamiento de sangre.

Acaso esta petición, unida al carácter siempre bondadoso del alcalde, determinaron a éste por el procedimiento de la paz, pues dado el grito de rebeldía a las 4 de la tarde, y contestado con algunos disparos de la Guardia Rural, a cuyos cuarteles agredían los sublevados, bien pronto mi tío dio la orden de que cesara el fuego y la resistencia, como, en efecto, se hizo.

Mi padre no me permitió salir a la calle aquel día, pero desde mis balcones pude observar las idas y venidas a la casa del alcalde, como vi a las 5 de la tarde desembocar en la plaza a los más caracterizados liberales, acompañados de sus correligionarios de Carcabuey, dando vivas a la libertad, a España con honra y muera a Isabel II.

Aquella noche, previa un acta en que el alcalde declinaba su responsabilidad por las razones en ella consignadas, resignó el mando, asumiéndolo una Junta revolucionaria presidida por D. Gregorio Alcalá-Zamora y Caracuel. Dicha Junta entró en funciones a seguida; destituyó a todos los empleados municipales, e hizo nuevos nombramientos recaídos en personas de su confianza.

A los pocos días, la tarde del 28 de septiembre, fui invitado a cazar colibríes por mis amigos D. Miguel, D. José María y D. Laureano del Mármol, escogiendo al efecto una haza de los Prados donde clavamos los puestos. Era una tarde tan serena como despejada; por lo mismo nos llamaba poderosamente la atención que en toda ella no cesara de oírse un continuo tronar como si nos hallásemos próximos a un foco tempestuoso.

- Pero ¿dónde están -decíamos- las nubes que delaten la proximidad de esta tormenta?

Cuantas personas salieron aquella tarde al campo, volvieron luego tan intrigadas como nosotros, por haber oído, sin explicárselo, el incesante tronar. Al día siguiente supimos la causa: la tarde anterior se había dado la batalla del Puente de Alcolea, y aunque parezca un fenómeno de acústica, el ruido extraño que sentimos fue el cañoneo del combate, en el cual, un casco de granada, hiriendo gravemente al Marqués de Novaliches, general en jefe de las fuerzas leales, decidió el éxito de la batalla, dando el triunfo al Duque de la Torre y poniendo fin al reinado de Isabel II.

No terminó el año, sin que otro acontecimiento impresionara, siquiera fuese en distinto sentido, a este vecindario: en la semana anterior a la Pascua de Navidad, se procedió a la excomunión de las religiosas de la Orden de Santa Clara, existentes en el Convento que ocupaba lo que hoy es plaza pública.

Esto se efectuó al anochecer, y yo, desde un quicio de la puerta conventual, presencié la salida de todas ellas. Desalojaron el local una a una, con el

velo echado sobre el rostro y acompañada cada cual por su familia o persona de su confianza.

Era a la sazón abadesa de la Comunidad mi tía sor Manuela Valverde, quien al poco tiempo se recluyó en un convento de Alcaudete donde murió.

El convento de Priego quedó vacío y su iglesia se cerró al culto bien pronto. Las imágenes de cuadros de ella pasaron a otros templos; las puertas de la calle son las que hoy dan entrada a mi molino.

## AÑO 1869

**E**n los primeros días de enero se supo que el general Caballero de Rodas había entrado en Málaga para sofocar un levantamiento republicano, lo que logró el día de año nuevo, no sin verter mucha sangre. Una de las víctimas, inocente para mayor dolor, fue el cosario o arriero de Priego Francisco Luque, quien se hallaba tranquilamente en su posada, donde fue acuchillado.

A últimos de junio, se promulgó aquí solemnemente la Constitución, en esta forma: adosado al ángulo resultante del convento de monjas, entre las calles de Prim y Cava, o sea junto al hoy llamado "Círculo de Cazadores", se levantó un espacioso tablado convenientemente dispuesto para el caso. A la caída de la tarde, el Ayuntamiento en pleno, subió de su casa capitular, situada en San Pedro, y se posesionó del tablado, a cuyo pie daba guardia la milicia nacional que tenía su retén en el ex convento de monjas. Un numeroso público asistía al acto.

Haciéndose el silencio, el alcalde entregó un ejemplar de la Constitución -recientemente aprobada en Cortes- al Secretario del Ayuntamiento, que era D. Manuel Alcalá-Zamora, y este señor, con voz bien timbrada, en pie y avanzando el cuerpo hacia el auditorio, leyó la ley fundamental del Estado.

Terminada la lectura, el alcalde dio un ¡viva la Constitución!; la música, preparada al efecto, tocó el Himno de Riego, y unos albañiles, también preparados, fijaron en la pared una piedra que decía "*Plaza de la Constitución*", a cuya piedra dieron guardia toda la tarde y noche siguiente, relevándose los milicianos nacionales.

A propósito de esta milicia, debo decir que no respondió a los fines de su institución; bien es verdad que lo mismo sucedía en el resto de España, siendo en todas partes elemento de discordia y de rebeldía, en vez de serlo de orden y de civismo.

Por lo que respecta a Priego, como los milicianos carecían de uniforme, pues solo los jefes eran los que llevaban una gorra o kepis por distintivo, y las armas eran del antiguo sistema unas largas, otras cortas y malas todas, el conjunto no podía ser más abigarrado y lastimoso.

Para proveer de armas a estos voluntarios de la libertad, no encontraron medio más expedito los prohombres de la situación que confiscar las que poseían los del bando contrario. Así, pues, exigidas a los carlistas y moderados las suyas, las fueron entregando bonitamente, sin que esto quiera decir que no hubiese algunos que se negaran a obedecer tan arbitraria orden.

Entre ellos, y por lo cómico del caso, he de citar el de D. José Madrid Calderón.

Este buen señor, de abolengo moderado, ex-alcalde de Isabel II, algo pariente del general Narváez y de un tesón verdaderamente aragonés, fue visitado por una comisión de milicianos nacionales para que entregara las armas que poseyera.

Oyó con toda paciencia la demanda, y cuando los emisarios concluyeron, les preguntó:

-Bueno, y ¿de parte de quién se me exige que entregue mis armas?

-De parte de la autoridad -le contestaron.

-Yo no reconozco más autoridad que la de Isabel II, de Borbón, que Dios guarde. Hemos concluido.

Y sacando su famosa caja de rapé tomó un polvo, mientras señalaba elocuentemente la puerta a la comisión para que despejara.

Hay que convenir en que se necesitaba todo el valor pasivo que dicho señor tenía, para dar semejante contestación en aquellas circunstancias.

Los así desairados, no le perdonaron su rotunda negativa: de allí a poco, el 25 de Julio, día de Santiago, a las 6 de la tarde, una turba de muchachos, *algunos con barbas*, asaltó la casa de D. José Madrid, le rompió los cristales, le arrojó a la calle cuantas macetas tenía en sus balcones, y no entró en el edificio por estar bien cerrado.

Aquella algarada se repitió, aunque con menor ensañamiento, en casa de otros moderados, o *polacos*, como entonces solía apellidarse a los caídos. En cuanto a D. José Madrid, no por su voluntad, sino refiriendo a consejos de cariñosos amigos y especialmente al deseo de su señora y de su cuñado D. Rafael Barea, canónigo de Granada, tomó el partido de marcharse a dicha capital, en evitación de mayores disgustos.

Como entonces no había carretera a la ciudad de la Alhambra, hizo su viaje cabalgando sobre mansa bestia y acompañado de su antiguo aparcerero y hortelano llamado "Cepero". A la vuelta de éste, le preguntó mi padre político qué tal había hecho D. José el viaje.

-Muy bien -le contestó.

-Pero iría triste; ¿verdad?

-No señor; iba alegre, y cantando.

-¿Cantando? Y, ¿qué cantaba?

-El Himno de Riego.

## AÑO 1870

**E**n este año no sucedió cosa de particular; los festejos públicos consistían en música y paseo que teníamos a todo pasto. Durante el verano, aquélla tocaba, como ahora, en la Fuente del Rey, la cual ostentaba, como novedad, unos farolillos de colores en los cuatro surtidores que hay en el estanque central. El 15 de agosto, arreglada su cañería, saltó el gran surtidor que tiene abrazado la diosa Anfitrite, junto a Neptuno, cuya agua subía a considerable altura.

Llegado el invierno se estableció una novedad que, quizá por lo buena, duró poco tiempo. La banda municipal se situaba en el Paseo todos los días festivos, desde las doce hasta las dos de la tarde y tocaba bonitas piezas. Acudía mucha gente, en especial la que salía de misa, y se tomaba el sol alegremente paseando hasta las 2 de la tarde en que todo el mundo se iba a su casa a comer. Porque entonces, salvo contadísimos casos y casas, se hacían tres comidas: desayuno, comida propiamente dicha y cena. Y la segunda, o sea en la que se consumía la clásica *olla*, había de servirse a las 2 de la tarde.

El 30 de diciembre en la noche, precisamente la fecha en que murió el general Prim, se cometió en la plaza pública, a poco de las doce, un homicidio que quedó impune.

Pepe Bonilla, como familiarmente se le llamaba, fue muerto violentamente junto a la puerta del hoy "*Círculo de Cazadores*". Era el finado hombre de corazón y de grandes arrestos, joven, bien mozo, simpático y uno de los más significados voluntarios de la libertad. Yo, que vivía cerca de la Plaza, y me estaba acostando, sentí las voces que precedieron al disparo. Después, éste, y después, nada. Y en *nada* quedó aquel delito.

Al finalizar este año, se introdujo una radicalísima modificación en el alumbrado: el uso del petróleo, hasta entonces desconocido en Priego. Trajo este artículo D. José Montoro Rubio, establecido recientemente en la calle de Zapateros y cuyo comercio logró un gran prestigio.

Usábase hasta entonces el aceite, que alumbraba poco y manchaba mucho, con esta diferencia en el empleo del mismo: en las casas pudientes se daban el pisto de tener hasta tres luces. Una en el portal, que consistía en una farola; otra en el comedor que ostentaba un velero, y la tercera en la cocina o trascocina que era un triste candil o, a lo sumo, una capuchina. En las casas pobres no existía más que el candil, y cuando alguien lo descolgaba de la chimenea, para ir a otra habitación, los que estaban en la cocina se quedaban "*a tí suspiramos*".

Ya se comprende que en medio de un tan general *oscurantismo*, el advenimiento del petróleo fue recibido y aceptado con entusiasmo por todos, siendo reemplazados bien pronto faroles, velones y candiles, por lámparas colgantes y quinqués de pared.

La innovación fue tan llamativa, que recuerdo la atención y curiosidad con que los que pasaban por la calle del Río, miraban el portal de D. Francisco

de Paula Martínez, en cuya casa, recién obrada entonces, lucía una de las primeras lámparas de petróleo que se vieron en Priego.

El Ayuntamiento también hizo la consiguiente modificación en el alumbrado público, con gran satisfacción de todo el vecindario.



## AÑO 1871

**D**urante el mes de junio se celebraron varias corridas o capeas de vacas en la Carrera del Águila. A este efecto, se cortaba la calle con una empalizada de madera por bajo de los dos Altillos y se establecía otra tercera valla para separar el Paseo. El toril se situaba a la entrada de la calle de Santa Ana, y de allí salían las reses. Por todo el perímetro de la improvisada plaza corría un andamiaje de madera formando gradas y tablados, quedando sólo libre la entrada a las casas.

Los espectadores podían ser activos o pasivos: para ser lo primero, bastaba pagar la entrada, mas como ésta no les daba derecho a sentarse, tenían que habérselas con el toro o lidiarlo; para lo segundo, necesitaban además pagar el asiento, ya fuera de grada o de tablado.

La lidia, como se comprende, era libre; es decir, que podía actuar de torero todo el que quisiera, y como eran tantos los que querían y entre ellos había muchos cargados de alcohol, sucedíanse los lances cómicos sin interrupción y resultaba el espectáculo bastante regocijado.

Las corridas de este verano tuvieron cierto carácter político, inherente entonces a todos los festejos públicos: en medio del redondel, y pendiente de una pértiga, pusieron un pelele con boina que decían ser el pretendiente D. Carlos de Borbón. Cada vez que la vaca pasaba y veía al fantasmón le tiraba un derrote que le hacía bailar, con gran algazara de la gente. Tales corridas se celebraban casi todos los veranos en este sitio, o bien en el Paseo, o en el Llano de la Iglesia.

También eran muy frecuentes, por aquellos tiempos, los llamados *toros de cuerda*.

Cada vez que entraba una res al matadero que se conocía ser brava, pedían los jóvenes permiso al alcalde para lidiarla; permiso que era siempre concedido, y previa una pequeña indemnización al dueño de la res por el demérito de la carne que pagaban los solicitantes, se sacaba el animal atado con una larga cuerda, se paseaba por las calles y era lidiado por el público, el cual tomaba las rejas y zaguanes por burladeros. La noche de la velada de San Juan era de rigor el *toro de cuerda*: si no lo había en Priego, se buscaba.

En el mes de julio hice mis primeros ensayos poéticos que presenté a mi prima D<sup>a</sup>. Amparo García Pérez, mereciendo su aprobación y estimulándome al cultivo de la poesía. Por este tiempo mi dicha prima había publicado ya bastantes trabajos y gozaba de justa reputación en la república de las letras.

El día 25 de julio, feria de Carcabuey, fuimos a esta villa muchos jóvenes, llevados por el aliciente de un baile que había de celebrarse en casa de D. Francisco Candil, fiesta que por circunstancias especiales no se pudo realizar, pero en cambio hubo una tormenta fortísima que, nosotros, los chaqueados bailarines, creímos castigo del cielo por no haber querido darnos el baile. Me hospedé los dos días que estuve allí en casa de D. Juan Bautista Galisteo, cu-

yos hijos, Juan Evangelista y Esteban, eran compañeros míos en el Instituto de Cabra.

En la madrugada del 29 de agosto cayó enfermo mi padre (q.e.p.d.) de un ataque hepático, falleciendo a las 9 de la noche del 31.

El 15 de septiembre obtuve el grado de Bachiller en Artes en el Instituto de Cabra y el 4 de octubre fui por primera vez a Granada a cursar la carrera de Derecho.

Seguían, a la sazón, la eclesiástica en el Sacro-Monte D. Antonio Linares Martos, D. Domingo Arjona Casado, D. Antonio y D. Juan de la Cruz Aguilera Jiménez y D. Francisco Villén Luque, todos amigos míos y todos muertos, ya. En la Universidad estudiábamos D. Eduardo Aguayo, D. Rafael Pedrajas, D. José Ramón Quesada, los hermanos Galisteo de Carcabuey, y yo.

Durante la festividad de todos los Santos, contraí unas intermitentes tan intensas como rebeldes, que no me dejaron continuar los estudios: tuve que venirme a Priego el 30 de noviembre, mucho antes de las vacaciones de Pascua.

Llegado aquí en plena época de las *matanzas*, me encontré con una novedad. Hasta entonces, esa interesante operación doméstica se hacía en cada casa por los familiares, digámoslo así. Si la casa era rica, por los criados y arrendatarios; si era pobre, por los mismos que habían de consumir el apetitoso cerdo, y tanto en la una como en la otra, con regocijado acompañamiento de zambombas, cantos preludiando la próxima venida del Niño Dios y sendos tragos de vino entre todos los concurrentes.

Pues bien, este año puede decirse que desapareció ese carácter familiar y aun patriarcal que reinaba en las antiguas matanzas. Se creó una sociedad, o mejor dicho, cuadrilla, llamada "*Partida de la porra*", la que, a peseta por cabeza, se brindaba a matar, descuartizar, salar y colgar a todo cerdo viviente, poniendo por su cuenta barcas, camales, cuchillos y cuantos menesteres se usaban en la perpetración de aquella horrible carnicería.

El público aceptó de bonísima gana los servicios de la flamante sociedad y desde entonces entró en funciones, siguiendo todavía en ellas, siquiera en el transcurso de tantos años se haya renovado el personal y aumentado la tarifa cobratoria.

El primer jefe de la "*Partida de la porra*" se llamaba Juan León... un verdadero león matando puercos; lo cual no obstaba para que fuera además cofrade y aún penitente del Orden Tercero.

## AÑO 1872

Seguí gravemente enfermo durante el resto del invierno con todos los síntomas de una tisis incipiente: fiebre continua, disnea, tos seca e incesante y demacración excesiva. Los médicos me mandaron ir a Panticosa cuando el establecimiento se abriera, pero gracias a Dios no fue menester.

A mediados de marzo, por inspiración propia, se me ocurrió tomar la leche de burra, y si es verdad que existe la medicina de Fernando esa fue para mí la leche asnal: a los tres días de beberla comenzaron a ceder todos los síntomas morbosos, como por encanto, y a las dos semanas, o sea, en la Santa, ya estaba completamente bueno.

Durante mi enfermedad, como no podía estudiar, entreteníame en leer a diario la prensa periódica. Recuerdo que en los días 20 y 22 de enero hubo dos sesiones de Cortes borrascosísimas y el Sr. Muro, diputado republicano, apellidó a D. Amadeo "*reyeruelo*". Como insistiera en sus demasías y fuese llamado al orden por el Presidente, quien le hizo observar que tales frases no podían decirse allí, contestó: -Se dirán en las barricadas.

El tumulto que entonces se promovió fue espantoso: los oradores se increpaban de banco a banco, algunos llegaron hasta a agredirse, el Presidente era incapaz de dominar tal escándalo pero cuando éste era mayor, apareció Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros, y leyó el decreto de disolución de las Cortes.

Aquello cayó como una bomba; las oposiciones despechadas, roncas de gritar y de denostar al Gobierno, se unieron en aquel momento en contra de él y formaron lo que entonces se llamó la "*Coalición Nacional*".

Priego también se sumó a dicha coalición, la cual tenía por principal objeto dar la batalla al Gabinete en las elecciones de Diputados que habían de celebrarse el día 3 de abril.

"*Tres de Abril*" -escribía con este motivo un periodista festivo- "*San Benito de Palermo: pareceme que va a haber "palos ese día"*. Y ¡vaya si los hubo!

Obedeciendo las órdenes de sus respectivos jefes, en nuestro pueblo se unieron zorrillistas, republicanos y carlistas para elegir diputado a D. Luis Alcalá-Zamora, presbítero, en contra de D. Joaquín M<sup>a</sup>. Trillo, candidato ministerial, al que únicamente apadrinaba D. José Madrid Calderón.

Claro, que D. Luis Alcalá-Zamora ganó la elección en nuestro distrito por abrumadora mayoría de votos, pero como en España, y más en aquellos benditos de tiempos, quien dice "*elección*" dice escamoteo, y dice *chanchullo* y dice *falsedad*, no sé cómo se las compuso la junta de escrutinio para que saliera proclamado D. Joaquín M<sup>a</sup>. Trillo y derrotado el Sr. Alcalá-Zamora.

Con razón decía D. José Madrid: "*ello dirá, ello dirá*" cuando le argüían que su candidato no podría triunfar.

Por el estilo de las de Priego fueron las elecciones en toda España, un verdadero escándalo, lo que determinó la caída del Gobierno.

En este mismo mes de abril, se produjo el levantamiento carlista en el Norte, principio de la segunda guerra civil que había de durar cuatro años.

Mi tío D. Manuel López Caracuel, brigadier del Ejército de D. Carlos, de quien recibiera órdenes para secundar el movimiento insurreccional en Andalucía, intentó efectuarlo en Priego el 3 de mayo con los partidarios que aquí tenía y otros que vinieron de fuera, entre ellos un capitán.

Como tal levantamiento pudiera acarrear un día de luto a nuestro pueblo, dado que la fuerza miliciana estaba dispuesta a repelerlo, mediaron ciertas personas haciendo desistir a mi tío de su proyecto, mas al día siguiente salió para Córdoba con los que le siguieron, y muy en breve realizó el alzamiento presentándose en Sierra Morena con una partida carlista, la cual, como era de temer, cayó bien pronto prisionera.

Mi tío estuvo preso algún tiempo en la cárcel de Córdoba, de la que logró evadirse, y marchó disfrazado al Norte donde continuó en armas durante el resto de la campaña.

El 5 de mayo fue Domingo de Jesús en la Columna, y el predicador que actuó en dicha función, paisano nuestro y persona chistosísima, por cierto, se subió al púlpito, no bien preparado seguramente y -como vulgarmente se dice- se le fue el sermón: no pudo pasar del Ave María.

En cambio el día 12 que fue Domingo del Nazareno, predicó D. Maximiano Fernández del Rincón, doctoral de Granada y después obispo de Guadix, quien empleó dos horas en su sermón sobre el Pontificado. Y váyase lo uno por lo otro. Durante esta función murió D. José Tomás Castilla a los 95 años de edad.

A últimos de agosto, precisamente en aquellos días del aniversario de la muerte de mi padre, cayó también repentinamente enfermo su compañero y entrañable amigo D. Antonio M<sup>a</sup>. Zurita y Cañete: una pequeña mancha gangrenosa que se le presentó en un pie, determinó su muerte acaecida el 1<sup>o</sup> de septiembre.

Muertos, pues, estos dos médicos, enfermo cuando no ausente D. Augusto Estrada, y no pudiendo los restantes facultativos D. Juan León Iquino y D. Ignacio Moyano atender por completo al servicio sanitario, vino a Priego en bonísima ocasión durante el mes de octubre D. Miguel Marín Martín, con gran acogimiento por el pueblo, dado su prestigio profesional, del que actualmente goza.

En este otoño, y ya repuesto de mi pasada enfermedad, volví a Granada a continuar mis estudios.

## AÑO 1873

**E**l día 11 de febrero renunció a la Corona de España D. Amadeo de Saboya, y en el mismo día fue proclamada la República por las Cortes.

Cuando tal acontecimiento sobrevino no estaba yo en Priego, sino en Granada, pero supe a mi regreso que aquí se instauró la forma republicana en completa paz, y que los hombres que siguieron desde aquel día los destinos de este pueblo, dieron seguridad que fidelísimamente cumplieron, de absoluto respeto personal, sin distinción de matices políticos.

Puede decirse que aquellos republicanos desmintieron con hechos la doble tacha que se les imputaba de revolucionarios e irreligiosos: desmintieron la primera nota, dando la garantía personal a que aludo; y la segunda, asistiendo el Ayuntamiento en corporación a los Divinos Oficios de Semana Santa. Como hombres de modesta condición social, en vez de la severa levita llevaban una honrada capa sobre los hombros que los hacía, si cabe, más simpáticos.

A propósito de la Semana Santa, ocurrió con motivo del Prendimiento un hecho lamentable que presencié desde muy cerca: no se sabe si una mano criminal que cortó las sogas que sujetaban los tablones, o una mano poco perita que no las anudó bien, determinaron la causa, pero el hecho fue que en el momento de la Sagrada Cena, cuando el sacerdote que hacía de Cristo reparaba el pan a sus discípulos, al llegar su turno a Judas y dar éste la clásica huída, el tablado se hundió por uno de sus costados resbalando por él, como un plano inclinado, Maestro, apóstoles y acompañamiento. No ocurrió, por fortuna, ninguna desgracia personal, pero sí la alarma y el susto consiguientes. Pasado éste y reparada la avería, continuó la celebración de los Pasos.

Durante la primavera se constituyó la sociedad constructora del Circo Gallístico, cuyo local comenzó a edificarse bien pronto en el Paseo. Componíase la sociedad de 22 accionistas, propietarios de igual número de acciones, que a su vez se subdividían en medias.

Integraron repetida sociedad, individuos pertenecientes a toda clase de partidos políticos, lo cual fue causa de que el amigable y continuo contacto que la afición les imponía, suavizara las asperezas y acortara las distancias que la pasión de partido estableciera entre ellos.

El 26 de mayo, aniversario de la ejecución de Mariana Pineda en Granada, hallábame en esta ciudad y presencié la procesión cívica que precedió al descubrimiento de la estatua que dicha heroína tiene en la Plaza del Campillo. Asistieron las autoridades, representaciones de muchas sociedades y cinco mil milicianos nacionales que a la sazón había allí. Formóse la comitiva en la calle de Recogidas, de cuyo convento salió Mariana Pineda el 26 de mayo de 1831 para ser ajusticiada; llegó hasta el Paseo del Triunfo, donde está la cruz que señala el sitio del patíbulo, y volvió al Campillo, donde, a los acordes de la Marsellesa, se levantó el velo que cubría la estatua.

El 7 y 8 de Junio también fui testigo en la misma capital del sangriento desarme de los carabineros por la milicia nacional.

A causa de anteriores antagonismos entre ambos institutos armados, los voluntarios de la libertad propusieron el desarme de los carabineros, que, como es natural, fue rechazado de plano.

Los carabineros, en número de algunos cientos, hiciéronse fuertes en su cuartel del Triunfo; los nacionales coronaron los edificios cercanos y la Puerta de Elvira desde muchos puntos hacían un horroroso fuego convergente sobre el cuartel. Así duró el fuego toda la noche del 7 de junio.

A la mañana siguiente, amanecieron dos escuadrones de caballería formados en la ribera del Genil y cuatro cañones emplazados en la puerta del Cuartel de Artillería, como dispuestos a repeler la agresión; pero ni se movieron dichas fuerzas, ni la Infantería, ni la Guardia Civil salieron de sus cuarteles. Todo el mundo protestaba de la inacción, o más bien de la traición del Capitán General Rodríguez Termes que dejaba a los carabineros en tamaño desamparo. Y cuando llegó el mediodía y el Comandante de aquéllos comprendió que el socorro que esperaba no venía, formó las fuerzas en el patio del Cuartel, abrió las puertas y quiso salir a la desesperada. Pero no lo consiguió. Una lluvia de balas se estrelló contra el cuerpo de aquel valiente y contra los que le siguieron.

Entonces vino la rendición y el desarme. A la una de la tarde la milicia nacional bajaba en son de triunfo por la Puerta Real, llevando cada miliciano como trofeo o botín de guerra alguna prenda de ropa o alguna arma de los desgraciados carabineros.

Al día siguiente, 9, salió ocultamente Rodríguez Termes de la capital y partió para la isla de Cuba.

En la misma tarde, y desde la Cuesta de Gomeles, presenciamos mis compañeros Galisteo y yo el imponente entierro de 18 muertos entre carabineros y nacionales, que eran conducidos a hombros por sus compañeros de ambos. Además quedaron 72 heridos en los hospitales.

Uno de los carabineros desarmados fue José Aguilera, conocido por *Aguilerón*, hijo de Priego, que después sirvió como camarero muchos años en el Café Suizo.

Ahora bien, como esta tragedia se desarrollara en las vísperas del Corpus, los forasteros se abstuvieron de ir a las fiestas y las pocas que se celebraron estuvieron deslucidas.

Este verano comenzaron a usarse los sombreros de paja para caballeros: afectaban la forma que hoy tienen los de jipi-japa y bien pronto se generalizaron. Su precio oscilaba de 10 a 15 pesetas.

El 26 de agosto murió en la feria de Martos, casi repentinamente, mi tío carnal D. Vicente Valverde. De la profunda impresión que le produjera la terrible noticia, enfermó su viuda D<sup>a</sup>. Benita Pérez, quien sólo sobrevivió a su marido siete meses.

A últimos de año la Sociedad del Casino Primitivo que hasta entonces tuviera su local en la calle de Prim, acordó trasladarse a la calle del Río, to-

mando en arrendamiento la llamada casa de D. Víctor, hoy de D. Jerónimo Molina.

Al efecto, se hizo una obra radical en ella resultando en su primer piso un magnífico salón donde se celebró el brillantísimo baile inaugural la noche del 27 de diciembre. Desde la Pascua se instaló allí la Sociedad, ganando mucho en local.

No todos los socios estuvieron conformes con la mudanza ni se mudaron. D. Fausto Lozano, D. José y D. Juan Alcalá-Zamora Caracuel, D. Manuel Gutiérrez y los íntimos de éstos, alquilaron una pieza baja en la calle de Prim, y allí permanecieron, en "*petit comité*", por espacio de mucho tiempo.

En esta misma Pascua vino a Priego un niño de Jaén a quien apellidaban "*Sabio*" por su precocidad en varias ramas. Sobre todo, recitaba a maravilla las poesías de su paisano Bernardo López García.

Con este motivo se celebró una brillantísima velada en el Salón Capitular, a la cual asistió, por convite, un selecto público.

Representóse en ella "*La Pastorela*" y se recitaron escogidas poesías por el niño aludido, mi prima D<sup>a</sup>. Gloria Linares y otros niños de la localidad. Los pequeños artistas fueron muy aplaudidos y agasajados por la concurrencia, que salió altamente satisfecha.

## AÑO 1874

**E**l día 30 de marzo, lunes santo, murió mi tía D<sup>a</sup>. Benita Pérez por la causa ya apuntada en el año anterior.

Al llegar aquella Semana Santa iban transcurridos tres meses de absoluta sequía: no había llovido desde Navidad. Todos, con razón, temían que pudiera repetirse la calamidad del año 67, o sea, el de la *sopa*, pues los indicios eran idénticos. Los granos subían de precio de un modo alarmante y los sembrados languidecían. Con todo, no estaba el año perdido, ni mucho menos; si llovía pronto y copiosamente aún podrían salvarse. Y esto fue lo que sucedió, de modo tal y tan oportunamente, que tuvo aquel suceso el aspecto de un verdadero prodigio. Veamos cómo.

El 3 de abril, Viernes Santo, amaneció tan despejado como de costumbre. Cuando salió la procesión de Jesús Nazareno, el sol resplandecía y aún quemaba como en un día estival. Así avanzó la procesión hasta el Calvario, entre el clamoreo incesante de la multitud pidiendo la benéfica lluvia. Y no parece sino que Jesús oyó y quiso otorgar el don que con tantas veras se le pedía.

No bien acabada de echar la bendición, que todos recibieron de rodillas, e iniciado el regreso, el cielo empezó a nublarse ligeramente, pero con tendencia al aumento, y lo fue en tal grado, que al entrar la procesión ya estaba entoldado por completo, no viéndose el sol a pesar de estar en el cenit. Así continuó toda la tarde, dudándose que pudiera salir la procesión del Santo Entierro. Y sin embargo salió.

A poco de entrada ésta, comenzaron a caer las primeras gotas, que fueron intensificándose durante el transcurso de la noche, y en la madrugada del Sábado de Gloria ya fue la lluvia francamente torrencial, siguiendo así casi todo el día, con lo cual se remediaron cumplidamente los campos.

Los vecinos de ésta, creyentes y piadosos por condición, tornaron a milagro el suceso del agua, y tan lo creyeron así, que desde las primeras horas de la mañana del sábado, un enorme gentío se agolpaba en el Compás de San Francisco llenándolo y demandando a pie firme, a pesar de la lluvia que caía, la apertura de la iglesia para sacar a Jesús.

No había permiso de abrir ésta, pero la multitud redoblaba en número y clamores, los que llegaron a ser alarmante, y en evitación de un conflicto de orden público, tuvo que acudir el entonces arcipreste D. Manuel Ramírez del Pino.

Abriéronse a su orden las puertas del templo, y él primero, y el público después entraron llenándose las naves.

Allí el vocerío y los vítores a Jesús llegaron al colmo. El arcipreste subió al púlpito, y a duras penas logró hacerse oír. Al cabo, se le oyó decir:

-Recemos un credo a nuestro Padre Jesús y luego, oídmelo. Todos obedecieron. De rodillas se rezó el credo, y aprovechando aquella buena ocasión el Arcipreste dijo en síntesis: que aplaudía y hasta le emocionaba el franco movimiento popular, demostrativo de la fe de este pueblo, pero que no podía asentir a la salida de Jesús, pues ni tenía facultades para autorizar una proce-



sión extraordinaria, derecho reservado al Sr. Obispo, ni era reverente sacar la imagen, diluviando como estaba, sin cruz parroquial y sin las solemnidades y atributos que tan sagrado acto exige. Que él ofrecía pedir permiso al prelado para la procesión que saldría en fecha próxima y conveniente; que así mismo interesaría de la Real Hermandad del Nazareno que se celebrase un triduo en acción de gracias, a cuyo final se sacaría la deseada procesión; por último, que rogaba a todos que se retiraran pacíficamente y que fiaran en sus promesas.

Al terminar estas razones replicó un cuadrillero de la cofradía:

-Pero, Sr. Vicario, ¿no lo podemos asomar siquiera al Compás y darle una vueltecita?

Y el Vicario, que se hizo cargo del deseo general y de la buena fe con que se le pedía, otorgó diciendo:

-Accedo, pero a condición de que no pase del Compás.

Y acto seguido Jesús, que todavía estaba en andas, fue sacado en hombros y paseado por la Plaza de San Francisco, reingresando a seguida en su Iglesia, con lo cual el pueblo quedó tranquilo y satisfecho.

D. Manuel Ramírez cumplió lo prometido: de acuerdo con la Hermandad, el Domingo de Pascua se comenzó un solemne triduo que terminó el martes, en cuya tarde se sacó procesionalmente a Jesús quien paseó en triunfo, y en medio de delirantes aclamaciones, la estación o itinerario que lleva en Mayo.

Con motivo de este suceso, escribí yo una poesía de las primeras que publicara, que tuvo gran aceptación, no por su mérito, que era escasísimo, sino por la narración fiel de un hecho tan prodigioso, que llegó a las entrañas del pueblo. Y para que se vea la exactitud de lo consignado, me permito copiar las dos octavas finales, que decían así:

"Llovió, llovió por fin; por eso Priego  
Al ver el agua en el naciente día  
Sintió en su pecho renacer el fuego  
Y un ¡viva el Nazareno! repetía,  
Y entusiasmado, y delirante y ciego  
A do estaba la imagen se volvía.  
Y frenético y loco allí aclamaba  
Al que otra vez el pan le aseguraba.

Dichoso el pueblo a quien la fe le anime.  
Y a Priego tome por feliz modelo:  
Tendrá días de placer y paz sublime,  
Dicha en la tierra y gloria allá en el cielo  
¡Bendito tú, oh Jesús! Tú que al que gime  
La esperanza le llevas y el consuelo...  
Yo os bendigo a los dos, y aquí consagro  
De mi pueblo la fe, de Ti el milagro".

En el mes de junio, y con objeto de reprimir cualquier intentona de levantamiento carlista en Andalucía, envió el gobierno fuerzas de Infantería a determinados pueblos de la provincia. Aquí estuvieron acantonados todo el verano 50 soldados al mando del teniente D. Agustín Fernando Laserna, que había de

ser más tarde Barón del Sacro Lirio. Este oficial era al mismo tiempo distinguido poeta y persona de gran ilustración.

Mi ingreso en el Casino Primitivo, verificado el 4 de julio, me dio ocasión de tratarle, y todas las noches, él, D. Antonio Caracuel de gloriosa memoria y yo, leíamos versos que la sociedad, galantemente, aplaudía.

Pero ya que de cuestiones literarias trato, no he de omitir el suceso, para todos curioso y para mi gratísimo, de mi primer ensayo y estreno dramático.

Actuaba aquel mes de julio en nuestro teatro una, por mal nombre, compañía dramática, que era de lo peorcito que se ha conocido. Llamarla "*compañía de la legua*", fuera adulación, a lo sumo sería de a "*cuarto de legua*".

Pues bien; esta compañía se enteró de que yo tenía acabadito de hacer nada menos que un drama en tres actos y en verso, titulado "*Los Huérfanos*", y me lo pidió para estrenarlo. El drama, en cuestión, era tan malo como la compañía, pero a mí, la verdad, me parecía de perlas. Su lectura produjo gran entusiasmo en aquellos artistas, llamémosles así, y acto seguido comenzaron los ensayos.

Como aquella pobre gente no tenía trajes, salvo los de su uso particular, ni armas más que el sable -y éste fuera de escena- preocupábame la indumentaria y armamento que habían de sacar unos guerrilleros asturianos que tenían que salir al final del primer acto; porque hay que advertir que mi drama se desarrollaba durante la guerra de la Independencia.

- No se preocupe V. por eso -me decía el director-, tengo un plan excelente para que los guerrilleros salgan bien vestidos y bien armados -con cuya promesa yo descansé esperando que la presentación de aquellos en escena sería un éxito.

Llegó, por fin, la noche del estreno, que en honor a mi madre, se celebró en su día, o sea, el de la Virgen del Carmen: el teatro estaba pleno, rebosante; la expectación era inmensa, el calor dos veces inmenso.

Comenzó la representación y comenzaron los aplausos. ¿Eran al drama? No; eran al paisano, al amigo, al pariente, al chiquillo de 17 años que había sacado *aquello*, lo cual siempre suponía un buen deseo y hasta un arres-to gallardo.

Pero a todo esto, yo no veía los guerrilleros por ninguna parte. ¡Claro; si estaban encerrados en un cuarto!

Mas al llegar a la famosa escena patriótica en que Fernando, el héroe de la obra tenía que decir "*¡A la lid, a la lid, pueblo asturiano! ¡Muera Napoleón!*" y los guerrilleros tenían que contestar, ya en escena "*¡Muera el tirano!*" veo salir todo el escuadrón de soldados romanos del Nazareno, calados los cascos y blandiendo las lanzas.

Yo me quedé frío. El público rompió en aplausos, porque aquel golpe teatral le gustó por lo inesperado. D. Antonio Caracuel, que estaba en un palco, diría asombrado con su finísima ironía:

-Pero a estos soldados que acompañaron a Cristo al Calvario, ¿van a pelear ¡a los 19 siglos! contra Napoleón?

Y así, entre el espanto de unos pocos y el aplauso de la generalidad, terminó felizmente el acto.

Inútil es decir que el resto del drama obtuvo, si cabe, mayor éxito, y que al final fui llamado no sé cuantas veces a escena; que, como si fuera una tiple,

me arrojaron multitud de cartuchos de dulce y palomas, y por último, que la música me acompañó a mi casa, y me dio encima una serenata.

¡Oh, noche feliz! ¡Oh, encantos de aquella edad llena de ilusiones!

## AÑO 1875

Comenzó este año con un frío glacial. La Pascua anterior había nevado y la víspera de Reyes se repitió la nevada con más abundancia. Como pasada esa festividad teníamos que volver los estudiantes a nuestros respectivos centros de enseñanza, no fue obstáculo la crudeza del tiempo para emprender el viaje. Y aquí he de contar el que hicimos a Granada en los días 9, 10 y 11 de enero mis amigos y compañeros D. Antonio Madrid Villalba y D. Rafael Ruiz-Amores -ya muertos por desgracia-, y yo.

-¿Tres días para ir a Granada? -preguntará cualquiera.

-Sí, señor; tres días para ir a Granada; ni uno menos. Y allá va la prueba.

Entonces no se iba a la ciudad de los cármenes en automóvil, porque no se conocía este artefacto, ni en coche, porque no había carretera, se hacía el viaje en caballería, y los estudiantes, generalmente, íbamos con los cosarios, y por lo tanto -perdonad la frase- en burro.

A un animal de estos se le cargaban tres sacos de zumaque si no llevaba más que esa mercancía, pero si había que transportar estudiantes se le colocaban dos sacos de zumaque en los lomos, y en vez del tercer saco, se encaramaba el escolar a modo de cuña en lo alto de la bestia, con lo cual quedaba la carga completa. Y yo os juro que no se iba del todo mal, con tal de que el asno no cayera: pero caía, caía irremisiblemente más de una vez en cada viaje, y el estudiante, mal de su grado, se apeaba por las orejas, cuando no por otro sitio peor.

Pero vamos al viaje ya anunciado.

La mañana del 9 de enero amaneció fría y lluviosa: Amores y yo habíamos ido a la Carrera del Águila, a casa de nuestro compañero Antonio Madrid, donde debía decidirse si nos íbamos o no en vista de la inclemencia del día. José Marques, que era el cosario, con su hijo, mozos y recua, esperaba la solución estudiantil. Todos estábamos pendientes de lo que dijera D. Antonio Madrid y Castillo, padre del compañero, pero nada decidía.

En esto, su hermano político y vecino D. José González Olivares, que a la sazón salía de su casa, como nos viera perplejos y haciendo almanaques, según la frase vulgar, con su voz campanuda, dijo:

-Jamás en mis tiempos de estudiante miré al cielo a ver si llovía: el agua, en llegando al pellejo, escurre.

-Ya lo oís, que escurre el agua -añadió su cuñado un tanto zumbón. Aquella fue la señal de partida.

-¡Ea!, pues que escurra -dije yo.

Y subiendo cada cual en su pollino emprendimos un viaje verdaderamente hidráulico.

No hay que decir que nos fue lloviendo y ventiscando toda la jornada del día 9, que terminaba en la venta de Puerto López, a donde, después de sendas porradas, llegamos mojados y majados bien entrada la noche.

¡Y qué noche! ¡Y qué venta!

Figuraos un ancho portalón a cuya izquierda, entrando, está el hogar: una gran chimenea de campana rodeada de asientos o poyos adosados a las

paredes: unos cuantos arrieros sentados alrededor del fuego secando sus ropas y desentumeciendo sus ateridos miembros: un ventero cojo con cara patibularia; una ventera medio baldada, y una hija de ambos dando de mamar a un chiquillo del que no puede desprenderse porque berrea como un diablo en cuanto lo sueltan.

Todo esto animado por una lumbre a medio encender y un candil a medio apagar, pues a la leña le sobra del agua lo que al candil le falta de aceite, y así, la primera da más humo que calor, y el segundo más tufo que luz.

La malandanza nos tenía abierto el apetito -que en tan feliz edad nunca se cierra- y pedimos que nos sirvieran de comer cosa caliente. Por desgracia, los arrieros se habían hecho guisar un cabrito que quedaba, y para nosotros sólo hubo bacalao y arroz.

Aun esto nos pareció cosa rica, y servido a los arrieros su guisote, procedió la hija de los venteros a aderezar nuestra refacción, sin soltar el nene, que rabiaba y bregaba a todo trapo.

Olfateábamos con envidiosa fruición el aroma que se desprendía del choto guisado, en tanto que la cocinera movía y removía el arroz para que no se pegara, el cual arroz, como queda dicho, hallábase matizado con unos trozos de bacalao y las especies consiguientes.

Casi, casi estaba a punto de gastarse, cuando la guisandera se levantó en busca de algo que, a nuestro entender, sería necesario para la más exquisita condimentación del manjar.

Pero no se trataba de esto; sino de un zapato que se le había perdido al niño y que la madre no encontraba.

Renegaba ésta del muchacho y nosotros de ella, que desatendiendo el guiso iba a conseguir que se malograra, en evitación de lo cual, unas veces mis compañeros, y otras yo, dábamos sendas vueltas al contenido de la cacerola, mientras el humo se nos metía en los ojos que era un gusto.

Por fin, a requerimientos nuestros, cesó la mujer en la busca y captura del zapato y nos sirvió la comida.

Ni que decir tiene que ésta nos supo a gloria: no hay mejor salsa que apetito viejo en estómago nuevo, y estas condiciones que con nosotros rezaban, unidas al aperitivo de un vinillo no del todo malo, hicieron altamente agradable la consumación.

En apuros, hallábase ésta, cuando Antonio Madrid, que sin duda buscaba el último trozo de bacalao, dio, o pareció dar con él sacándolo en triunfo.

-Pero... ¿qué es esto? -dijo extrañándose al ver un objeto muy raro- ¿qué es esto, ventera?

-¡Ay! el zapato de mi niño.

Instintivamente todos soltamos las cucharas y dimos por terminada la comida, procurando echar un nudo al estómago para que no se sublevara. No hubo, pues, comentario del lance; y para olvidarlo más pronto, nos dispusimos a dormir.

Pero el dormir en la venta era peor que el comer. Por toda cama, cada estudiante tenía que acomodarse sobre el aparejo de su cabalgadura extendido en el suelo; y de este modo, con los pies en dirección al fuego ya extinguido, y envueltos en nuestras respectivas capas, acabamos de pasar aquella noche de delicias. Y cuenta que, fuera de aquella, todas las pasadas en dicha venta eran lo mismo.

Amaneció Dios y amanecimos nosotros clavados como en cruz en aquel lecho infame; pero el despertar fue más amargo que el dormir. Según el cosario que volvía de echar un pienso a la recua, estaba cayendo una nevada copiosísima.

Nos levantamos de un salto, nos asomamos a la puerta, y bien pronto pudimos ver que el campo se había convertido en una inmensa sábana. Hallábase borrados los caminos, los lindazos... todo era igual. Y seguía nevando a más y mejor.

Ante la imposibilidad de marchar, resolvimos estoicamente continuar allí.

Mas... ¿qué comeríamos?

La ventera dijo que, para almorzar, nos haría unas migas:

-Pero sin tropezones -añadió Amores-, quiero decir, sin zapatitos del nene.

-No tengan ustedes cuidado.

Las migas estuvieron buenas: ¿cuándo no están buenas las migas?

E Y tras el almuerzo, a falta de otra cosa en que pasar el tiempo, se nos ocurrió visitar las casas contiguas en busca de un ave o de lo que nos quisieran vender, para cenar mejor que la pasada noche.

Un vecino piadoso nos vendió una pava, y mientras Amores y yo la ajustábamos, Antonio Madrid, que no podía estar ocioso, empezó a repicar la campana de la ermita, cuya cuerda caía a la calle.

El sacristán, que a la vez era zapatero remendón, y tenía un genio de mil diablos, cuando oyó tocar tan a destiempo cogió el tirapiés y salió en busca del improvisado campanero; pero no lo pudo alcanzar.

Con estas bromas y otras por el estilo pasamos el resto del día, viendo con gusto que a la tarde cesó de nevar, aplacó el frío y comenzó a llover.

Y lloviendo estuvo toda la noche con lo cual se derritió la nieve; y nosotros, tras de gastar la pava y volver a dormir molidos, pudimos en la mañana siguiente, 11, reanudar el viaje y llegar a Granada al mediodía.

Veáse, pues, cómo para ir a esta capital, tres estudiantes necesitaron tres días.

¡Y pensar que ahora puede irse en tres horas!...

El 19 de mayo, es decir, en plenas fiestas de este mes, nació D. Francisco Ruiz Santaella.

El recién nacido era bueno y prudente, tanto, que no lloró ni cuando le derramaron el agua bautismal en la cabeza. Sus padres, muy piadosos, le llevaron a San Francisco el lunes siguiente al día de Jesús Nazareno, para ponerle en las andas. Apenas el niño entró en la iglesia rompió a llorar, lo que hacía por primera vez en su vida.

Extrañáronse todos los presentes de caso tan raro, y ávidos de saber el motivo, le interrogaban con la mirada.

El niño clavó entonces la suya en el retablo, que estaba sin desarmar, y movió repetidas veces el bracito de derecha a izquierda, como diciendo: -"No me gusta".

Ahora bien, a fuer de narrador verídico e imparcial, no respondo de la exactitud de este hecho; acaso lo haya soñado yo; pero si no es cierto, merece serlo; y la pequeña criatura al protestar con su llanto de los adornos con que entonces se aderezaba el retablo, dio a entender ya la disposición y el buen

gusto que en su día había de tener para el arte decorativo, lo cual, como se verá más adelante, ha demostrado a maravilla.

Cuando llegó el verano, todavía estaba en Priego la compañía dramática que en julio del año anterior estrenara mi primera obra: *"Los Huérfanos"*.

Como aquellos pobres cómicos eran tan malitos, a falta de otro sitio donde pasar el invierno, tuvieron que quedarse aquí. Durante ese ingrato tiempo, sólo dieron función los domingos, y el resto de la semana se aplicó cada uno de ellos al trabajo que era más adecuado con sus aptitudes. Quién, se dedicó a encuadernador, quién a oficial de peluquería, y hasta hubo algunos ¡infelices! que estuvieron cogiendo aceitunas. La cuestión era comer.

Terminado el año académico volví a Priego con un segundo drama histórico en cuatro actos y en verso, titulado *"La Toma de Zaragoza"*.

No bien la compañía se enteró de mi nueva producción literaria, cuando me la pidió, la leyó, la ensayó y la puso en escena. Por cierto que eran tantos los personajes que tenía, y tan pocos los artistas, que hubo que dar papel hasta al apuntador, y yo, supliendo la falta de éste, me metí en la concha.

Tampoco dejó de haber peripecias en aquel estreno: la primera fue producida por uno de los actores, el cual representaba ser soldado emisario del Conde Gastón de Bearne, quien, en lucha con los moros y acorralado por ellos, pedía ayuda al Rey D. Alfonso el Batallador que estaba en escena. Tal petición se consignaba en un pliego que el soldado debía traer en su escarcela.

Bueno, pues se le olvidó el pliego, y solo se dio cuenta de ello cuando fue a sacarlo y advirtió que no lo tenía. Yo que también lo comprendí tuve una idea feliz, y arrancando rápidamente del ejemplar con que apuntaba una hoja en blanco, se la tiré y la recogió, saliendo así, aunque un poco burdamente del apuro.

El segundo incidente fue más grave: representaba la escena el campo de batalla y andaban a tajos y mandobles moros y cristianos. Estos llevaban la peor parte, pues la morisma era numerosísima y mandada por el propio Rey de Granada, Alí Mohamed.

Yo tenía resuelto el problema para que los cristianos ganaran el combate de un modo providencial. ¿Cómo? Pues figurando al mismo tiempo una tormenta, que engendrando el rayo, hacía que éste cayera en el momento preciso sobre la frente del pícaro Alí Mohamed. Estábase en el período culminante de la batalla y de la tempestad. Los truenos se sucedían cada vez más horrisonos; los relámpagos deslumbraban, y el Rey moro seguía tirando reveses a los cristianos, los cuales caían muertos que era un dolor. Pero el rayo que lo había de matar no caía. El rayo era un cohete o chispero que, encendido entre bastidores, discurría por una cuerda. Mas lo que discurría era el tiempo, que el rayo no.

La situación se hacía insostenible. Yo le indiqué al Rey que se diera por muerto. El lo comprendió, y sin que nadie le infligiera el menor daño, exclamó de su cosecha:

-¡Muerto soy!

Y cayó en redondo.

Y cuando ya estaba en tierra, vino el rayo a rematarlo. ¡Así hubiera rematado al tramoyista que lo disparó!

No se tome a exageración, ni menos a invento, nada de lo que dejo consignado. Afirmo ser realmente cierto.

Y para probar hasta qué punto se abusaba por aquella compañía del convencionalismo escénico y de la tolerancia del público añadiré que a los pocos días de representar mi drama, se hizo "*El terremoto de la Martinica*", y los muros que habían de desplomarse al sobrevenir el temblor de tierra eran... ¡qué diréis! Pues eran cajas de petróleo superpuestas, que al caer y chocar unas contra otras y todas contra el suelo, daban la sensación, no de un terremoto, sino de una escandalosa cencerrada.

¡Y esto sucedía en un teatro en que había trabajado el gran Valero, y en que habían de actuar para honor de él y ventura nuestra Victorino Tamayo, Carolina Civilí, Pedro Delgado y Rosario Pino!

En aquellos mismos días en que tales desafueros se cometían en el teatro de la farsa escénica, perpetrábanse otros en el teatro de la farsa humana, o sea en el de la política.

La guerra civil carlista hallábase en su apogeo: las provincias Vascongadas y Navarra, Cataluña y Aragón, así como algunas regiones centrales, estaban casi dominadas por el carlismo que amenazaba triunfador enseñorearse por España.

El Gobierno creyó dominar la insurrección tomando medidas draconianas, y una de ellas fue la prisión, y en muchas partes el procesamiento, de las Juntas Carlistas.

La de Priego, cuyo presidente era mi tío D. Agustín Serrano Penche, hubo de seguir la misma suerte, y en cumplimiento de órdenes superiores, quedaron detenidos sus individuos en las habitaciones altas del Pósito.

El entonces alcalde D. Eduardo Chávarri, así como los concejales, guardaron toda clase de atenciones a los reclusos, visitándoles amigablemente y haciéndoles más llevadera su anormal situación.

A los pocos días, los presos fueron puestos en libertad.

Otra nota triste hay que consignar en este verano: la presentación, en forma casi epidémica, del tifus. Esta peligrosa enfermedad hizo su aparición en julio y acreció en agosto, cebándose especialmente en los barrios donde las casas, por su falta de higiene, se prestaban a la invasión. No quiere decir esto que el centro de la población quedara inmune, pues también le alcanzó el contagio, aunque en menor proporción: mi amigo y compañero D. Alfredo Calvo Lozano fue uno de los que sufrieron los rigores del mal, padeciéndolo durante muchos días y viéndose en alguno de ellos, en grave peligro de muerte del que por fortuna salió.

Largos años hacía -lo menos ocho- que no había venido a Priego una buena compañía de Zarzuela; así se comprende el entusiasmo con que fue acogida la que bajo la dirección de D. Ricardo Cano comenzó a actuar en nuestro teatro, el 15 de octubre de este año.

Traía de primera tiple a Rosa López, buena artista, y mujer tan guapa de lejos como fea de cerca, pues era muy pintada de viruela, de segunda tiple a María Pizarro, mellada, pero con gracia; de tenor a Misael Romero, mal cómico, porque empezaba entonces su carrera, pero con una voz prodigiosa; y de bajo al ya aludido D. Ricardo Cano.

Como el tenor no pudo llegar a Priego hasta la tercera representación, la primera noche hicieron "*Robinsón*", zarzuela bufa muy en boga entonces en la que Cano estaba inimitable; la segunda, "*Pascual Bailón*" y dos zarzuelitas



de un acto; y la tercera noche, con "*Los diamantes de la Corona*" debutó el tenor. Cuando éste apareció en escena cantando "*que estalle el rayo, que brame el trueno*" obtuvo un aplauso formidable que se repetía casi siempre que cantaba.

Esta compañía, sin descansar más que la noche del 31 de octubre para preparar la representación de "*Los Madgiales*" que tuvo lugar el día de "Todos los Santos", actuó en nuestro teatro por espacio de mes y medio; puso en escena todo el repertorio de la zarzuela clásica, logró más de cuarenta llenos y una ganancia líquida de 10.000 pesetas.

El 20 de octubre fui por primera vez a Córdoba con motivo de mi quinta. Me acompañó mi tío D. Francisco Valverde, quien presentó al individuo que había de sustituirme en el servicio de las armas, el cual fue aceptado por la Diputación.

El concejal comisionado por el Ayuntamiento de Priego para llevar los mozos aquel año a la capital era D. Felipe Herrero y Brieva, acompañado y asesorado del entonces competente y hoy competentísimo D. Antonio Moreno Cáliz.

A éste, más que unido, pegado, iba un cortijero de las Navas llamado Juan Severo Jiménez Barata, quien tenía un hijo soldado y esperaba que D. Antonio Moreno le ilustrara, y aún influyera para la mejor liberación del mozo. Una noche fuimos al Círculo de la Amistad mi tío, D. Felipe Herrero, D. Antonio Moreno, su *ad latere* y yo. Deseando mi tío que yo conociera el magnífico salón de baile, nos dirigimos a él todos, después de tomar café.

Recorrimos, admiramos y celebramos el suntuosísimo local, y cuando, después de llegar hasta el estrado volvíamos sobre nuestros pasos para abandonar el salón, nos sorprendió ver en el centro, bajo la araña monumental, hincado de rodillas, y en actitud de orar, al inseparable Juan Severo Jiménez Barata.

-¿Qué es eso, Juanico? ¿Qué está usted haciendo? -le preguntó D. Antonio Moreno.

-Rezar: ¿no es esto una iglesia?

Graciosa fue la salida del cortijero, pero no lo fue menos la lectura e interpretación que al día siguiente diera D. Felipe Herrero a la inscripción de una lápida en el cementerio.

Visitábamos el de la Salud -que también es ocurrencia llamar "*de la Salud*" a la mansión de los muertos- y adelantándose D. Felipe a nosotros iba leyendo y comentando, *a su manera*, los epitafios.

De pronto le vemos hacer aspavientos y como escandalizarse de algo que leyera.

-¡Hum! ¡Valiente hija de... su madre sería ésta! -exclamaba señalando una lápida.

-¿Por qué? ¿Qué dice? -le preguntamos.

-Apenas; lean ustedes.

-Pero ¿el qué?

-Esta desvergüenza.

Y leyó así:

-Rogad por mi siquiera los que fuisteis mis amigos jóvenes.

Y comentó:

-Hasta muerta se acuerda ésta de sus amigos jóvenes.

Soltamos la risa.

-Pero D. Felipe, si no hay tal cosa -le argüimos- fíjese V. lo que dice es: "*Rogad por mí siquiera los que fuisteis mis amigos*". Hay un punto. Después añade: "*Job, capítulos tantos, versículo cuantos*".

-¿Job? -preguntó asombrado.

-Sí, Job; el de la paciencia. ¿No ha oído V. hablar de él? Además y para que se convenza de que dice *Job* y no jóvenes, reflexione V. que Job se escribe con b, y jóvenes con v y consonante.

-Vaya, vaya; yo no entiendo de esas gramáticas.

-Y se quedó tan fresco.

Tras un viaje como éste, regocijado, y cuando de vuelta a Priego me disponía a ir a Granada para proseguir mis estudios, un tristísimo accidente lo impidió: la noche de "Todos los Santos", a las 8, fue mi madre atacada súbitamente de hemiplejía, cuya enfermedad, si grave en un principio, penosa después la tuvo postrada en cama treinta días y paralítica cerca de cuatro meses. Con tal motivo, este año no pude ir a Granada.

El 5 de noviembre ocurrió también otro suceso trágico: mi tío D. Agustín Serrano, aquél que en julio estuviera preso en el Pósito como presidente de la Junta Carlista, montó a caballo por la mañana para ir a su finca del Campillo. El caballo que, o era loco o era el del diablo, no bien llegó a la Puerta de Granada, tiró al jinete al suelo y a seguida la emprendió con él a coces hasta dejarle muerto.

Causó este accidente penosísima impresión, por ser la víctima persona justamente considerada en el pueblo.

Y, que yo recuerde, no acontecieron más cosas dignas de mención en este año, pero no fueron pocas las sucedidas: unas tristes, alegres las otras, éstas trágicas, aquéllas cómicas.

Así es la vida.

## AÑO 1876

**T**ras una rápida enfermedad -mis días de pulmonía- murió mi abuela paterna D<sup>a</sup>. Rita García Penche, el 10 de febrero a los 80 años de edad.

Hacia el 20 de febrero fue enviado desde Córdoba, por el entonces Obispo de esta Diócesis, fray Ceferino González, un beneficiado de aquella catedral para que preparase al pueblo, desde el púlpito, a recibir dignamente la Santa Pastoral Visita que el Prelado pensaba hacer en Priego.

Hay que advertir que desde muchos años atrás no había venido aquí ningún Obispo, al menos con *carácter oficial*, y hallábase casi toda la población sin confirmar. Digo con *carácter oficial*, porque D. Pedro María Cubero, Obispo de Orihuela, estuvo en Priego brevísimos días cuando yo era muy niño y administró varias confirmaciones, siendo la mía una de ellas.

El enviado, o llamémosle precursor de fray Ceferino, era orador sabio y elocuente y predicó una semana seguida, de noche, en San Francisco, a iglesia llena, pues se le oía con gran gusto.

Debidamente ya preparado el pueblo, el día bisiesto, 29 de febrero, entró solemnemente Fray Ceferino González, apeándose del coche en San Marcos, y atravesando a pie las calles, en medio de un gentío inmenso, y seguido del elemento oficial, se dirigió a la parroquia y después a su domicilio en la calle Santa Ana.

Gozaba ya el Obispo de Córdoba de fama universal por su sabiduría, y sin ser aun Eminentísimo Señor como llegó después a serlo cuando vistió la púrpura cardenalicia, era ya un señor eminentísimo por su ciencia, por su piedad y por su caridad.

Duró la Santa Visita casi todo el mes de marzo, pues además de administrar la confirmación a la mayor parte del pueblo, tuvo el Obispo que ir a todas las aldeas, haciendo estas excursiones a caballo, pues no había carretera que condujese a ninguna de ellas.

El día 7 de marzo, fiesta de Santo Tomás de Aquino, en cuya filosofía se inspirase el sabio prelado para escribir sus obras fundamentales, le dedicó una función solemnísima celebrada en la Parroquia, oficiando de pontifical en la misa. Dicho se está que la iglesia estuvo plena.

A últimos de mes salió fray Ceferino de Priego con objeto de continuar su visita pastoral por otros pueblos de la diócesis, comenzando por el de Carcabuey.

El Mes de María se celebró este año con gran solemnidad en San Pedro, a las 6 de la tarde.

D. Manuel Muriel, músico apreciable y buen barítono compuso unos cantos que, interpretados por distinguidas señoritas, gustaron mucho. La iglesia hallábase espléndidamente iluminada y la afluencia de fieles era extraordinaria. Dejo en todos excelente recuerdo tan religioso festejo.

Llegado el mes de junio, la Real Hermandad de Ntro. Padre Jesús en la Columna acordó construir unas lujosas andas de plata a tan sagrada efigie, y con objeto de poder reunir fondos proyectó la organización de una compañía lírico-dramática de aficionados.

La ocasión no podía ser más propicia, pues a la sazón se encontraban en Priego D. Antonio Caracuel, su hija D<sup>a</sup>. Leonor y su sobrina D<sup>a</sup>. Carolina, todos los cuales, más que aficionados, eran artistas notables.

Con esta base se formó la Compañía, cuyo personal, por lo que respecta a las obras dramáticas, era el siguiente:

Primer actor y director de escena: D. Antonio Caracuel de la Cámara.

Primera actriz: D<sup>a</sup>. Leonor Caracuel y Serrano.

Característica: D<sup>a</sup>. Carolina Caracuel.

Dama joven: D<sup>a</sup>. Josefina Moreno.

Actores de carácter; D. Juan Eugenio Moreno y D. Miguel Carrillo Talión.

Galanes: D. Carlos García Madrid, D. Pedro Alcalá-Zamora y yo.

Había además otros actores cuyo número era ilimitado.

Apuntador: D. José Custodio Alcalá-Zamora.

A este personal se agregaba el lírico que era el siguiente:

Maestro director y concertador: D. José Cruz Rubio.

Tiples: D<sup>a</sup>. Julia Bidaburu y D<sup>a</sup>. Araceli Golcas.

Tenor: D. Felipe Villena Gamero.

Barítonos: D. Manuel Muriel y D. Viviano Carrillo.

Bajos: D. Antonio Aguilera Vallejo y D. Enrique Aguilera.

Además se contaba con un buen número de coristas de ambos sexos y de instrumentistas.

Pintor escenógrafo: D. Domingo de la Cámara.

Constituida así la compañía lírico-dramática, dióse la primera representación a mediados de julio, poniéndose en escena el drama en tres actos y en verso "*La Vaquera de la Finojosa*" y la zarzuela en un acto "*El loco de la guardilla*".

Yo hacía el papel de primer galán en la "*Vaquera*" y tuve también que desempeñar el de Cervantes en "*El loco de la guardilla*" por un caso tan triste como fortuito.

Con efecto; dicho papel de Cervantes que es el protagonista de la obra, debía de representarlo D. Enrique Aguilera, más por desgracia, murió una hermana suya la víspera del estreno. No podía contarse pues con él, pero tampoco era conveniente demorar el debut de la compañía porque todo estaba ya preparado, había no pocos forasteros en espera del espectáculo y la localidad hallábase completamente vendida.

Ante tal compromiso, D. Antonio Caracuel se empeñó en que yo hiciera el Cervantes, dado que sabía el papel, y con un ensayo podría ponerme al corriente.

Así lo hice, en efecto, sorprendiéndole a todos, especialmente a mi madre, que repuesta de su enfermedad estaba en un palco y se echó a temblar cuando vio al maestro tocar el piano y a mí en disposición de cantar.

-Buena la va a hacer mi hijo -diría.

Pero, afortunadamente, no era canto, sino recitado, lo que yo tenía que ejecutar. Si llego a cantar, me luzco.

Tras de aquella función, que fue un éxito, se dieron muchas más no quedando en todas ellas localidad vacía.

Yo seguí actuando el resto del verano, o mejor dicho, hasta el 28 de agosto, en que una desgracia de familia, la más grande que podía sobrevenirme, me apartó para siempre de la escena.

Al mediodía de la citada fecha, sufrió mi madre un segundo ataque, pero éste de apoplejía fulminante, tan fulminante, que a las 2 de la tarde había volado hacia Dios.

Durante este verano merodeaban en nuestros campos y pueblos comarcanos los bandidos Zafra y Carmona, los que al fin, y tras de una activa persecución, fueron muertos por la Guardia Civil. El cadáver de Zafra lo vi en la losa del Hospital: era alto y recio y tenía un balazo sobre el ojo derecho.

El otoño era paseo obligado y muy concurrido la carretera en construcción de Priego a Alcalá la Real, cuyo trozo, por bajo del Adarve, se estaba explanando entonces y convidaba a ver las obras.

La Compañía de aficionados, seguía sus tareas con tanta honra como provecho, al decir de las gentes, pues yo no asistía ni a los ensayos.

El 8 de diciembre, día de la Purísima, se estrenó por dicha Compañía la zarzuela en un acto y en verso, titulada "*La maldición del gitano*", letra mía, música de D. Juan Cruz, maestro de capilla de Cabra y hermano del de Priego. Debo hacer notar que esa zarzuela me fue pedida por D. José Cruz para ponerle la música, y como pasara más de un año y no escribiera ni un compás tuvo que hacerlo su hermano. Este vino a Priego cuando se estrenó y al pedir el público la salida de los autores se presentó él sólo, pues yo no estaba en el teatro.

Pocos días antes de la Pascua, me visitó una comisión de la Compañía en demanda de que escribiera un apropósito para el 28 de diciembre, festividad de los Santos Inocentes.

Hice un juguete disparatado, pero que produjo gran efecto, según me dijeron; y así sería, pues tuvieron que repetirlo el día de año nuevo.

En dicha "*Inocentada*" salían a relucir vestidas de un modo bufo y grotesco, todas las celebridades de actualidad: D<sup>a</sup>. Baldomera que acababa de dar su timo con el que engañó y estafó a medio Madrid; el Doctor Garrido, famoso por sus anuncios; los bandidos Zafra y Carmona; un D. Juan Tenorio trasnochado y otros engendros por el estilo. Reñían unos gallos auténticos, en escena: D. Trinidad Linares y D. José Santaella; hablaba desde las butacas D. Pedro Alcalá-Zamora; voceaba desde el paraíso fingiéndose borracho D. Antonio Ávila Zorrilla; reventaba una vejiga D. Juan Eugenio Moreno, y por último, salía de la concha con toda su respetabilidad D. José Eustaquio Alcalá-Zamora vestido de *inocente*.

Ninguna de las dos noches pudo terminarse la función porque la risa y algazara del público era tanta, que impedía a los actores hacerse oír.

## AÑO 1877

**D**urante los primeros meses de este año siguió actuando con fruto la Compañía de aficionados y sólo suspendió sus trabajos cuando la de Corominas, que era por cierto excelente, solicitó y obtuvo permiso para dar una serie de representaciones teatrales.

Corominas puso en escena todo el repertorio de Echegaray, aquí desconocido entonces, y las mejores obras contemporáneas.

El día de San Pedro vinieron por última vez los músicos italianos ambulantes. Esto merece una explicación. Desde tiempo inmemorial solían arribar a España pequeñas agrupaciones de músicos italianos que recorrían los pueblos tocando el arpa, el violín y la flauta, y recogiendo humildemente el óbolo que los curiosos o el auditorio les daban.

A las veces eran llamados para amenizar fiestas domésticas o dar serenatas y entonces obtenían mayores ventajas.

Por lo general se les oía con gusto, porque eran artistas de corazón, como nacidos en Italia, modestos en su trato y aspiraciones así como afables y complacientes con todo el mundo.

Hubo quien hizo la observación de que, a partir del breve reinado de D. Amadeo de Saboya en España, estos compatriotas suyos dejaron casi de venir. Acaso un hecho no fuera motivo del otro, pero lo cierto es que desde entonces pasó a ser caso raro lo que antes era frecuentísimo y que hace ya muchos años que estos simpáticos artistas no vienen a España.

Por lo que respecta a Priego, nos visitaron por última vez el 29 de junio de este año, constituyendo el grupo dos arpistas, un violinista y un flautista. Sentábanse por la noche en la puerta del Casino Primitivo y hacían las delicias de la sociedad y del público que se paraba extasiado por oírles. Estuvieron aquí bastantes días, y aunque hace ya cuarenta años de esto, paréceme aún que los veo con sus trajes raídos, con sus largas melenas, con sus ojos tristes y melancólicos como eternos desterrados, presentando el cómico sombrero en demanda de una limosna.

¡Pobres saboyanos! Ya no han vuelto a venir más...

El mes de agosto se celebró un festival hasta entonces desconocido en Priego: carrera de cintas. Organizado por los jóvenes, y solicitado el concurso de las más distinguidas señoritas para que bordaran las que los corredores habían de disputarse, bien pronto aquellas trabajaron con noble emulación para presentar el lindo fruto de sus más lindas manos.

El espectáculo se celebró en el Paseo, convertido al efecto en circo, y concurrió todo lo más selecto de la población premiando con aplausos la destreza de los jinetes que, al lograr las cintas, se las ceñían al costado como glorioso trofeo.

¿Qué quiénes fueron los gallardos contendientes? ¡A qué citar nombres, si los que no han muerto son ya abuelos!

¡Tienen cuarenta años tantos días!

El 4 de octubre fue por primera vez D. Arcadio Ortega a Granada para cursar allí la carrera de Derecho, que tanta gloria le ha dado. Yo tuve el gusto de esperarle en el Triunfo, a su llegada, y de que fuera mi compañero de cuarto, en sustitución de los hermanos Galisteo de Carcabuey, que ya habían terminado sus estudios.

La noche del día de San Andrés nos despertaron las campanas que tocaban a fuego. Gran número de personas dejó la cama y salió a la calle. El incendio era en un corralón de la calle Nueva donde existía un extenso depósito de maderas propiedad de D. Antonio Serrano León, Pbro., y del albañil Antonio Pérez Rosa. Las llamas eran imponentes y como el combustible allí almacenado era tanto, no pudo el fuego ser sofocado. Ardieron todas las existencias, siendo las pérdidas de bastante consideración.

## AÑO 1878

A principios de este año reinó un frío intensísimo. Recuerdo como prueba y detalle de él, que en Granada, a donde fui pasados los Reyes, jugaban los muchachos sobre el hielo que tapizaba la fuente que entonces había en la plaza de Bibarrambla, y no se rompía.

Mas no era lo peor la baja temperatura que en dicha capital se sentía, sino la aparición de una verdadera epidemia de fiebres tifoideas que difundió la alarma con justo motivo.

En pocos días fallecieron el Gobernador Civil, el habilitado del Clero, uno de los señores Agrelos, y otras muchas personas de reconocida calidad. En los barrios, carentes de higiene, la mortandad fue grande, pero donde más se cebó el mal llegando a tomar extraordinarias proporciones fue en el Penal. Se ausentaron bastantes familias y no pocos estudiantes.

El 17 de enero y en la Cuesta de los Gomeles nº 4 murió mi tía carnal D<sup>a</sup>. Emilia López, que accidentalmente se hallaba en Granada, y a la cual asistí hasta sus últimos momentos.

Como era hermana de mi madre y parecía demostrarnos mucho cariño a mis hermanas y a mí, hasta el punto de pasar con nosotros todos los veranos incluso el postrero de su vida, no era de extrañar que, a falta de herederos, forzoso, fuéramos los sobrinos agraciados en su testamento. Así lo dijo aquí repetidas veces, y así pareció ratificarlo a D. Manuel Guardia que la confesó *in articulo mortis* y a quien encargó me dijera que a su fallecimiento recogiera las llaves que en su baúl tenía y fuera con mi tío D. Francisco Valverde a Almería, de donde era vecina para pedir la apertura de su testamento que conservaba en un armario de su casa, calle de Trajano nº 13.

Telegrafíe a seguida a mi tío, quien llegó a Granada antes que la enferma expirase, y cuando murió se hizo todo tal como ella había dispuesto. Incautóse mi tío en las llaves, se la enterró decentemente acompañándonos en la conducción del cadáver cuantos paisanos había en Granada, entre ellos mi compañero D. Arcadio Ortega, y cumplidas estas piadosas diligencias, y provisto mi tío de los documentos que lo acreditaban como curador nuestro, partimos a Málaga el 25 de enero y de Málaga a Almería, en vapor, el 26.

Ya en esta capital hicimos las diligencias judiciales encaminadas a conseguir la apertura del testamento, la cual fue bien pronto decretada. En los días que precedieron a dicho acto fui visitado por los parientes maternos a quienes yo no conocía y por los arrendatarios de las fincas de mi tía, que creían ver en nosotros a los herederos.

Por último, el 30 de enero, y en el palacio de Justicia, se abrió el testamento, del cual resultó, leído que fue por el actuario, que ni a mis hermanas ni a mí se nos mencionaba siquiera, y que todo el haber de la finada se destinaba a misas, mantos para la Virgen y limosnas.

Si los albaceas -que no quiero nombrar- y que indudablemente influyeron en el ánimo de la testadora para que hiciese aquella disposición, cumplieron su última voluntad, bien haya ésta porque pudo socorrer muchas necesidades: si no la cumplieron Dios les haya perdonado.



En la tarde del 31 de enero nos reembarcamos para Málaga a donde llegamos de milagro el primer día de febrero, y digo "*de milagro*", porque tuvimos que capear un temporal formidable.

Durante la noche pasada a bordo, murió en Carcabuey mi buen amigo y compañero D. Juan Evangelista Galisteo y Pérez.

Cuando arribamos a Málaga, la ciudad estaba en fiestas.

El pasado 23 de enero habíase casado el Rey D. Alfonso XII con su prima D<sup>a</sup>. María de las Mercedes, y con tan fausto motivo celebráronse fiestas reales en toda España.

Yo presencié dos días las de Granada antes de mi partida, y también asistí a las de Málaga que se trasladaron a primeros de febrero para dar en ellas una magnífica corrida de toros.

Ésta se realizó el día de la Candelaria, lidiándose seis reses escogidas de la ganadería de Muruve, actuando de espadas los famosos *Lagartijo* y *Fras-cuelo*, que estaban entonces en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de su gloria.

El 3 de febrero salimos de Málaga y nos separamos en Bobadilla mi tío y yo, siguiendo él para Priego y yo para Granada, debiendo hacer notar que a mi llegada estaba la ciudad cubierta de nieve mientras en Málaga dejábamos un tiempo primaveral.

En la madrugada del 8 de febrero me despertaron las campanas de la catedral: no tocaban a fuego, tocaban a muerto, pero de una manera incesante; yo creí que había fallecido el Arzobispo, pero no se trataba de éste sino del Papa Pío IX, de gloriosa recordación. El Pontífice que acababa de morir ocupó 32 años la silla de San Pedro. Ningún Papa alcanzó tan largo pontificado.

Por aquellos días arreció en Granada el tifus y casi todos los estudiantes se marcharon a sus casas; las aulas quedaron desiertas. Mi compañero Arcadio y yo regresamos a Priego también.

El 3 de marzo se celebraron en la Parroquia solemnísimos funerales por Pío IX, con asistencia de todas las autoridades, clero y comisiones de las distintas cofradías.

En la misma fecha, que fue Domingo de Carnaval, llegó a Priego una nutrida Estudiantina de Baena, compuesta de distinguidos jóvenes: estos lograron un gran éxito y asistieron al baile de máscaras que se dio por la noche en el Casino Primitivo.

El sábado de Gloria salimos para Sevilla mi tío D. Francisco Valverde y yo, con objeto de comprar las galas para mi boda. Nos acompañaba mi otro tío D. Pelagio Serrano, con idéntico fin, pues estaba próximo a contraer segundas nupcias con D<sup>a</sup>. Manuela Aguilera.

Este último, bastante entendido en antigüedades y objetos de arte, llevaba varios para venderlos allí; entre ellos, y como cosa singularísima, una tabaquera de oro, para rapé, preciosamente cincelada, que era, al mismo tiempo, caja de música.

No sé por donde se pudo hacer de semejante alhaja, como tampoco supe la procedencia de aquel histórico reloj que compró bien y vendió mal, fabricado por Carlos V en su retiro de Yuste, pero volvamos al cuento -y cuenta que no es cuento- de la caja.

Ya en Sevilla, inquirió mi tío Pelagio dónde y a quién podría vender la tabaquera con más provecho, y le contestaron que el que más pagaba los objetos caprichosos y de arte era el Conde de Luque, a quien podía ver todas las noches, de nueve a diez, tomando café en el Suizo.

Sabido esto, a la segunda noche de estar allí fuimos los tres al célebre café de la calle de las Sierpes, donde un camarero nos señaló al Conde, y nosotros nos sentamos en una mesa inmediata a la suya.

El Conde estaba solo, apurando su taza de moka y fumando un rico vequero.

-Gran ocasión -dijo mi tío- para que vea la caja y oiga la sonería. Y sacándola y poniéndola sobre la mesa, le dio cuerda.

Rompió a tocar la música de la tabaquera, pero el Conde no hacía aprecio de tal cosa: se limitaba a mirar distraídamente las espirales de humo que arrojaba de su boca. Gastada la cuerda dejó de sonar la caja, y volvió mi tío a darle de nuevo, pero el Conde sin mirar más que al techo.

Acertó en esto a pasar por nuestro lado el mozo a quien preguntáramos por el prócer, y llamándolo mi tío Pelagio le dijo con disimulo y en voz baja:

-¿Está V. seguro de que ese señor es el Conde de Luque?

-Segurísimo.

-Y ¿cómo siendo tan aficionado a objetos raros no se ha apercebido de esta tabaquera musical?

-Ni espere V. que se aperciba.

-¿Por qué?

-Porque el Señor Conde es más sordo que una tapia.

-Pues nos hemos lucido -exclamó mi tío amostazado-; tanto valdría querer venderle un peine a un calvo.

Con la noticia de la sordera, hubo, pues, que renunciar a vender la preciosa caja de oro al Conde, mas fue vendida después en un almacén de antigüedades y la pagaron bien.

Por cierto que en dicho almacén tuvo mi repetido tío Pelagio un encuentro con un antiguo amigo suyo, de los tiempos en que vivió en Sevilla, y al cual nos presentó.

El tal amigo, tuerto por más señas, era el famoso ex-matador de toros Manuel Domínguez (*Desperdicios*).

Este fue el que en una corrida sufrió una cornada en un ojo, y al preguntarle un espectador

-¿Cá sío eso señón Manué?

-No ha sío ná -respondió.

Y llevaba el ojo en la mano.

Compradas que fueron las galas, regresamos los tres felizmente de Sevilla.

El 26 de mayo, domingo, celebré mi casamiento con D<sup>a</sup> Paulina Castilla Ruiz, siendo padrinos nuestros tíos D. Francisco Valverde Penche y D<sup>a</sup>. Carlota Ruiz Carrillo.

Al mes justo, el 26 de junio, murió en el Palacio Real la Reina D<sup>a</sup> María de las Mercedes de Orleans y Borbón, a los cinco meses y tres días de su enlace con Alfonso XII.

Con tan triste motivo, se hicieron en la Parroquia unos suntuosos funerales.

A mediados de agosto se verificaron varias capeas de vacas en el Paseo, y la última de ellas realizada en la tarde del 22, tuvo un fatal desenlace.

Descollaba entre los aficionados a la lidia un carnicero llamado Gregorio Jiménez, y por sobrenombre *Espartero*, quien, capeando una vaca, fue cogido por ella y arrojado con gran fuerza sobre uno de los asientos rústicos que en aquel sitio había. Por mala ventura del lidiador, chocó su cabeza contra el borde del poyo, determinando una fortísima conmoción cerebral, de la que falleció en aquella misma noche.

El 1º de noviembre murió en la llamada casa de las Columnas mi tío político D. Luis Ruiz Caballero, del cual podía decirse que era caballero dos veces: por su apellido y por su recto e intachable proceder.

La Compañía de aficionados que proseguía sus tareas en tanto en cuanto no venía otra de fuera, puso aquel otoño en escena la magnífica zarzuela de Camprodón y Barbieri "*El diablo en el poder*", obra que resultó lucidísima y que se representó varias noches entre clamorosos aplausos.

## AÑO 1879

A principios de este año se inauguró en Cabra el Teatro que construyera D. Francisco Moreno Ruiz. Para su estreno fue una selectísima Compañía dramática, dirigida por el eminente actor D. Victorino Tamayo y Baus.

Por causas que desconozco, el público no respondió ni a los sacrificios de la empresa ni al mérito de los artistas, y el que parecía ser negocio se convirtió en un verdadero fracaso.

Viendo el dueño, y a la vez empresario del teatro, que no podía sacar al pueblo de su retraimiento, decidió trasladar la Compañía a Priego.

Aquí sucedió todo lo contrario que en la ciudad vecina: Victorino Tamayo dio doce funciones que fueron otros tantos éxitos y otros tantos llenos. Entre las obras que puso, recuerdo: *"Un banquero"*, *"El sueño del malvado"*, *"La huérfana de Bruselas"*, *"Lo positivo"* y *"Un drama nuevo"*, sublime producción de su hermano D. Manuel, y en cuya representación no tuvo Victorino quien le igualara.

Con la ida de Tamayo, coincidió la llegada de unos misioneros que estuvieron aquí toda la segunda mitad de febrero. Aunque el tiempo era lluvioso y frío, mucha gente del campo próximo a Priego venía todas las noches a oír las pláticas doctrinales. Por lo que respecta al pueblo, asistía a diario llenando completamente el templo parroquial.

El 23 de febrero, Domingo de Carnaval, a la una de la madrugada, nació mi primera hija, Paulina (q.e.p.d.).

Con su nacimiento coincidió una gran nevada, la cual no fue óbice a que domingo, lunes y martes saliera una lucidísima Estudiantina de distinguidos jóvenes, dirigida por D. Manuel Muriel.

En este mismo mes de febrero, se cometió un crimen horroroso: Hilario Cano, vecino de Castil de Campos, se encontró junto al Cortijo llamado del Vínculo, en Azores, a dos mujeres, madre e hija, aquélla conocida por el apodo de *"la Virgen"*; y sin motivo ni finalidad alguna, la emprendió a cuchilladas con la hija, muy honesta doncella por cierto, hasta dejarla muerta. Este delito produjo tan justa como profunda indignación en todo el pueblo.

La Semana Santa fue copiosísima en aguas: no pudo hacerse el histórico Prendimiento ni salió más procesión que la de Jesús Nazareno, y aún ésta, lloviendo. A medida que avanzaba el mes de abril arreciaba el temporal, y hacia el día 20 tuvo el Ayuntamiento que tomar la medida de repartir los jornaleros entre los propietarios y personas pudientes.

Por fortuna, a fines de Abril el tiempo se alzó.

El 26 de mayo fue un gran día en Priego.

La Real Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno, había mandado fabricar una hermosa cruz de plata labrada, en sustitución de la antigua de madera, y dicha cruz debía entrar aquí solemnemente en esa fecha al mediodía.

Desde muy temprano, fueron muchas las personas que partieron para Carca-buey, donde aquélla estaba depositada.

A las 8 salimos a caballo, en comisión, los que habíamos de entregarnos en tan sagrada alhaja, y éramos, a saber: D. Antonio José Luque Serrano, D. Juan de la Cruz Aguilera, ambos presbíteros, y yo. Nos precedía, gallardamente cabalgando en una burra blanca, D. Carlos Aguilera Jiménez, niño a la sazón de ocho o nueve años.

Permítaseme una digresión con motivo de la burra que montaba mi tocayo: D. Miguel Aguilera, muy querido amigo mío y dueño de la burra en cuestión, cuando se le preguntaba por la edad de dicha bestia, contaba la siguiente anécdota:

- "La compré -decía- en la feria de Baena hace ya muchos años, y después de pagada, como me pareciera muy vieja, le pregunté al vendedor, que era ya algo maduro, por la edad de ella.

- ¡Hombre! -me contestó- yo, la verdad, no la sé, pero si tiene V. empeño en saberla, podemos preguntarle a mi padre.

- ¿Está en la feria?

- ¡Qué ha de estar en la feria, en el rincón y gracias!; si es muy viejo y apenas se puede mover.

Mas me picó con esto la curiosidad, y le dije:

- ¡Ea, vamos a ver a su padre de V.!

Llegamos a la casa y, con efecto, en un rincón había más que un hombre una momia, según lo viejo y apergaminado, al cual, y a grandes voces, porque también era sordo, le gritó su hijo:

- Padre; a este señor le he vendido la burra, y quiere saber la edad que tiene.

- ¿Quién? ¿Yo?

- No, la burra.

- Pues mira, no lo sé; porque cuando yo nací ya estaba en la casa...".

Tal era la pintoresca biografía de la *liviana* que llevaba nuestra comitiva.

El deseo de llegar pronto hizo que picáramos a las cabalgaduras y en menos de una hora alcanzamos de vista a Carcabuey.

Apenas nos divisaron los cuadrilleros y hermanos de Jesús que nos esperaban bordeando el alto de la carretera, prorrumpieron en vivas al Nazareno y tocaron la campana de los penitentes que el muñidor llevaba. Solo faltaron las destempladas trompetas para que nos creyéramos en plena subida al Calvario.

Llegamos la comisión a casa del muy respetable señor D. Rafael Cubero, quien, así como su esposa D<sup>a</sup>. Manuela Solís e hijos nos obsequiaron galantemente y entregaron la hermosa cruz que en el sitio de honor tenían.

El regreso a Priego fue un verdadero paseo triunfal aparte de la mucha gente que salió de Carcabuey, todos los hortelanos de Genilla y la Milana al ver la comitiva se agregaron a ella, en términos de que cuando llegamos a San Marcos la carretera iba llena. Pero aún mayor número había en la calle antedicha.

En la ermita de este nombre esperaba el resto de los oficiales de la Hermandad y algunos sacerdotes.

Revestido uno de ellos, bendijo la santa cruz, luego que se sacó de su estuche, y después fue colocada en unas andas preparadas al efecto para entrarla en Priego procesionalmente.

En esta forma llegó hasta la iglesia de San Francisco, en medio de los vítores a Jesús, de los acordes de la música marcial y entre un verdadero diluvio de cohetes y palmas reales.

El 29 de noviembre casó en segundas nupcias S. M. el Rey D. Alfonso XII con D<sup>a</sup> María Cristina de Habsburgo, archiduquesa de Austria, celebrándose con tan fausto motivo tres días de fiestas reales en Priego.

## AÑO 1880

**E**l 7 de enero nació mi segunda hija Carmen.

Dos días antes de su natalicio había comenzado D. Pablo Luque Serrano a derribar la casa en que después montara su establecimiento comercial, y como esta fuera contigua a la mía, en cuanto aquél supo que mi señora dio a luz, mandó suspender la obra por propia iniciativa para que los golpes no molestaran a la enferma: atención muy piadosa que, por lo mismo, debo consignar aquí.

El 8 de marzo llegó a Priego contratado por mi amigo D. José Santaella Valera y por mí, el eminente violinista D. Andrés Fortuny. Como Sarasate aún no había logrado la celebridad que después alcanzara, reputábase entonces a Fortuny si no el primero -que acaso lo fuera- por lo menos el más popular de los violinistas españoles.

D. José Cruz, profesor de piano de esta localidad, que debía acompañarle en los conciertos, era antiguo amigo suyo, y ambos a su vez *amiguísimos* de... ¿cómo diría yo? Vamos, de los buenos cosecheros de Jerez.

Esta amistad, o llamémosle afición a lo que esos cosecheros elaboran, hacía que los dos profesores fueran viejos prematuros, pues teniendo a lo sumo 40 años, representaban más de 60.

Ambos se extrañaron al verse; y tan es así, que ya en la fonda, y mientras el violinista se lavaba, nos decía D. José Cruz a Santaella y a mí:

-¿Quién conoce a Fortuny? Es preciso que beba mucho; está asmático; ese hombre dura poco.

En cambio luego en el Casino, mientras Cruz tocaba el piano, nos decía Fortuny apurando un ponche:

-¡Lástima de Pepe Cruz! ¡Tan buen profesor! La bebida lo tiene viejo y casi ciego. De seguro no vive dos años.

Y ambos acertaron: porque en 1883 no existían ya ni Cruz ni Fortuny.

Diéronse tres magníficos conciertos a violín y piano en el teatro en los días 10, 11 y 12 de marzo, viéndose en todos ellos el local lleno de selecto público, que salía complacidísimo. Y no se dieron más porque lo que en el teatro era concierto, fuera de él era *desconcierto*, y no hubo posibilidad de que los artistas ensayaran nuevas piezas por no encontrarse en *estado* para ello.

Con la llegada de la primavera coincidió la presentación de una epidemia de tos ferina, tan general, que no quedó niño libre de contagio. No producía casi víctimas, pero como penosa y pertinaz lo era en extremo. Muchas familias se llevaban al campo los nenes, creyendo que así se cortaba el mal. Pero no se cortaba. La única ventaja que tenía esto era la variación de sitio para toser: que en vez de toser tres meses en Priego, se tosía mes y medio aquí, por ejemplo, y el otro mes y medio en el campo.

El 22 de septiembre se celebró el casamiento de mis primos D. Trinidad Linares Martos y D<sup>a</sup>. Carmen Valera Valverde.

La cosecha de aceituna de este año fue excelente, pero este fruto suplió poco entonces, porque el aceite no se pagaba a más de 7 pesetas la arroba.



## AÑO 1881

El mes de enero fue de los más copiosos en lluvias, que se han conocido. Casi ningún día podíase salir a trabajar al campo, así que la cosecha de la aceituna, con ser tan buena como queda dicho al final del año anterior, se malogró en parte por la dificultad que su recolección ofrecía.

El 31 de enero, efecto del reblandecimiento del terreno, se hundió la parte delantera de la casería que mi tía D<sup>a</sup>. Carlota Ruiz tenía en la Vega. José Jurado, colono de dicha finca, vino a Priego pidiendo auxilio y fuimos algunos, en medio de un fuerte aguacero, a poner a salvo a su familia y efectos que corrían grave riesgo.

La Pascua de Resurrección se celebraron unos ruidosos desafíos de gallos. Vinieron aficionados de los pueblos limítrofes y vimos reñir los más famosos gallos entonces conocidos. El primer día, domingo, hubo ocho quimeras de jacas, a 250 pesetas cada una, descollando entre las que riñeron por su arte de pelea y brevedad en matar a sus contrarias, la "*Tinta*", de D. Francisco Serrano Lora, de Cabra; la "*Ceniza*", del Cura Serrano de Priego; y la "*Sevillana*" de D. Miguel Aguilera, también de Priego.

Al día siguiente, lunes, se verificaron otras ocho peleas de pollos, también a 250 pesetas cada una, sobresaliendo los famosos ecijaneros. En ambos días, además del tipo prefijado a cada quimera se cruzaron cuantiosas apuestas, hasta el punto de que el redondel estaba casi siempre tapizado de monedas de plata y oro, porque entonces todavía circulaba el precioso metal.

El día del Corpus, mientras la procesión discurría por las calles, murió en su casa de la calle de los Herreros mi querido amigo y compañero en letras el Pbro. D. Domingo Arjona y Casado después de año y medio de horribles padecimientos, con santa paciencia soportados. Aunque muy joven era doctísimo en Sagrada Teología, excelente orador e inspirado poeta. Tenía además una hermosa voz, gracias a la cual obtuvo una beca en el Sacro-Monte con la obligación de cantar en el coro.

Era, por último, un verdadero humorista, pero de gracia finísima y culta.

Paseábamos una tarde por Granada: él iba de manto y beca y, por lo tanto, como nos cruzáramos con el Sr. Peñuela, dignidad y Chantre de la Catedral lo saludó reverentemente.

-¿Has visto que bueno soy? -me preguntó ya que hubimos andado algo, lo saludo en vez de saludarme él.

-¿Y porqué te había de saludar? -le repliqué.

-Porque soy más que él; él ¿no es chantre?

-Sí.

-Pues yo soy más: sochantre.

Antes de ordenarse de presbítero, firmaba siempre sus escritos con los dos apellidos "Domingo Arjona Casado", luego que fue sacerdote no usaba más que el primero.

-¿Por qué no firmas con tus dos apellidos? -le pregunté.

-Porque un cura no puede ser casado -me respondió.

En la tarde del mismo día en que este mi amigo muriera ocurrió también un hecho lamentable en el Casino Primitivo.

Producto de ciertos ingresos extraordinarios, la Sociedad tenía en caja una buena cantidad; y algunos socios, o por interés particular, o por espíritu de oposición a la directiva, o -y no eran los menos- por guasa, emitieron la idea, que bien pronto comenzaron a poner por obra, de pedir junta general para que se acordara en ella el repartimiento de los fondos a los socios. Circulaba de mano en mano la solicitud al Presidente para el indicado fin; ya la habían firmado muchos; otros, esperaban turno para suscribirla, cuando advertido del caso D. Carlos Caracuel de la Cámara, persona de genio impetuoso y amante del Casino -tan amante, que ocho años después había de morir dentro de su local- se presentó de improviso y se reprochó acre y duramente su proceder a los partidarios del original reparto.

Contestáronle estos, replicó aquél; de los dichos se pasaron a los hechos, y fue menester Dios y ayuda para separar a los contendientes. El escándalo, sin embargo, fue mayúsculo, y en evitación de mayores males, pues los ánimos estaban excitadísimos, el alcalde, que era D. José Luis Rubio, mandó cerrar el Casino.

La clausura de éste duró una semana. Los fondos no se repartieron, ni se volvió a hablar del asunto.

En los primeros días de agosto vino a nuestro teatro una magnífica compañía de zarzuela, dirigida por el célebre tenor cómico Isidoro Pastor. Todos los artistas eran muy recomendables descollando entre ellos la señora Poisegú, tiple meritísima que bien pronto se captó las simpatías del público.

A pesar del excesivo calor, propio de aquel mes, el teatro se llenaba a diario, dándose el caso muchas noches de tener los que ocupaban los palcos, que sufrir a un considerable número de espectadores que no pudiendo acomodarse en la entrada general se colocaban detrás de los abonados.

Esta compañía, que estuvo aquí hasta el 7 de septiembre, representó todo el teatro antiguo de zarzuela, siendo las que más gustaron y se repitieron "*Los Madgyares*", "*Catalina*", "*Jugar con fuego*", "*El Juramento*", "*Los Diamantes de la Corona*" y "*El salto del Pasiego*".

## AÑO 1882

**E**l 10 de febrero nació mi tercera hija, Ángeles.

Llovió este mes muy poco, todavía llovió menos en marzo, y puede decirse que ya no cayó más agua, salvo alguna tormenta en mayo, insuficiente para remediar el daño que la sequía hiciera.

Los trigos se vinieron a granazón prematura, entiéndase, los que granaron; las semillas casi se perdieron, y el año, en general, fue un poco menos malo que el 67 o sea el de la "sopa". La fanega de trigo alcanzó el precio de 20 pesetas.

Llegadas las funciones de Mayo, la Real Hermandad de nuestro Padre Jesús en la Columna tuvo el acierto de traer uno de los mejores oradores sagrados y parlamentarios del siglo XIX, D. Vicente Manterola.

Su fama oratoria, corría parejas con su mérito. Aquellos inolvidables discursos que pronunciara en las Cortes Constituyentes conteniendo con el príncipe de la elocuencia española, le habían dado tan justo y popular renombre, que cuando se supo que venía a Priego, causó a todos la noticia profunda satisfacción. Esta satisfacción, este deseo general de verle y de oírle, tuvo patente confirmación el día de su llegada por la muchedumbre que salió a esperarle, amén de los llamados oficialmente a hacerlo por razón de su cargo. Fue tan grande -repito- el gentío que le acompañó desde la entrada del pueblo hasta la casa de D. Ramón Linares, donde se hospedaba, que por corresponder a tanta cortesía tuvo que salir al balcón a dar las gracias a los allí congregados, haciendo una breve, pero tan cariñosa y sentida alocución, que avivó más el común anhelo que de oírle predicar teníamos.

La oración que pronunció al día siguiente en la fiesta solemne de Jesús en la Columna fue de las que hacen época: unción religiosa, profundidad filosófica, elocuencia soberana; he aquí los tres factores que informaron su discurso, aquel discurso cuyo tema era ya de por sí un atrevimiento: "*Jesucristo murió porque debió morir*". Escabrosa era la tesis, acaso peligrosa para quien no dominara como él la ciencia teológica, pero el orador insigne, salvando los escollos, probó dentro de la más pura ortodoxia, la razón y la verdad de su tema. La Hermandad del Nazareno celebraba su fiesta, como es sabido, en el domingo siguiente. Iba a predicar este año un canónigo de Sevilla de gran renombre, llamado D. Enrique Rivera Palma; pero acometido de un ataque de hemiplejía cuando se disponía a venir, tuvo que ser sustituido por D. Manuel Torres Daza, canónigo de la misma catedral.

Este señor, de cuya ilustración no cabía dudar, llegó aquí poco preparado por la urgencia de su viaje, y esto unido a que la función en que predicó estaba presidida por el Obispo de Córdoba, Fray Ceferino González, que vino aquel año por segunda vez, y cuya presencia pudo acaso coartar un tanto sus facultades discursivas u oratorias, ello fue que no estuvo a la altura que de su fama se esperaba. El tema de su sermón fue "*Jesus Nazarenum Rex*".

En esta festividad religiosa, ocurrió también un lamentable incidente: era costumbre, y lo sigue siendo, cantar una plegaria a Jesús entre la epístola y el

evangelio. La de aquel año era en castellano, y en cuanto el Prelado se aperció de que lo que se cantaba no era muy conforme con la liturgia, mandó echar la campanilla. Tocóla un acólito repetidas veces, pero D. Manuel Muriel que era el sochantre que cantaba o porque no la oyera, o porque creyó que aquel aviso no rezaba con él, fue el caso que soltó la cantata hasta el final.

Nunca lo hubiera hecho: el disgusto que esto le produjo al Obispo fue extraordinario y desde entonces prohibió al Sr. Muriel que volviera a cantar en acto alguno religioso.

El 4 de julio, y víctima de los deberes de la maternidad, falleció mi prima D<sup>a</sup>. Carmen Valera, esposa de D. Trinidad Linares.

Como queda indicado al historiar este año, la recolección de cereales y semillas fue escasísima produciendo la crisis consiguiente, lo mismo en el propietario que en el bracero. Cifrábanse, pues, todas las esperanzas en el año venidero y se anhelaba la benéfica lluvia que había de determinar el comienzo de la nueva sementera. Pero el otoño llegó y avanzó y las deseadas aguas no caían.

Entró noviembre tan seco como la muerte que en su segundo día se conmemora y el cielo se mostraba implacable. Aquello parecía un castigo. Y porque lo pareciera más -siquiera fuese al vulgo que en todo ve algo sobrenatural-coincidió con la pertinaz sequía la presentación de un gigantesco y luminoso cometa. Aparecía éste en la parte boreal del cielo a las 3 de la mañana y se desvanecía con la aurora. Muchas personas se asomaron al Adarve para verlo.

La Hermandad del Nazareno acordó celebrar un solemne triduo de rogativa para impetrar de la divina misericordia la benéfica lluvia, cuyo acto religioso tuvo lugar en San Francisco luego que hubo pasado la novena de Ánimas, predicando con este motivo tres buenos sermones D. Antonio y D. Juan de la Cruz Aguilera Jiménez.

Una vez más otorgó Jesús lo que tan de veras se le pedía y a mediados de noviembre llovió en abundancia, con lo que se pudo hacer la sementera, aunque tardía, tan buena, que al año siguiente fue de los más fructuosos que se han conocido.

El 26 de diciembre, día marcado en el Reglamento del Casino Primitivo para la elección de la Junta Directiva, se suscitó una contienda formidable entre dos bandos, cada uno de los cuales presentaba distinta candidatura. Apoyaba gran parte de la Sociedad a la que tenía por presidente a D. Enrique Castillo y Aguilar, y otra no menor parte, a la que daba la presidencia a D. José Santaella Valera.

La lucha fue enconada y ruda. Pocos socios quedaron sin votar. Hasta los enfermos fueron en coche para emitir su sufragio. Hecho el escrutinio resultó con mayor número de votos la candidatura de D. José Santaella Valera, quedando ésta proclamada.

Como en el fondo de esta lucha existiera cierto interés político, los derrotados no se avinieron con su suerte, y en el siguiente día 27 se convocó una reunión a casa de D. Ramón Linares Martos, a la que asistieron casi todos los elementos disgustados quienes formularon el acta que a continuación transcribo literalmente puesto que obra en mi poder:

"En la ciudad de Priego, a 27 de diciembre de 1882, los abajo firmados convienen en lo siguiente:

1º. Establecer sociedad para un Casino o Centro de recreo, bien en la casa de la propiedad de D. Víctor Rubio, o en otra, que reuniendo condiciones, pueda adquirirse para este objeto.

2º. Con el propósito de que la gestión para lograr el fin que indicamos en la base anterior sea más eficaz, nos obligamos bajo palabra de caballeros a despedirnos de la Sociedad del "Casino Primitivo" en el término de un mes a contar desde esta fecha.

3º. Para llevar a efecto la adquisición de la casa en donde ha de establecerse esta nueva sociedad, formación de su Reglamento y demás que sea preciso, se nombra una comisión compuesta de los señores siguientes:

- D. Antonio M<sup>a</sup>. Ruiz Amores
- D. Antonio Calvo Serrano
- D. José Eugenio de Castilla y Serrano
- D. Enrique Castillo y Aguilar
- D. Eusebio Castillo Bueno
- D. Ramón Linares Martos
- D. Cristóbal Cubero Solís
- D. Juan León e Iquino
- D. José Cuxart y Casas"

Siguen las firmas de treinta y cuatro señores.

La Comisión gestora nombrada aceptó en pleno y a seguida entró en funciones, comenzando por arrendar la casa de D<sup>a</sup>. Elena Lozano, en la calle de Prim, donde la nueva sociedad había de instalarse.

Bien pronto el número de los 34 iniciadores se amplió, en tales proporciones, que antes de que terminara el año pasaban de cien los inscritos en la lista de socios, la que seguía abierta y con tendencia a nuevas inclusiones.

En aquellos mismos días los comprometidos en la reunión del 27 de diciembre darnos de baja en el Casino Primitivo, llevamos a efecto nuestra determinación, y con nosotros lo hicieron otros muchos que a su vez ingresaron en la nueva entidad que se estaba formando.

## AÑO 1883

**E**n el mes de enero se constituyó la nueva Sociedad de Recreo bajo la denominación de "Círculo de Priego".

Se redactó y aprobó el Reglamento en el cual se consignaba como nota diferencial del que regía en el Casino que el Círculo se componía de dos clases de socios: fundadores y de número. Los fundadores que eran 50, por el hecho de haber sufragado todos los gastos, inherentes a la sociedad creada, se reservaban el derecho de propiedad respecto a los bienes de ella y además la administración de la misma, de tal modo que los cargos de la Junta Directiva siempre hubieran de recaer en fundadores y por último se adjudicaban la facultad de admitir o repeler a los solicitantes a socios.

Los de número, no tenían más derechos que el uso y disfrute del local y mobiliario y la participación de toda clase de solaces y recreos.

Como era lógico, la primera Junta Directiva fue íntegra la derrotada en la célebre votación del Casino Primitivo: de ella era Presidente D. Enrique Castillo Aguilar y yo el primer secretario.

La solemne inauguración del Círculo de Priego se verificó el 3 de febrero y el 5 del mismo se dio por la sociedad un suntuoso baile en el teatro.

En los primeros días de Cuaresma vino la compañía dramática de Carolina Civilí.

Esta eminente artista era italiana, pero hacía bastante tiempo que vivía en España y se la reputaba como la primera trágica de nuestra escena. Hablaba el español correctísimamente, sin el menor dejo ni acento extranjero; había conseguido decisivos triunfos en todas partes y principalmente en Madrid, donde la prensa hacía de ella encomios extraordinarios, y por si esto no fuera bastante para identificarla con nosotros, estaba casada con un español.

Yo tuve el honor de que el 12 de marzo estrenara aquí un drama mío en tres actos y en verso, titulado "*La mejor venganza*" que se repitió dos noches más.

La buena acogida que el público dispensó a esta producción, debido sin duda al mérito de tan insigne actriz, me alentó a escribir un cuadro trágico dedicado a ella, "*El grito de una madre*", que se representó también con éxito los tres días de Pascua de Resurrección.

Pasada esta festividad, y después de una memorable campaña escénica en que le vimos las más selectas obras de nuestros grandes dramaturgos, marchó la Compañía a Cabra.

A poco de estar actuando en esta ciudad, me escribió el marido de D<sup>a</sup>. Carolina, señor Palau, invitándome a que fuera para asistir a la representación de mis dos obras dramáticas, que había de verificarse el 13 de abril.

Fui con efecto, y me acompañaron mis amigos D. Francisco Moyano Mayor, D. José Santaella Valera, D. José García Alba y D. Salustiano Siller.

A la terminación de "*La mejor venganza*" fui obsequiado en escena con una pluma de plata afiligranada, regalo de mi querido profesor de Retórica y Poética en aquel Instituto, y Director entonces, el Sr. D. Luis Herrera.

La procesión de la Octava del Corpus tuvo aquel año como novedad una nota muy simpática: dirigiendo la música de capilla, compuesta a la sazón de señores graves, iba un joven, casi adolescente, que tocaba el violín. Hacía su debut aquella tarde como director de orquesta y organista parroquial.

-¿Quién es ese profesor tan joven? -le pregunté a D. Ramón Linares que estaba allí cerca.

-Un muchacho que vale bastante y promete más: Laureano Cano.

El 25 de agosto nació mi sobrino político Antonio Castilla y Abril. Su madre estuvo aquella noche en grave peligro de muerte. Reaccionada algún tanto al siguiente día, bien pronto se agravó de nuevo, acentuándose cada vez más los síntomas morbosos, hasta el punto de que el médico que para su asistencia viniera de Alcalá, al llegar la noche del 31 de agosto, se despidió y volvióse a su pueblo, pronosticando que la enferma no vería la luz del nuevo día.

Ante una manifestación tan fatal como categórica, todos los individuos de la familia estuvimos allí esperando el temido desenlace.

Por esta triste circunstancia yo no pude asistir a la boda de mis primos D. Julián Valverde y D<sup>a</sup>. Gloria Linares efectuada aquella misma noche.

El médico de Alcalá, por fortuna, se equivocó. Amaneció el 1 de septiembre y la paciente, no sólo vivía, sino que estaba más rehecha. Y así, fluctuando entre la vida y la muerte, pero siempre con tendencia a la mejoría estuvo hasta el 6 de septiembre en que, desaparecido el peligro, entró en una franca convalecencia. Durante la enfermedad de la madre, permaneció el niño en mi casa.

El 10 de octubre partí para Granada a licenciarme en Derecho Civil y Canónico, título que obtuve el día 15, fiesta de la Santa Doctora Teresa de Jesús. Los profesores que formaron mi tribunal fueron: D. Juan de Dios Vico y Bravo, el Marqués de Santa Casilda y D. Francisco Leal e Ibarra. El tema de mi discurso fue un punto de Derecho Canónico: "*El título de Ordenación*".

De regreso a Priego ya estaba mi hermana política D<sup>a</sup>. Antonia Abril completamente buena, y para festejar el feliz desenlace de su mal, se celebró en el huerto de Castilla el día 24 una tan animada como suculenta gira a la que asistió toda la familia.

Llegado diciembre, la prensa anunció que el famoso tenor Gallarre iría a Granada para dar tres funciones. Estaba el gran artista entonces en el apogeo de sus facultades y de su gloria. Con su ida a la ciudad del Genil, coincidía la estancia allí del Príncipe Imperial de Alemania, padre del Kaiser actual.

La noticia era tentadora y valía la pena ir a Granada: fuimos, en efecto, mi primo D. Francisco Ruiz Lozano y yo.

Gallarre cantó tres noches: el día de la Purísima hizo "*Lucía*", el día 9 "*La favorita*" y el 10 "*Lucrecia Borgia*".

El Príncipe Imperial asistió a la primera de las tres óperas, y su noble y arrogante figura produjo buen efecto en el público que le saludó cortésmente.

¡Quién había de pensar, viendo su robustez y entereza, que ya en su garganta llevaba el germen canceroso que antes de cinco años le quitaría la vida!

Durante la segunda quincena de diciembre, y estando en su fábrica de Almedinilla, contrajo otra vez D<sup>a</sup>. Antonia Abril una enfermedad bastante grave; fiebres infecciosas o tifoideas que se agudizaron los días de Pascua. Por fortuna también, pudo esta vez vencer a la dolencia.

El 28, día de los Santos Inocentes, murió el notario D. Patricio Aguilar y Cano, persona afabilísima, y aunque de 80 años, muy amiga de la juventud. Era el eterno bastonero en nuestros bailes del Casino.



## Año 1884

Hacia el 20 de enero entró por segunda vez en el poder D. Antonio Cánovas del Castillo. Hecha la convocatoria para las elecciones generales de diputados a Cortes, presentó su candidatura por este Distrito D. Indalecio Abril y León.

El centro electoral estaba en mi casa, a donde concurrían todos los primates del partido conservador y muchos electores, para hacer su confrontación e identificación con el censo y enterarles del Colegio donde debían votar. Nos hallábamos pues, en sesión permanente.

El Domingo de Ramos vino un número crecidísimo de electores del campo, para los efectos antedichos. Entre ellos se presentó un viejecito que apenas podía tenerse en pie, no tanto por los años, cuanto por un asma que le ahogaba.

-¿Cómo se llama V.? -le pregunté.

-Antonio Navas Zamoranos.

Este nombre me impresionó profundamente, porque despertaba un recuerdo de mi niñez.

-¿Es V. de los Villares?

-De los Villares

-Entonces, ¿fue V. quién mató al sordo?

-El mismo; pero ¡ay! señorito, de eso hace ya muchos años.

-Lo menos cuarenta, ¿eh?

-Lo menos. Y ¿quién le ha contado a V. que yo maté? ...

-Mi padre, cuando yo era pequeño.

Miróme el viejo con ojos escrutadores y objetó.

-Como no sé quién es V. ni su padre ...

-Mi padre murió hace ya mucho tiempo: era el médico D. Juan de la Cruz Valverde.

Oír esto el viejo y echarse a llorar fue todo una cosa: y con el llanto le sobrevino un golpe de tos que por poco se ahoga.

-Con que entonces V. -me dijo- es nieto de D. Julián y sobrino de D. Juan María el cura... ¡Mis amos! ¡mis amos!

-Sí, señor; ¡jea! a calmarse, y vaya un cigarro.

Y ahora, para que nadie forme juicio temerario respecto de aquel hombre que había hecho una muerte, la referiré tal como mi padre me la contaba.

Decía éste, que siendo él mozo eran arrendatarios de la dehesa de Vechiras su padre D. Julián y su tío el cura.

Apareció entonces un ladrón, que llegó a adquirir triste celebridad, conocido por "*el sordo de Rute*", mote que indicaba el defecto de audición y el pueblo de su naturaleza.

Vagaba por las tierras de aquel término y por las de Priego, pero habitualmente hacía parada en una cueva existente en la sierra de la dehesa de Vechiras. Aunque el bandido llevaba cometidas muchas y tremendas fechorías, nada había intentado contra mi abuelo y mi tío, ni contra sus bienes: a lo

sumo, si algún día no tenía que comer, llegaba a la dehesa, pedía cortésmente que le dieran algo, se lo daban, y se volvía a su guarida.

Mas llegó un momento en que cegado por la codicia, varió de proceder. Llamó a un zagal de ovejas de la finca, muchacho de unos 18 años, y le dio una carta, con encargo especial de que la llevara a sus amos, advirtiéndole que esperaba la contestación. Vino a Priego el portador de la misiva y se la entregó a mi abuelo y a mi tío, que quedaron sorprendidos e indignados cuando la leyeron. En la carta pedía el "Sordo" 4.000 reales que le habían de enviar a seguida con el emisario, y amenazaba, en caso de negativa, con hacer cuantiosos daños así en los ganados como en las sementeras.

Mi tío D. Juan María, casi se allanó a dárselos, pero mi abuelo no; porque decía que sentado el precedente, si entonces pedía cuatro otro día llegará a pedir ocho y las exigencias serán cada vez más intolerables.

Presenciaba el zagal aquel debate y le cortó de este modo:

-Si ustedes quieren -dijo- yo me encargo de que *el Sordo* no pida más dinero, ni aun se quede con esos 4.000 reales.

-¿Cómo?

-Matándolo.

-Eso no es tan fácil. ¿Quién lo va a matar?

-Yo.

-¡Tú! Pero muchacho, ¿estás loco?

-Denme ustedes esa cantidad que pide y una pistola bien cargada y yo me encargo de lo demás.

Vieron los hermanos tal dosis de resolución en el muchacho, que le proporcionaron lo que quería: 4.000 reales en plata metidos en un talego, y una buena pistola cargada con bala.

Marchó a seguida a la dehesa liado en un capotillo y se entrevistó con el "Sordo" que le esperaba en la cueva.

-¿Qué, traes eso? -le preguntó el ladrón.

Aquí lo traigo.

-¿Vienen los 4.000 reales?

-Completos: cuéntelos V.

Y mientras el "Sordo" cegado por la codicia, vertía el dinero en el suelo para contarlo, el zagal que llevaba la pistola oculta bajo el capote, le disparó un tiro a quema ropa y lo dejó muerto.

Inútil es decir que el zagal era Antonio Navas Zamoranos, el vejete del asma.

Añadía mi padre, cuando me contaba el suceso, que bastante tiempo después, siendo él ya médico, volvió de presidio un hermano del "Sordo", y en venganza de la muerte de éste, un día que el Navas Zamorano, ya hombre, vino a Priego, le acechó en un zaguán de la calle de los Herreros y disparándole con un retaco le metió una bala en el cuerpo. Y aún agregaba:

Cuando le estábamos extrayendo el proyectil, operación larga y dolorosa, como no se quejara lo más mínimo le preguntó alguien:

-¿Por qué no te quejas, Antonio? Desahógate, hombre: chilla.

A lo que replicó el herido con gran serenidad:

-¿Y me va a doler menos por que me queje?

Lo cual probaba el temple de su alma.

Volviendo a los incidentes que con motivo de aquella elección se desarrollaron en mi casa, también recuerdo que un día, aprovechando la ocasión de ser muchos los allí reunidos, se presentó una comisión de jóvenes a cuyo frente iba D. Pedro Álvarez Moya, en solicitud de que nos inscribiéramos como accionistas de la nueva Plaza de Toros, entonces en proyecto, y cuya gestación e historia se desenvolverá después en este trabajo. Todos los presentes nos suscribimos algunas acciones.

Otra noche entró D. Rafael Lucena dando una buena noticia: se acababa de saber que en el sorteo de la lotería extraordinaria de abril, había tocado el premio mayor en el nº 34 vendido en Lucena, pero de cuyo billete se jugaba un décimo en Priego. En este sorteo ascendía el primer premio a 500.000 pesetas, y los agraciados con el décimo aquí expendido fueron los Sres. D. Antonio Gámiz López y D. Enrique Artacho, a cada uno de los cuales le correspondió la bonita suma de 5.000 duros.

Verificada la elección de diputados a Cortes, salió triunfante D. Indalecio Abril, y para festejar su éxito se celebró un banquete popular en el "recreo de Castilla" donde reinó la mayor alegría, al par que se comió y bebió de lo lindo. También se corrió al día siguiente un "toro de cuerda" con mucha desgracia, por cierto, para Juan Calle. Era éste tan buen corredor de granos, como mal corredor de toros, pues el de marras lo alcanzó junto a la ermita de las Angustias infiriéndole una grave herida en (aquí la pulcritud) el sitio donde se padecen las hemorroides, de cuyo percance por poco no escapa con vida.

El 16 de junio a las 4 de la tarde y en el nº 2 de la calle Alhóndiga de Granada, fue operada mi prima D<sup>a</sup> Gloria Linares de un tumor en el pecho por el doctor D. Enrique Pérez Andrés, quien se lo extrajo magistralmente. La paciente sufrió muchísimo pues no quiso cloroformizarse. El tumor, del tamaño de una nuez, lo recogí yo, que estuve presente a la operación, y lo conservo en alcohol. A los doce días de hacerle aquélla, la operada estaba buena y sana en Priego.

El 20 de octubre falleció mi tía política D<sup>a</sup> Carmen Castilla y Serrano, primera esposa de D. Juan Palomeque Camacho.

En la memorable noche del 25 de diciembre, día del Nacimiento del Hijo de Dios, a las nueve menos cuarto, se produjo el terremoto más intenso y más extenso que se sintiera en España en todo el siglo XIX. Tuvo por núcleo o punto de arranque Sierra Tejeda, próxima a Alhama de Granada, quedando casi destruidos los pueblos comarcanos, así de Granada como de Málaga. Andalucía entera sintió aquella fortísima conmoción que alcanzó, aunque débilmente, a la misma corte de España.

En Priego duró la sacudida cerca de medio minuto, pues yo tuve tiempo, una vez apercebido del fenómeno sísmico, de salir de mi casa, y ya en la calle, oír aun algunos segundos las campanas de las Angustias y las del reloj que tocaban solas. La gente toda abandonó las casas pidiendo a Dios misericordia, mientras se daba en el teatro un espectáculo espantoso.

Celebrábase en él la *Pastorela* con un lleno completo, cuando se sintió el temblor de tierra. Los concurrentes, al ver el edificio bambolearse, creyeron

que se caía, y entre un griterío ensordecedor pugnaron por ganar la puerta; mas como todos, en un momento dado, no podían salir, se derribaban unos a otros y se pisoteaban, mientras no pocos arrojábanse por los balcones.

Detallar las personas heridas, contusas y desmayadas sería imposible, sólo diré que hasta hubo dos criaturas muertas: una, hija del ebanista D. Francisco Muñoz, y otra de un calero, que llevaba Calvo por apellido, y por apodo "el Rey Chiquito".

Si bien la sacudida citada fue la principal, hubo otras aquella misma noche, a las once menos cuarto, a las dos y a las cuatro de la madrugada. Huelga decir que nadie se acostó: el pánico era inmenso; la gente aterrada rezaba en el interior de las casas y mucha en la calle.

Al día siguiente, 26, se empezaron a saber noticias espantosas de los efectos del terremoto en la región más castigada: Alhama, Santa Cruz, Albuñuelas, Periana y otros pueblos eran montones de ruinas: los muertos se contaban por centenares; los heridos por miles. Esto vino a aumentar el terror general e hizo que en las subsiguientes noches la mayor parte de los vecinos no se acostara.

El Paseo, el Llano de la Iglesia y el Palenque, eran otros tantos campamentos donde la gente se congregaba alrededor de improvisadas candelas para pasar la noche. Recuerdo haber visto a mi primo D. José Tomás Serrano con toda su familia pernoctando dentro de un carro en el Palenque; y como este caso se daban muchos.

El día 30, a poco de anochecer, se sintieron dos sacudidas en breve espacio. La alarma se acentuó tanto, que el pueblo pidió la salida aquella misma noche en procesión de rogativa de las dos sagradas efigies de Ntro. Padre Jesús en la Columna y Nazareno.

Otorgados los competentes permisos, pusiéronse en andas las imágenes, y acto seguido, a las 9, salieron de su iglesia de San Francisco en el orden prefijado, paseando procesionalmente por las calles, en medio de un ambiente de religiosidad y de compunción extremado.

Aquella noche no se volvió a percibir ningún movimiento.

Por último, el día 31 a las cuatro de la tarde se advirtió una ligera oscilación, y así terminó aquel año y aquella semana de horrores.

## AÑO 1885

Con la entrada del año nuevo pareció renacer la tranquilidad en nuestro pueblo; y bien pronto se tornó a la vida normal. Pero este vecindario no podía sustraerse a la nota de caridad que flotaba en el ambiente, y haciéndose eco del clamor general que traspasando fronteras y mares demandaba un piadoso socorro para las comarcas siniestradas, se dispuso a contribuir al remedio de tan inmensa desgracia.

La juventud, ardiente y generosa por la naturaleza, tomó la iniciativa: aunque le constaba la próxima salida del Clero y del Ayuntamiento en pública cuestión; aunque sabía que la Curia, el Comercio y el Círculo de Priego abrían suscripciones especiales con el mismo fin, varios jóvenes emitieron la idea de formar una Estudiantina que hiciese piadosa demanda.

Tal pensamiento fue secundado con entusiasmo: en breves días organizóse aquella bajo la presencia de D. Carlos Caracuel y Cámara, y dirigida por el profesor de música D. Laureano Cano, hizo su salida en tres días consecutivos que fueron el 17, 18 y 19 de enero.

No fue óbice a la entusiasta juventud la crudeza de aquellos días ingratos por la temperatura, sí de gratísima recordación por la caridad. Era de ver en ellos, marchando sobre extenso pavimento de nieve, al son de armónico instrumental, aquel núcleo de hombres y niños entonando sentidos cánticos en demanda de socorro para los pueblos destruidos. Y era aun más de ver el generoso movimiento popular secundando empresa tan noble, y el espontáneo concurso prestado por las clases todas de la sociedad a los que así pedían para socorrer el ajeno infortunio.

¡En cuántas casas, en cuántas, se vació en la montera del estudiante lo poco con que aquel día se contaba para comer!

Yo puedo decir esto mejor que otros, porque fui uno de los cuatro demandantes: mis compañeros eran: D. Cristóbal Cubero Solís, D. Enrique Castillo Aguilar y D. Luis Santaella Valera.

Reunimos en Priego 1.469 pesetas, 50 céntimos y queriendo ampliar esta suma, fuimos a Carcabuey el martes 20 de enero.

En aquella localidad fue bien recibida la Estudiantina, encontrando decidido apoyo en las más distinguidas familias y obtuvimos una colecta de 128 pesetas 75 céntimos.

Ahora bien; honrado con la depositaría de los fondos recaudados por la Estudiantina, tuve luego la satisfacción de verlos acrecidos con tres donativos particulares: el primero, consistente en 100 pesetas, por mano de D. Antonio Aguilera, Pbro. a nombre de una persona caritativa que quiso guardar el incógnito; el segundo, de 10 pesetas y el tercero de 2 y 50 céntimos, con cuyos donativos unidos a lo ya recaudado, se formó la suma de 1.710 pesetas 75 céntimos.

A la par que se hacía la estudiantil demanda, llevábase a cabo otra suscripción en el "*Círculo de Priego*" que arrojó 625 pesetas, y se recogía a domicilio otra por el ayuntamiento, consistente en 1.702 pesetas 68 céntimos, acordándose por aquella Sociedad y por esta corporación, que se me hiciera entre-

ga de las cantidades por ambas recaudadas, las que unidas a la de la Estudiantina totalizaron 4.038 pesetas 43 céntimos.

Con este dinero, y con amplias facultades para su inversión por las tres entidades poderdantes, decidí ir a la ciudad de Alhama y hacer construir tres casas para otros tantos vecinos que hubieran perdido las suyas, por causa de los terremotos y no pudieran reconstruirlas.

Así lo efectué, otorgando contrato de obras con el arquitecto D. Juan Antonio García, quien cumplió fielmente su cometido.

Terminadas las casas, pedí al Ayuntamiento de Alhama se dignara enviarme los nombres de diez vecinos que habiendo perdido sus hogares, y siendo pobres, no hubieran sido socorridos. Inmediatamente aquella Corporación me mandó la lista de ellos; y en la casa Capitular de Priego, a presencia del Alcalde, algunos concejales, y de los Presidentes del Círculo y de la Estudiantina, se insacaron los diez nombres, extrayéndose a seguida tres de ellos, que fueron los agraciados con casa, a saber: María Guerra Miranda, Félix Vinuesa Castro y María Tomasa Franco Bolaños.

Formalizada la titulación e inscripción en el registro de referidos edificios, se dio posesión de ellos a los nuevos propietarios en nombre de Priego, y el remanente que quedaba lo mandé distribuir entre los restantes no agraciados, cuyo acto realizado por los señores alcalde y secretario de Alhama, me lo describió aquél en una carta, de la que tomo este párrafo:

- "Hecha la división" -dice- "del sobrante entre los sujetos por V. mencionados, cupo a cada uno la cantidad de 23 pesetas y 61 céntimos, cuya suma individual fueron recibiendo, significando su agradecimiento con lágrimas abundantes, recordando la fecha del acontecimiento, y bendiciendo los corazones caritativos de los vecinos de Priego".

Por último, terminado mi cometido, presenté mis cuentas y comprobantes a los que me dieron su representación, recayendo la declaración siguiente: "Los que suscriben, Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de esta Ciudad, Vice-Presidente del Círculo de la misma y Presidente de la Estudiantina organizada para allegar fondos con motivo de los terremotos, declaran: que han examinado las cuentas que anteceden, registrando sus originales y visto los documentos justificativos de que se les ha hecho exhibición por D. Carlos Valverde López y, en consecuencia de tal examen, les prestan a referidas cuentas su más decidida y unánime aprobación, quedando satisfechos del celo e integridad desplegados por el señor mandatario, a quien, en nombre de las corporaciones poderdantes, otorgan un voto de gracias. Priego 15 de diciembre de 1887. José Luís Rubio. Rafael Ruiz Amores. Carlos Caracuel y Cámara.

El 28 de abril nació mi primer hijo varón y cuarto en el orden de descendencia, siendo bautizado el 2 de mayo con el nombre de José Tomás.

La Plaza de Toros que se empezaba a construir el año anterior por una sociedad de accionistas, al llegar junio de este año se hallaba todavía en embrión. Gastado todo el dinero de las acciones suscritas, más otros dos suplementos, en junto más de 15.000 pesetas, apenas si tenía terminado el redondel y hechas algunas gradas.

No queriendo ya los propietarios hacer más desembolsos, acordóse arrendarla por un año para seguir las obras con el precio del arrendamiento.

Verificada la subasta, adjudicóse como mejor postor a Antonio Luque Siles en 2.250 pesetas.

Éste organizó dos corridas de novillos para los días de San Juan y de San Pedro. Dióse solamente la primera, en la que actuó con lucimiento el célebre Bebé; la segunda no se pudo celebrar porque una gran tormenta que descargó el día de San Pedro lo impidió.

Trataba el empresario de dar más corridas en el transcurso del verano y en la feria, pero tuvo que desistir, mal de su grado, por la invasión y avance del cólera morbo asiático.

El cólera fue importado a España en el año anterior, procedente de Francia e Italia, pero no hizo más estragos que en la región levantina. Llegada la primavera de este año 1885, reapareció con bríos siniestros y bien pronto cundió, avanzó como una ola de muerte y se enseñoreó de España entera.

Un pueblo sólo -al menos, que yo sepa- se libró del contagio: este pueblo fue Priego.

¿Por qué se libró nuestra ciudad del cólera?, ¿qué hicieron sus habitantes para inmunizarse?

Ya lo dije el año pasado en nuestro extinguido periódico "*Patria Chica*", poner en práctica el conocido refrán "*a Dios rogando y con el mazo dando*".

Lo de "*a Dios rogando*" no necesita explicación, pues ya se sobreentiende que fue interpretar de la divina misericordia la salud pública, haciendo solemnes rogativas en la iglesia de San Francisco, y más tarde, en los días 19, 20 y 21 de agosto celebrando misas de campaña sobre el estanque y ante el altar de la Virgen de la Salud; cultos a los que acudía casi todo el pueblo.

Por lo que toca a la segunda parte del refrán, esto es, "con el mazo dando" ha de entenderse el conjunto de precauciones para conservar la salud a toda costa, ya por medio del aseo y de las desinfecciones practicadas con extremado rigor, ya por el sistema de aislamiento con el resto del mundo, lo que se logró estableciendo un severísimo cordón sanitario.

Componíase éste de un número muy crecido de vecinos que, por parejas, circunvalaban el pueblo, no dejando pasar absolutamente a nadie que viniese de fuera. Sólo podían entrar en la localidad los habitantes del término municipal, y aun éstos, con certificación del alcalde pedáneo respectivo, de no existir caso alguno sospechoso en su demarcación. Las parejas que ejercían esta vigilancia se remudaban día y noche, de modo que el servicio era tan riguroso como permanente. Además, todo el que entraba había de hacerlo por San Marcos en cuya ermita existía un personal de inspección que concedía o denegaba la entrada. El correo así como las pocas mercancías que venían, eran objeto de una fumigación especial, y sus conductores, carros, etc. no pasaban de la Milana.

El alcalde D. Rafael Lucena, con un tesón digno de la loa, mantenía ese régimen de aislamiento; la junta de Sanidad, de la que yo tuve el honor de ser vocal, estaba siempre en funciones, y el pueblo entero, unido ante el común peligro secundaba las disposiciones de la alcaldía y auxiliaba a la junta en todo.

Así, con tales medidas, si arbitrarias, muy convenientes, teniendo por lema el "*salus populi suprema lex*", transcurrieron los meses de julio y agosto, mas como se aproximara la época ferial, acordóse por el Ayuntamiento, previo dictamen de la Junta Sanitaria, que no se celebrara la feria, como no se

celebró, pues en balde serían los esfuerzos y sacrificios realizados en pro del aislamiento si la irrupción de forasteros daba al traste con él.

En los primeros días de septiembre, el Imperio Alemán, tomando pretexto del abandono en que España tenía el archipiélago de las Carolinas, y alegando ilusorios derechos, quiso apoderarse de él, provocando tal conducta una protesta viril y violentísima en toda la Nación, expresada en manifestaciones sin cuento.

La nuestra tuvo lugar en la tarde del 11 de septiembre -mi aniversario, por cierto- y a la hora de las cinco, la corporación municipal, autoridades, gremios, sociedades y casi todo el pueblo, con la banda marcial, y llevando por guión la histórica bandera de Martín Zamorano, uno de los conquistadores de Priego, salieron en nutridísima y entusiasta manifestación de protesta, recorrieron las principales calles, fueron arengados con patrióticos discursos pronunciados por algunos socios desde los balcones del Casino Primitivo y disolvieron, al cabo, en perfecto orden, dando así alto ejemplo de sensatez y de amor a la patria.

Avanzaba septiembre, soplaban las primeras brisas otoñales y el cólera empezaba a decrecer rápidamente en toda la península. El cordón y el servicio sanitario seguían funcionando, no obstante, más por costumbre que por necesidad. Existía la convicción de que el cólera ya no entraría en Priego.

Hacia el 20 de este mes se inició el ciclo tempestuoso que lo caracteriza, y llegó, por fin, con el 25 la tormenta más intensa y, sobre todo, de más duración que en medio siglo se conociera: con decir que comenzó a las siete de la tarde y que sin amainar en su furia duró hasta las siete de la mañana siguiente, está dicho todo. ¡Doce horas diluviando, mientras el cielo ardía por sus cuatro puntos cardinales!

Inundáronse varios sitios de la población; desbordóse el arroyo de la calle Loja causando graves desperfectos; cayó un rayo en la iglesia del Calvario; el haza de Luna y las de San Marcos quedaron cubiertas por el peñascal que el aluvión arrastrara, y la ya tantas veces nombrada ermita, convirtiéndose en un estanque subiendo el nivel de las aguas a bastante altura.

Mi amigo y compañero en letras D. Miguel Carrillo Tallón, que prestaba allí guardia, se vio en la disyuntiva, con los que le acompañaban de, o subirse a los altares, o irse a dormir, más como lo primero era irreverente, optaron por lo segundo, abandonando aquel lugar de desolación. Lo propio hicieron cuantos formaban el cordón sanitario, con lo cual, al día siguiente 26, Priego franqueó la entrada a todo el mundo, pudiendo decir que en nuestro plan de aislamiento no fuimos vencidos por la fuerza de los hombres, sino por el poder de Dios.

Una deuda de gratitud teníamos contraída con Él, y a pagársela, hasta donde cabe en lo humano, acudimos, así en el orden oficial como en el popular.

Oficialmente, se celebró una magnífica función de acción de gracias en la iglesia Parroquial el día de Todos los Santos, con asistencia del Ayuntamiento y demás corporaciones siendo sacerdote oficiante y orador sagrado, respectivamente, los muy sabios y virtuosos presbíteros D. Francisco Villén Luque y D. Antonio Aguilera Jiménez.

Como culto popular, se ofreció un solemne novenario por su Real Hermandad a Jesús Nazareno en la misma Parroquia, comenzando el sábado 21



de noviembre, para terminar el domingo 29, en cuya noche proyectábase sacar en procesión la sagrada imagen, acto que hubiera sido de importante fervor y de religioso entusiasmo.

Con hartó sentimiento de todos, dicha procesión no pudo celebrarse: cuatro días antes, el 25 de noviembre, murió en el Palacio del Pardo S. M. el Rey D. Alfonso XII, y el 26 fue declarada Andalucía en estado de sitio, según rezaba el bando de Capitán General de la región D. Camilo Polavieja, prohibiéndose, con tal motivo, toda clase de manifestaciones.

Así acabó el año 1885 de triste recordación: terremotos, temporales, inundaciones, tormentas, cólera, conato de guerra, muerte del Monarca... ¡Un horror! Y ¡gracias que nos dejó con vida para contarlo!

## AÑO 1886

Quedamos en que fue malo el año anterior, ¿no es verdad? Pues de ser cierto lo que dice una coplilla popular que algún malasombra sacó, éste de 1886 hubiera sido rematadamente peor: como que en él se hubiera acabado el mundo: Dice así la aludida copla:

"Cuando Jorge mate a Cristo  
Y Marcos le resucite,  
Y en triunfo le lleve Juan  
El fin del mundo será".

Precisamente en este año caía el Viernes Santo en 23 de abril, día de San Jorge; el Domingo de Resurrección, en 25 igual mes, día de San Marcos; y la fiesta del Corpus en 24 de junio, día de San Juan.

Mas, pese al mal poeta y peor profeta, ni se acabó el mundo ni se acabará, creo yo, en mucho tiempo.

¡Qué se había de acabar! Pues si este año empezó precisamente con baile y sandunga. Véase la prueba:

Por esta época, el Círculo de Priego, no sólo se hallaba en su apogeo, sino que logró su bello ideal: trasladarse a la calle del Río, donde antes estuviera el Casino Primitivo.

Para celebrar la mudanza e inaugurar de manera digna el suntuoso salón, se proyectó un baile de máscaras que había de verificarse el día de los Reyes, cuya fiesta, aparte de otros atractivos, tendría el de unos brillantes rigodones que serían bailados por bellísimas señoritas y distinguidos jóvenes.

Los rigodones se ensayaban en mi casa, y a toda prisa, desde el 2 de enero, porque la fecha consabida se acercaba. Todas las noches concurrían a honrarnos cuantos habían de tomar parte en el festival, y después del ensayo se seguía bailando *ad libitum*, con gran complacencia de los visitantes y mayor gusto de los visitados.

Una noche, empero, surgió grave contrariedad: el caballero que servía de pareja a una de las señoritas, no acudió al ensayo.

Se aguardó algún rato sin ensayar, mas en balde, el caballero no llegaba.

Llamaron en esto a la puerta, y cuando todos creímos que era el joven retrasado, se presentó mi querido amigo y pariente D. Eusebio Camacho que venía a hablarme de un asunto administrativo.

Aplazando aquel asunto para mejor ocasión, y constándome la proverbial galantería y exquisita amabilidad del recién llegado, yo le invité a pasar a la sala.

Accedió, y su entrada en ella fue triunfal: los jóvenes que también conocían aquellas estimables prendas le dieron la bienvenida y le rogaron que supliera la falta del olvidadizo galán, sirviéndose tomar pareja para que, completo el cuadro, pudiera comenzarse el ensayo.

D. Eusebio, a fuer de galante, contestó a la invitación con estas o parecidas palabras:

-Jamás pude imaginar !oh, amables señoritas! que el cielo me deparase ventura tal cual la que me brindáis al hacerme partícipe de los encantos que el arte coreográfico ofrece, y que suben de punto al ser realizados por vuestra hermosura y gentileza.

Yo quisiera en esta noche ser un paladín de Terpsícore, para bailar como lo hacía en aquellos mis buenos tiempos de estudiante, cuando las estrellas erráticas de la danza que se llamaron la Cuaranta y la Piteri, revoloteaban como mariposas que no como mujeres, en la ciudad de los cármenes.

Más, ¡jay!, que desde entonces ha llovido. Y porque ha llovido mucho, tengo para mí que el exceso de humedad hame embargado en tercer grado esta pierna pecadora, amenazándome con el dolor de la ciática y la rigidez de la anquilosis.

Empero, no se tome mi alegación como excusa ni pretexto para renunciar a un honor que no declino, sino que por el contrario, acepto con toda mi alma y a Dios pluguiera que con todo mi cuerpo.

Mil y mil gracias por vuestras mercedes, ¡oh, hechiceras señoritas! y decidme, si así os place, cuál es la dama a quien debo servir de rendido caballero.

Concluida tan donosa respuesta, avanzó el cuerpo y ofreció el brazo que fue amablemente aceptado por su gentilísima pareja.

Bailóse aquella noche de lo lindo; tras el ensayo de los rigodones se pasó turno y revista a todo el repertorio de los bailes antiguos y modernos. D. Eusebio alternó como en sus mejores tiempos. El reumatismo no parecía por ninguna parte. Cuando se terminó tan agradable velada y mis visitantes se despidieron, el último que salió fue él.

-¡Qué! ¿te molesta la pierna? -le pregunté.

-Todo al contrario -me contestó- ni que viniera de Alhama.

El día prefijado se dio aquel inolvidable baile que marcó el momento culminante de la vida del Círculo.

En aquella noche se presentaron por primera vez con trajes largos las bellas hijas de D. Alfonso Serrano, llamando poderosamente la atención así por sus atractivos personales como por su elegancia.

Yo leí una poesía, a nombre del Círculo, en la cual daba las gracias al bello sexo por haberle honrado con su asistencia, cuya poesía fue luego mandada imprimir y repartir por mi amigo D. Antonio María Ruiz Amores.

En la primavera vino a Priego tras de muchos años de ausencia el eminente tenor de ópera y paisano nuestro D. José Villena y Camero, que un día, antes de perder desgraciadamente sus facultades fonéticas, triunfara en los mejores teatros reales de Europa. Acompañábale su esposa, la célebre tiple italiana Sra. Conti Foroni, la cual, invitada por los Sres. Oficiales de la Columna, dio una función teatral a beneficio de aquella Real Hermandad, función en que también cantó, aunque poco, el Sr. Villena, siendo los dos calurosamente aplaudidos y obsequiados por el público. La Sra. Conti Foroni tornó a cantar otra noche en la Parroquia el "*Ave María*" de Gounod, siendo oída con verdadera delectación.

El 17 de mayo nació el rey D. Alfonso XIII, con cuyo feliz motivo hubo en Priego, como en toda España, muy lucidas fiestas reales.

El 8 de junio estalló una horrorosa tormenta, cayendo un rayo en uno de los grandes álamos que entonces había en el Paseo, carbonizando la punta de la rama en que descargó y arrancando al tronco larga tira de corteza. El trueno que simultáneamente se produjo fue tan formidable que aterró a los vecinos e hizo retemblar los cristales.

El 26 de septiembre en la noche, murió el Sr. Arcipreste y cura párroco D. Manuel Ramírez del Pino, que rigió estas iglesias por más de 20 años con tanto celo como laboriosidad, siendo dechado de virtud, de saber y de caridad cristiana.

El 23 de octubre falleció mi tío político D. Antonio Castilla y Serrano, causando su muerte general sentimiento por la popularidad que gozaba, debida a sus buenas obras y bello carácter. Fue alcalde, diputado provincial y el mayor contribuyente de su tiempo entre estos vecinos.

Efecto de un fuerte temporal de lluvias que reinó en diciembre, la noche del 21 de este mes se desplomó la bóveda de la capilla de Ntra. Sra. de la Soledad en la Iglesia de San Pedro, salvándose milagrosamente la hermosa imagen de la Virgen y su artístico retablo.

## AÑO 1887

**E**n el mes de enero se organizó una Estudiantina con objeto de recaudar fondos para reconstruir la derruida capilla de la Soledad. Los individuos componentes de ella fuimos, con ligeras variantes, los mismos que constituimos la que salió dos años atrás con motivo de los terremotos. Yo tuve también esta vez el honor de ser nombrado depositario de los fondos.

Recaudó la Estudiantina en los tres días de salida 3.300 reales a los que se unieron 843 que produjo una función teatral que se dio con el mismo objeto, 80 que donó D. Francisco Lázaro Martínez, 40 D<sup>a</sup>. Cristobalina Abril, 42 D<sup>a</sup>. Filomena Martínez y 40 un devoto, todo lo cual sumaban 4.345 con los que se acometió la obra.

Terminóse ésta, pero no pudo decorarse la capilla por falta de fondos, mas habiendo después dejado en su testamento D<sup>a</sup>. Leonor Villalba 2.000 reales para el mismo piadoso fin, pudo ultimarse la Capilla reintegrándola al culto. Aun sobraron 538 reales, 75 céntimos, que entregué a D. Juan de Dios Garzón, depositario de la Cofradía de la Soledad.

Con motivo de una gestión en las referidas obras, recayó la siguiente aprobación: "La Comisión tensora que suscribe, declara: que habiendo examinado las cuentas que le han sido presentadas por D. Carlos Valverde López, las han encontrado dignas de la más formal aprobación, haciendo constar al mismo tiempo haber presenciado la entrega de los 538 reales, 75 céntimos, efectuada por el Sr. Valverde al depositario de la Real Hermandad de Ntra. Sra. de la Soledad. José Torres Hurtado Cano. Juan de Dios Garzón. Francisco Valverde. Rafael Fernández López. Antonio Moreno Cáliz. José Santaella. Francisco Moyano. Enrique Castillo. Emilio Bufill. Pelagio Serrano.

El día 5 de marzo nació mi hija Mercedes, cuarta, en el número de las hembras y ocupando el quinto lugar en el de los hijos. Fue bautizada con el nombre de Aurora, mas al confirmarla se le cambió por el de Mercedes.

Con la llegada de la primavera coincidió la presentación de una tan general epidemia de sarampión, que fueron pocos, muy pocos, los niños que escaparon de tan funesto contagio. Desde 1864 en que yo lo pasé no se había conocido cosa semejante. Culminó esta calamidad en el mes de mayo, haciendo bastantes víctimas: una de ellas fue la niña Cristobalina, segunda hija de mi primo D. José Tomás Serrano.

Yo tuve los cuatro hijos mayores invadidos al mismo tiempo: la casa parecía un hospital. Mi hija mayor, Paulina, estuvo gravísima.

El segundo Domingo de Mayo festividad de Jesús Nazareno predicó un elocuente sermón el Chantre de la Catedral de Granada, Sr. Peñuela.

A mediados de agosto se celebró un festival en la plaza de toros consistente en la lidia y muerte de unos becerros y carreras de cintas; todo ello ejecutado por distinguidos jóvenes. Los espadas eran D. José Lozano Madrid y D.

Pedro Álvarez Moya. Ambos, y especialmente el Sr. Lozano, estuvieron habilísimos en los lances de capa y en el momento de matar. También cumplieron los demás aficionados; uno de ellos, mi antiguo compañero D. Esteban Galisteo, sufrió una lesión. Los carreristas de cintas tuvieron así mismo muy diestros en coger las que bordaran nuestras bellas paisanas.

En la mañana del 25 de agosto, D. Carlos García Madrid que se hallaba en la plenitud de la vida y gozando de envidiable robustez, tuvo la desgracia de hundir con el peso de su cuerpo un suelo ruinoso de la casa que estaba obrando en la Puerta de Granada y rodar al piso inferior envuelto en los escombros. La caída fue mortal. Se fracturó, hasta destrozársela, una pierna, y se magulló gravemente la otra y el resto de su cuerpo. Sufriendo horribles dolores estuvo desde aquel siniestro día hasta el 7 de septiembre en que falleció por habersele declarado el tétano. La muerte fue muy sentida.

El 14 de septiembre se celebró el casamiento de mi hermana Purificación con D. Luis Madrid Linares.

A los pocos días, mi otra hermana, María del Mar, manifestó su decidido propósito de ingresar en el Convento de Madres Agustinas de la ciudad de Lucena, y aunque toda la familia quiso disuadirla, pudo en ella más su vocación que nuestros ruegos, y hubimos de acompañarla a citada población, entrando en clausura el 4 de octubre.

A mediados de noviembre vino otra vez la Compañía de Zarzuela de D. Ricardo Cano, actuando en nuestro teatro con tanto éxito como provecho. La magnífica zarzuela de Ramos Carrión y Chapí titulada "*La tempestad*", desconocida aquí hasta entonces, obtuvo cinco representaciones, dándose el caso singular de que siempre que la anunciaban llovía torrencialmente a la hora de ir al teatro, por lo cual decía la gente con sobrada razón:

- "Pagamos por ver una tempestad, y nos dan cada noche dos".

## AÑO 1888

**H**izo un Carnaval espléndido en que se bailó a todo pasto. Durante las tardes de los tres días, y lo mismo el Domingo de Piñata se situaba la banda municipal en la puerta del Círculo de Priego y tocaba aires bailables. El trozo de arrecife correspondiente a la fachada del Círculo, se cortaba por ambos extremos con unos bancos formando un salón cuadrangular en el cual entraban cuantas máscaras querían y danzaban al compás de la música hasta el oscurecer en que tocábase el galop final, o la *galope* como decía el pueblo soberano. En esta galope, siempre rodaban por el suelo algunas parejas harto mareadas ya, o por el exceso de las libaciones, o por lo vertiginoso del baile. Era éste un fin de fiesta muy regocijado.

Por las noches se dieron bailes de máscaras, también muy brillantes, por cierto, en el Casino Primitivo y en el Círculo.

A idéntica diversión se entregaban las clases populares por la noche en el teatro, por si no habían bailado bastante durante la tarde.

En este año se presentó una abundantísima cosecha de aceituna, la cual se malogró en algunos parajes por la tormenta del 2 de septiembre.

Estábase en plena feria y hacía un calor canicular. Cuantas señoras fueron aquel día al mercado, volvieron sofocadas de la excesiva temperatura. Al medio día aparecieron unos espesos nubarrones junto a la Tiñosa, que bien pronto entoldaron el cielo.

A la una en punto de la tarde la tormenta estalló: pero no era agua lo que caía, eran granizos o mejor dicho, piedras, del tamaño de nueces, mas tan espesas, que en un instante se alfombraron las calles. Los cristales se rompieron por centenares. El toldo del casino que estaba fuertemente amarrado a su fachada y a la de enfrente, se rompió por el centro bajo el peso de la piedra y al caer al suelo su contenido formó un enorme montón.

Los olivares, las viñas y toda clase de plantas sufrieron mucho; en la cuenca del Salado y en las proximidades de la Tiñosa, el daño fue incalculable. D. Antonio Gámiz López recogió y molió algunos centenares de fanegas de aceituna que la pedrea le derribó.

El fruto que permaneció en los olivos también estaba herido y se temía que cayese dañado, pero no fue así: la herida de dicha aceituna cicatrizó y ésta se conservó lozana en el árbol hasta su madurez.

El 30 de octubre y a los 87 años de edad, murió mi tío político D. Francisco María de Castilla, magistrado jubilado del Tribunal Supremo de Justicia. Sirvió al Estado cerca de 57 años, llevándole su estudio y constancia a ocupar el más alto puesto de su carrera.

## AÑO 1889

Este fue el de la coronación de Zorrilla.

El Liceo Artístico y Literario de Granada, queriendo premiar en vida al poeta más grande del siglo XIX, acordó celebrar su solemne coronación en el palacio de Carlos V de la Alhambra.

El Gobierno se asoció a tan patriótico acto y España entera respondió al llamamiento que se le hacía en pro de su poeta favorito.

El 1º de mayo tuve la grata sorpresa de recibir un oficio -credencial del Conde de las Infantas- nombrándome Delegado en esta ciudad para las fiestas de la Coronación, honor que, agradecido, acepté.

Aquel homenaje nacional, señalado para el 15 de junio, tuvo que aplazarse hasta el 17 por efecto del mal tiempo, mal tiempo que continuando deslució al fin tan hermosa festividad.

Pasemos ahora de la poesía a la prosa.

A título de curiosidad y para conocimiento de los olivicultores y oleicultores (conste que esta palabrita es mía y aludo con ella a los elaboradores de aceite) debo hacer notar aquí que en este año, y en este mes de mayo, precisamente fue cuando el aceite llegó a más bajo precio. En toda mi ya larga vida no lo conocí tan depreciado, o si cabe, *despreciado* como en la época a que me refiero. Cotizábase a 25 reales la arroba. ¡Y pensar que 20 años después había de venderse tres veces más caro!

La Real Hermandad de Nuestro Padre Jesús en la Columna, deseosa este año de celebrar unos cultos mas solemnes, pidió y obtuvo permiso para trasladar su fiesta del mes de mayo, al de junio, con lo cual logró más espacio para prepararla, y mayor garantía de buen tiempo en que poder desplegar el lujo externo sin peligro de que se desluciera.

Llegado, pues, el mes de junio, hizo un solemnísimos novenario, trayendo de fuera cuantos elementos creyó convenientes para el esplendor del culto: además, y como nota extraordinaria decoró la Carrera del Águila -hoy de Álvarez- con exquisito gusto.

Dicha calle fue convertida en una deslumbrante bóveda múltiples arcos vistosamente engalanados e iluminados cuyas claves coincidían formando una recta, daban a tan gigantesco salón un aspecto fantástico y maravilloso. Fueron espectáculos dignos de ver y superiores a todo encomio, las Veladas que en dicho sitio se celebraron y el paso de la procesión, cuando la admirable y sagrada efigie atravesaba majestuosa bajo aquel prolongado palio de luces.

La idea y dirección de este decorado, debióse a D. José María Ruiz Torres.

Por lo que respecta a la Hermandad del Nazareno, celebró en este año su fiesta votiva la segunda dominica de mayo, pero entablando una laudable emulación con la de la Columna, acordó consagrar nuevos y más solemnes cultos en el mes de julio a Nuestro Padre Jesús.



A este efecto, y para dar una nota de mayor atracción a la proyectada fiesta, se decidió invitar al muy ilustre Sr. Deán de la Catedral de Sevilla D. Francisco Bermúdez de Cañas para que predicara, mas existía el temor de que no accediese, porque siempre que se le requirió en este sentido se excusó de venir ¡Y había tanto deseo de volver a oír al gran orador del año 66!

Yo emití una idea que se aceptó: como se necesitara ante todo obtener la licencia episcopal para la celebración de la fiesta por su carácter de extraordinaria, me brindé a ir a Córdoba y al pedirle la venia al Prelado, rogarle se dignara dejar la fecha de la función en blanco, para amoldarla después a la conveniencia de tiempo del Sr. Bermúdez de Cañas.

Así se efectuó: marché a Córdoba seguidamente, obtuve el permiso con la fecha *ad libitum*, de allí pasé a Sevilla, y en su casa, que aún recuerdo, Plaza de Santo Tomás nº 4, hablé con el Deán, el cual, aunque se excusó en un principio al fin accedió a mis ruegos, señalando él como fecha para la fiesta el 7 de julio.

Hechos, pues, los preparativos con grande actividad el día 4 de indicado mes se trasladó la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno a la Iglesia Parroquial; el 5 se quemó un hermoso castillo de fuegos artificiales, en el Paseo; el 6 se dio una limosna de pan a cuantos lo necesitaron, y por la noche se cantó un solemne Miserere a grande orquesta por las voces de la Catedral de Granada. Terminado el Salmo Penitencial, se celebró una magnífica Velada en el Llano de la Iglesia: este espacioso recinto se convirtió en un salón cuadrangular decorado con pinturas de relieve y alumbrado por mil bombas y tulipanes a la veneciana. En medio de él, sobre vistosa plataforma, se situó la banda del Hospicio de Granada y ejecutó desde las 9 hasta las 12 de la noche, las piezas más selectas de su repertorio. En los intermedios se quemaron bonitos fuegos artificiales.

El domingo 7, a las diez de la mañana, tuvo lugar la solemne función en honor a Jesús. El templo estaba tapizado con ricas colgaduras de terciopelo galonadas de oro y profusamente iluminado. La capilla granadina acompañó la misa imprimiendo a tan religioso acto una gran brillantez. El Sr. Bermúdez de Cañas subió luego a la sagrada Cátedra y pronunció elocuentísima oración que conmovió a todos los oyentes. Al cabo de 23 años, el pueblo volvía a oír a su orador favorito.

Por la tarde se verificó en la plaza de toros una corrida de novillos, de muerte, pertenecientes a la acreditada ganadería de D. Nicolás y D. José Lozano Madrid, cuyas reses dieron bastante juego, siendo estoqueadas por el "Melo" reputado diestro cordobés, quien, al par que su cuadrilla, hicieron las delicias del público que llenaba la plaza.

Por último, a las nueve de la noche, al compás de los acordes marciales, iluminado por blandones de cera y multitud de bengalas, saludado por innúmeros voladores y palmas reales, y vitoreado con frenesí por la ola popular que llenaba las calles, salió del templo parroquial Nuestro Padre Jesús Nazareno, recorriendo en triunfo toda su estación.

Tales fueron las fiestas religiosas que se celebraron en 1889, que serían las mejores aquí conocidas, si las del año siguiente como después se verá, no hubieran vencido a éstas en esplendor.

En la noche del 30 al 31 de julio murió repentinamente en el Casino Primitivo D. Carlos Caracuel y Cámara, persona, como dije ya antes, muy entusiasta por aquel centro y simpática en extremo.

Verificóse su entierro en la tarde del día 31, saliendo el cadáver del Casino y siendo acompañado no sólo por esta sociedad casi en pleno, sino por muchos socios del Círculo.

En este nefasto día reinó un aire solano tan intenso y caliginoso que nos creímos próximos a la asfixia.

El 13 de octubre nació mi hijo Carlos, segundo en el número de los varones, y sexto y último de mi progenie.

El 22 de noviembre fue un día muy regocijado. A las 8 de la mañana, de una mañana tan templada que recordará las de mayo, salimos de Priego hasta una docena de, entonces jóvenes, que hoy por desgracia no lo somos. Salvo yo que en cazar soy un zoquete, los demás eran la flor y nata del Círculo de Cazadores, gente diestra en el manejo de la escopeta, que donde pone el ojo pone la *bola*; digo la bala.

Íbamos a cazar a el Manchón de Urreli, finca hoy de mi hermano político D. José Luis Castilla, en la cual diz que había buen número de raposas que no dejaban conejo vivo, y por esto, mirando por los pobrecitos conejos, era nuestro intento, no dejar zorra con vida.

Caminábamos, pues, alegremente por la carretera de Priego a Alcalá cuando empezamos a encontrar buen golpe de gente rara y exótica que caminaba al par nuestro: ya era un cojo, ya un ciego, ya un tipo deforme, y, sobre todo, innumerables enfermos, y seres raquíticos y miserables, que daban el aspecto de una romería de inválidos.

- ¿A dónde irán estos valetudinarios? -decíamos.

Mas pronto nos sacó de dudas uno de ellos a quien preguntarnos. Iban a ver al Santo de Valdepeñas...

Que ¿quién era el santo?

Pues un cortijero vivo, que sabiendo por Salomón, que "*el número de tontos es infinito*", se propuso, y en cierto modo lo consiguió vivir a costa de ellos.

Canonizóse él mismo y declaróse santo, y lo que es mejor, santo milagroso, según la gente propagaba.

Llamábanle *Aceituno*: yo le quitaría las cuatro primeras letras, dejándole en las cuatro últimas.

Al olor de su santidad y al perfume de sus milagros y asombrosas curas, comenzó a ser visitado por los vecinos; después por los comarcanos, y, al cabo, por media España. El día de referencia iba a verle gente de la provincia de Toledo que hasta allí había llegado la fama de sus prodigios.

Mas se preguntará ¿cómo podía sostener la farsa? y sobre todo ¿cómo persuadía a los enfermos de quedar curados no siendo así?

Respondo a la primera pregunta repitiendo el apotegma salomónico: "*Stultorum infinitus est numerus*", y a la segunda: advirtiendo que basta la fe que lleva el doliente cuando va a someterse a una curación sobrenatural, para que, operándose en él cierta saludable sugestión, se crea curado, siquiera sea por breve tiempo.

Ahí va un ejemplo: Mariano o Marianico Aguilera, como le llamábamos, paciente crónico de estómago y desahuciado de los médicos, fue a buscar la salud ante *San Aceituno*. Este le dijo las palabras rituales, a cambio de la limosna u ofrenda también rituales, y el buen Aguilera -tal era la fe que lo animaba- creyó volver sano y salvo de su expedición. Y tan lo creyó, que yo le vi al día siguiente en el Círculo de Cazadores bailar de alegría a pesar de sus setenta años, diciendo y porfiando que el santo lo había curado por completo. Lo cual no quitó, para que al muy poco tiempo, le diera otro ataque al estómago y se muriera por completo. Tal era el santo y tales sus curativas.

Pero volvamos a nuestra interrumpida expedición cinegética. Llegamos felizmente al Manchón de Urreli donde ya nos esperaban los ojeadores y los perros, y a seguida ocupamos los puntos estratégicos poniéndonos en postura.

Fue aquel un momento interesante. Todos callábamos como muertos. De repente oímos el latido de los podencos denotando que habían levantado alguna pieza. Y los ojeadores confirmaron nuestro barrunto con las voces de "¡Ahí va!".

Con efecto; una zorra atravesaba el Manchón y entraba en plaza para que la pudiéramos tirar.

Rompióse el fuego. El pobre animalejo era recibido a tiros por todas partes. Pero, o tenía una coraza en su cuerpo, o nosotros la teníamos en los ojos. Algunas veces se ponía tan cerca de un cazador que se le podía tirar a quema ropa. Y el cazador disparaba y la raposa se volvía enseñando a su enemigo lo que no puede decirse, y casi se metía en el puesto de otro.

Y este otro le descerrajaba dos tiros, y creyéndola herida gritaba: "¡Muerta va!".

Pero iba muerta... de risa, como burlándose de tanta torpeza. Y menudeaban las descargas de tal modo que aquello parecía un ensayo de la batalla de Marne.

Mas la zorra, siempre indemne, casi invulnerable, después de saludar a todos y hasta de darnos las gracias por las salvas que en su honor habíamos hecho, se fue... se fue en el colmo de su salud y nos dejó en el colmo del ridículo.

Y entonces nos pusimos a echar tabaco, por no echar otra cosa, y así pasamos más de una hora, como avergonzados de nosotros mismos. Mas como la zorra no volviera, hartos ya de esperarla, determinados comer *zorra al revés*. ¿Sabéis lo que es comer "*zorra al revés*"?

Pues es sencillamente comer arroz, porque zorra y arroz tienen las mismas letras, pero invertidas.

Y un arroz exquisito, acompañado de buenas tajadas de lomo y de otras *frioleras*, consumimos en aquellas alturas.

Tras de lo cual, tornamos a Priego de noche, para que nadie nos viera, tristes, cabizbajos a manera de vencidos.

Los cazadores no fueron en algunos días al Círculo de ídem, por temor de confesar su derrota y sufrir una rechifla.

Yo, en cambio, puse la cacería en solfa, quiero decir en verso, reseñándola en una poesía burlesca que terminaba así:

Nota. Después se ha sabido  
Que ya curada de espanto

Fue la zorra al ver al *santo*  
-Zorro de marca mayor-  
Y postrada ante las plantas  
Del dios de los cortijeros  
En acentos lastimeros  
Le dijo con gran fervor:  
"Glorioso san Aceituno,  
Tan hermosote y tan magro;  
Si hacer quieres un milagro  
Digno de reputación,  
Déjate de curativas  
Que son otros tantos pegos  
Y dale vista... ¡a los ciegos  
que cazan en el Manchón!".

## AÑO 1890

El 1º de enero se inauguraron en el Círculo de Priego las Veladas Literarias que fueron dos en este mes: la de año nuevo y del día de Reyes. En ellas actuamos D. Antonio Caracuel, D. Juan Callava, D. Enrique Castillo, D. Miguel Marín, D. Rafael Entrena y yo.

Celebráronse otras segundas Veladas en los días 13 y 14 de abril, Pascua de Resurrección, en que disertamos los mismos, más el profesor de primera enseñanza D. Ubaldo Calvo y Sánchez, que hizo un discurso muy regocijado. Estas segundas Veladas, tuvieron por presidente al ilustre escritor D. José Ortega Munilla, director de los Lunes de *"El Imparcial"*, y en la primera de ellas pronunció un hermoso discurso D. Manuel Sidro de la Torre.

La parte musical fue dirigida por D. Laureano Cano, quien, acompañado de otros profesores, dieron gran realce a las fiestas. Todas ellas estuvieron concurridísimas y muy honradas por nuestras bellas paisanas, las que, terminado el acto literario, eran invitadas por el elemento joven para rendir culto a la diosa Terpsícore, durando el baile hasta hora muy avanzada.

Las Veladas del mes de enero, aparte de su nota cultural, tuvieron otra trascendental, porque fueron los determinantes en plazo brevísimo de la fusión de las sociedades, hasta entonces separadas y aún rivales, Casino Primitivo y Círculo de Priego.

Veamos cómo: el tiempo, gran suavizador de asperezas había ya calmado en los siete años de separación el encono que siguiera al divorcio de aquéllas. Por otra parte, el enemigo común que amagara a los vecinos de este pueblo, representando por los terremotos el año 84 y por el cólera el 85, hizo que se unieran, si no en los edificios sociales, al menos en juntas sanitarias y en las casas capitulares, para conjurar aquellos peligros, muchos de los individuos que más se habían señalado en la disgregación social, y dominando ya en todos un espíritu de cordialidad y de transigencia. No es de extrañar que el Círculo de Priego, y en su nombre la directiva, invitara al Casino primitivo para que asistiera a las Veladas que ya he descrito. Aceptó dicha sociedad la invitación y como estas mutuas cortesías fueran en la ante Pascua del año anterior, queriendo el Casino extremar su benevolencia hacia el Círculo, convidó a éste a un suntuoso baile que se celebró el día de Navidad, a cuya fiesta asistimos casi todos los fundadores del Círculo.

Fuimos muy bien recibidos y mejor agasajados en aquel baile por la directiva del Primitivo, y a tamañas, atenciones correspondimos nosotros dignamente cuando el 1 y 6 de enero los socios del Casino honraron nuestras Veladas.

De esta corriente de simpatía, de esta mutua cordialidad, resultó lo que era lógico que resultara: el acuerdo aceptado en principio de la unión de ambas sociedades y las reuniones preparatorias para llevarla a cabo.

Era presidente del Casino Primitivo D. Francisco Núñez Martínez, y lo era del Círculo D. Enrique Castillo Aguilar, personas ambas de generoso corazón y olvidadoras de agravios. Ambos citaron a sus directivas correspondientes a la casa del primero, y el 14 de enero comenzamos allí las reuniones precursoras de la fusión. Digo comenzamos, porque yo era secretario del Círculo y no

falté a ninguna sesión. En ellas, reinando un ambiente de perfecta armonía, se transigieron y concertaron las bases de la unión, a saber: Que ambas sociedades, se fundieran en una modificando su nombre el cual se tomaría del que hasta entonces llevaron las dos, llamándose en adelante "Casino de Priego".- Que los 50 fundadores del Círculo cederían sus derechos en beneficio de la nueva sociedad. Que la servidumbre de ambas seguiría prestando sus servicios, y los conserjes Rafael Alcalá e Ignacio Pareja continuarían, el primero en su puesto, y el segundo de repostero. -Que en tanto durase el tiempo del inclinatio de las dos casas, se utilizarían indistintamente en los términos que después se acordase, trasladándose, por lo pronto, todos los socios a la casa del Casino, y pudiendo volver a la del Círculo cuando llegase el verano, por parecer mejor la calle del Río para esa estación. -Que las juntas directivas se reduciran a una, a cuyo fin la noche de la fusión, serían insaculados los nombres de ambos presidentes, y el primero que saliera en suerte lo sería en efectividad, a cuyo presidente se agregarían los demás individuos que habían de integrar la nueva directiva, tomados por riguroso turno y por orden de cargos de la una y de la otra. -Finalmente, que la unión se efectuaría esperando los socios del Círculo en su domicilio a los del Casino, los cuales, con su directiva a la cabeza irían a invitarles a que tomaran posesión de su nueva casa.

Todas estas bases se aceptaron mutuamente y se ejecutaron con notoria fidelidad.

El 18 de enero a las 8 de la noche el Círculo estaba rebosante de socios: un poco después de esta hora, la sociedad del Casino acompañada de la banda marcial y precedida de la directiva que tremolaba la bandera española, apareció en el salón del Círculo.

D. Francisco Núñez Martínez saludó a la sociedad receptora y la invitó a pasar al domicilio del Casino para que, como suyo, tomara posesión de él. D. Enrique Castillo y Aguilar contestó aceptando la invitación y agradeciéndola; y acto seguido toda la concurrencia se encaminó fraternalmente al salón del Casino, que desde aquel momento dejó de llamarse "*Primitivo*" para apellidarse "*de Priego*".

Celebróse a seguida una sesión en pleno para la constitución de la futura directiva, cuya sesión, como por un acto de delicadeza, ninguno de los presidentes quisiera dirigirla, la presidió a propuesta mía y por aclamación el entonces alcalde D. Alfredo Calvo Lozano.

Sorteados los nombres de D. Francisco Núñez y de D. Enrique Castillo, salió el primero, siendo en el acto proclamado presidente, y a seguida, por riguroso turno de cargos se fueron tomando alternativamente de las extinguidas juntas los nombres necesarios hasta constituir la directiva íntegra del Casino de Priego.

Al día siguiente, y en celebración de tan fausto suceso, salimos en mascarada a caballo multitud de jóvenes, y aún señores graves, tomando parte en este festejo todo el pueblo.

En medio de aquella que llamar pudiéramos alegría general, había una nota triste y alarmante que invadía casi todos los hogares, y que restó mucha animación al regocijo popular: la invasión del llamado trancazo, grippe o dengue.

Esta enfermedad poco conocida hasta entonces, al menos con carácter epidémico, había hecho su aparición el otoño anterior en las regiones boreales

de Rusia; invadió en pocos días aquel vasto imperio; avanzó más tarde por toda Europa central y llegó a España en plena Pascua de Navidad, cebándose especialmente en Madrid, donde hubo día que no pudieron abrirse algunas oficinas públicas por estar enfermos todos los empleados. Afortunadamente el porcentaje de mortalidad era exiguo con relación al número de invadidos, no obstante lo cual hizo sensibles víctimas siendo una de ellas, en la corte, el famoso tenor Julián Gallarre.

En Priego se presentó el mal en los primeros días de enero y no hubo familia, y estoy por decir, ni persona que no lo sufriera. En mi casa lo pasamos todos, pero rápidamente y con benignidad.

El período álgido de la epidemia coincidió en nuestro pueblo con la fusión de las sociedades y con el día de máscaras, y a este efecto debo recordar que una de ellas, disfrazada de enfermo, llevaba a sus espaldas el fatídico nombre de "*Trancazo*".

Llegado mayo, ni la Hermandad de la Columna, ni la del Nazareno celebraron sus fiestas en dicho mes; se dejaron para el verano, pues había el propósito de revestirlas de mayor solemnidad que ningún año. En cambio, en este mes y en el de junio, se verificaron por última vez las acostumbradas corridas o capeas de vacas dentro de la población, siendo el Paseo el sitio donde tuvieron lugar.

A partir de junio de este año, no se han vuelto a dar espectáculos taurinos -salvo algún toro de cuerda- más que en la plaza de toros. Y paso a describir las famosas fiestas religiosas.

Los hermanos de la Columna tomando motivo de que el Rey, a la sazón niño de cuatro años, estuvo gravísimo en los primeros días de enero, habían hecho rogativas para que recobrase su preciosa salud, Dios quiso concedérsela, y llegado el tiempo oportuno elevaron una exposición a la Reina Regente en la que, después de congratularse por el logro de la salud de S. M. -hermano mayor de la cofradía- manifestaban a la augusta Señora los votos y rogativas hechos en pro del bien alcanzado, y la rogaban, por último, se dignase nombrar un representante que presidiera la solemne función que en acción de gracias habían de dedicar a Nuestro Padre Jesús en la Columna.

Esta exposición fue presentada en persona a la Reina María Cristina, por nuestro paisano y senador D. Gregorio Alcalá-Zamora.

Decretada favorablemente, obtuvo la representación regia el Duque de Hornachuelos para que en su día presidiera los suntuosos cultos que se preparaban, a los que también rendiría honores una compañía del Ejército con bandera y música.

Llegada, pues, la fecha de aquéllos vino a Priego el antedicho prócer con las fuerzas enunciadas, presidiendo la solemne función en nombre del Rey, siendo saludado a la entrada y salida del templo con la marcha real.

Huelga decir que si brillante y aparatosa resultó la fiesta en la Iglesia, el mismo realce y esplendor caracterizó a la procesión de Nuestro Padre Jesús en la Columna, verificada aquella noche, asistiendo a ella en lugar preferente el mencionado Duque, que vestía uniforme de Grande de España, y dando escolta la compañía que, al efecto, llegó a Córdoba.

Por último, en la tarde de ese mismo día, se celebró en la plaza de toros una excelente corrida de novillos de muerte; y si a estos festejos se añaden los que en fechas anteriores les precedieron, consistentes en hermosas Veladas

en la Carrera del Águila que, como el año 89 estaba deslumbradora, fuegos artificiales, rifas, cucañas y otros regocijos populares, concluiremos diciendo y probando que las fiestas columnarias reseñadas fueron las más grandiosas que la Real Cofradía celebrara en su larga y gloriosa vida.

Cúpole el honor de ser hermano mayor efectivo en ellas a D. Ramón Linares Martos, a quien ayudaron eficazísimamente sus Sres. hermanos D. Antonio y D. Trinidad, así como D. Francisco Gámiz, Pbro., D. José María Ruiz Torres, D. Antonio Madrid Castillo y demás señores oficiales.

La Hermandad del Nazareno, celebró sus fiestas este año en los días 3, 4, 5, 6 y 7 de agosto, siendo, a no dudar, las más brillantes que se han conocido en Priego.

El 3 de agosto por la noche, fue trasladada solemnemente la sagrada efigie de nuestro Padre Jesús a la Iglesia Mayor, donde habían de verificarse con más holgura, pompa y esplendor los cultos.

El 4 a las nueve de la noche, tuvo lugar la primera Velada en la Fuente del Rey, cuyo ameno sitio había sido engalanado e iluminado por la Juventud Nazarena. La música marcial y unos vistosos fuegos realzaron el acto.

El 5 a la misma hora que el día anterior, se quemó en el Paseo un magnífico castillo de fuegos artificiales, obra del más notable pirotécnico de Granada.

El miércoles 6, a las seis de la mañana, la música de Bomberos de Málaga recorrió las principales calles tocando diana.

A las 7 se celebró una Misa de campaña en la Fuente de la Salud: espectáculo fue éste edificante y grato por todo extremo. El amplio recinto que rodea las fuentes hallábase lleno de fieles. La hora convidaba por la pureza y frescura del ambiente. Los altísimos plátanos, a modo de palios gigantescos, prestaban espesa sombra a los congregados. La banda de Bomberos solemnizaba el acto; y como si la música creada por el hombre fuese humilde homenaje rendido ante el más grande de los ministerios cristianos, otra música divina, el admirable concierto formado por el murmullo de los árboles, el gorjeo de los pájaros y el rumor de las cascadas, levantaba sublime himno a Dios en aquel hermoso templo de la Naturaleza.

En la noche del mismo día y hora de las nueve, inauguróse la Velada magna. Quien desde próxima eminencia hubiera visto entonces la ciudad, creyérala presa de vasto incendio. En efecto; la Fuente del Rey, punto de partida de tan grandioso cuadro, ostentaba por millares los focos luminosos que se reflejaban en las aguas, y como si el curso de éstas quisiera marcar la ruta de aquéllas, una serie de arcos con luces artísticamente combinadas, y desplegándose en graciosas ondulaciones se esparcía como cabellera de fuego sin intermitencia alguna por las calles de Alcalá-Zamora, Plaza, Rivera, Tintes y Puente de Tablas terminando en el Llano de la Iglesia en cuyo anchuroso espacio destacábase el magnífico salón de preciosas pinturas, calificado de regio por propios y extraños.

En el centro de este lugar y sobre la misma plataforma del año anterior, la banda malacitana tocaba escogidas piezas musicales, mientras la de Priego hacía oír sus acordes en la Fuente del Rey; resultando, por lo tanto, en cuanto al espacio, una doble Velada, unida por entusiasta muchedumbre que, ávida de presenciar el espectáculo, discurría de un sitio a otro agradablemente sorprendido.



Y llegó con esto el jueves 7 de agosto, el día de la solemne fiesta... ¿por que no decirlo? el día más hermoso que Priego ha conocido.

Los forasteros habían venido a millares y para que no se me crea exagerado, citaré estos dos detalles: primero, que no cabiendo los carruajes llegados de fuera en las casas particulares, ni en las hospederías, hubo de habilitarse el Paseo y convertirlo en inmensa cochera; segundo, que a pesar de haberse amasado doble cantidad de la que se acostumbra, a la noche faltó el pan. Pero téngase presente que al crecidísimo número de forasteros se agregó casi toda la población del campo de Priego con sus aldeas.

Desde las primeras horas de la mañana de ese inolvidable día el templo parroquial estaba lleno de fieles. La iglesia resplandecía. Amplias colgaduras de terciopelo con franjas de oro tapizaban los muros. La imagen de Jesús destacábase sobre un trono de flores.

A las 10, el Oficio divino comenzó. Fue aquél un momento supremo: la Capilla Catedral de Córdoba, dirigida por su maestro D. Juan Antonio Gómez Navarro, y reforzada con otros profesores hasta el número de 41, resonó entonces majestuosa, sublime. Era la misa que se cantaba, obra del insigne director, y obra suya también, estrenada aquel día, el aria al Nazareno, a la que yo tuve el honor de poner letra.

El sermón fue pronunciado por el Rvdo. Padre Escolapio D. Francisco Jiménez Campaña, tan elocuente orador como inspirado poeta, quien hizo un trabajo magistral, en consonancia con su merecida fama.

La Real Hermandad, queriendo dar mayor aliciente a sus fiestas, para solaz de propios y extraños, y a pesar de las malas condiciones del Circo Taurino, entonces en embrión, organizó para este día, y se celebró a las cuatro y media de la tarde una magnífica corrida de toros. Fueron los que se jugaron de la marquesa viuda del Saltillo, y actuó de espada el diestro cordobés *Guerrita*, que se hallaba en el colmo de sus facultades. Por cierto, que la salida del primer Saltillo fue estupenda: al minuto de su aparición en la arena, ya tenía tres caballos más que muertos, destrozados con sin igual fiereza. Los demás hicieron también honor a la vacada. El público, que llenaba la plaza, salió satisfechísimo.

Llegado que hubo la noche, a las nueve y media salió en procesión Nuestro Padre Jesús Nazareno. Fue ésta la nota culminante del festival religioso. Imposible describir tanta grandiosidad ni tal entusiasmo. La Hermandad en pleno e innumerables devotos acompañaban la sagrada efigie con cirios y hachones encendidos. Centenares de bengalas ardían en cada calle por donde pasaba. Voces sin cuento atronaban el espacio en continuo vitoreo a Jesús, lluvia de flores, caía desde los balcones sobre su augusta cabeza y mientras tanto las bandas marciales, el alegre voltear de las campanas y el estallido de innúmeras palmas reales hacían coro al incesante clamoreo.

Los hijos de Priego estaban enloquecidos por el entusiasmo; los forasteros embargados por el asombro. Jamás -decían algunos- pudimos, ni soñar, espectáculo tan edificante, tan sublime, ¡esto es la gloria!

Y gloriosamente terminó aquel período de fiestas, que dejó indeleble recuerdo y formó época en la historia de nuestra ciudad.

Era hermano mayor en aquel tiempo el docto y virtuoso presbítero D. Antonio Aguilera Jiménez y depositario D. Manuel Julián Arjona, los que ayudados de D. Emilio Bufill, contribuyeron en primer lugar con su concurso personal al

éxito alcanzado, cooperando a él, con un desprendimiento digno de loa, la ferrosa oficialidad de la Real Cofradía.

Mas como en esta vida no puede haber dicha completa, amargó la alegría ambiente el fallecimiento del Pbro. D. Juan de la Cruz Aguilera, capellán de la Hermandad, ocurrido el 12 de julio anterior, es decir, en vísperas de las fiestas.

En el año cuya descripción me ocupa, habíamos entrado a formar la mitad renovable del Ayuntamiento, varios jóvenes. La alcaldía fue desempeñada desde enero por D. Alfredo Calvo Lozano; después, por circunstancias políticas recayó en D. Antonio Gámiz López, y más tarde, por idénticas circunstancias, pasó a mí. El 8 de octubre en la noche, tomé posesión de este cargo... o carga. Y a la verdad que lo tomé en mal hora: una doble y mortal epidemia castigaba al vecindario en aquel otoño: la viruela y la difteria. Contra ambas luchó la Junta de Sanidad hasta dominarlas por medio de la vacunación, las desinfecciones y las curativas a domicilio en la ciudad y en el campo.

Con tan triste motivo no es de extrañar que el público no acudiera al teatro para aplaudir a un gran actor, D. Pedro Delgado. Fue éste uno de los mejores intérpretes del romanticismo escénico que enaltecieron al Duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutiérrez y el sin rival Zorrilla. Y D. Pedro Delgado, aquél a cuya voz de trueno, respondieran un día clamorosos los públicos de Madrid y de provincias, el que resucitara la obra llamada D. Juan Tenorio, tuvo que venir a Priego y tuvo que trabajar aquí ya muy viejecito, para no morir de hambre.

Y lo que es más triste aún; no iba nadie a verle.

Como nota final de este año consignaré aquí, que el 30 de noviembre, fiesta de San Andrés, y en los días sucesivos, hubo un descenso de temperatura no conocido. La aceituna, de la cual había regular cosecha, sintió los efectos de la baja térmica y tomó un color pálido o ambarino. Se pasmó -decía la gente-. Bien es verdad que con aquella temperatura, todos estábamos pasmados.

## AÑO 1891

**E**l intenso frío que se dejara sentir a fines de noviembre pasado, se reprodujo con más rigor, si cabe, luego que llegó la fiesta de Reyes.

Hacia el 10 de enero cayó una copiosa nevada que permaneció intacta muchos días por la crudeza del tiempo.

Los olivaderos se alarmaron y creyeron, no sólo mermada la cosecha de aceituna por el daño de ésta, sino en peligro los árboles que suponían quemados a causa del excesivo frío, y tan general fue este temor, sobre todo, en Andalucía, que el precio del aceite que por aquel tiempo no pasaba de ocho pesetas la arroba, subió hasta el tipo de diez y media.

Por fortuna, fue más la alarma que el agravio que sufrió el arbolado, pues sin decir que no existiese algún daño, éste fue poco apreciable y al llegar la primavera renació la tranquilidad.

Trabajábase en la primera quincena de enero la elección de D. Álvaro López de Carrizosa para diputado a Cortes, y entre las comisiones que salieron al campo para hacer propaganda de dicha candidatura y tomar acta notarial de ciertos electores, tocó ir a Fuente-Tójar, Zamoranos y aldeas comarcales, a D. Alfredo Calvo Lozano, D. José Luis Castilla y D. Juan Eugenio Moreno. Este señor ya viejo y medio asmático, sintió tanto aquella ingrata temperatura, que cuando volvió de la expedición al cabo de algunos días, tuvo que guardar cama, de la que ya poco se levantó, falleciendo el 9 de mayo.

A D. Emilio Buñill y a mí nos tocó la busca de votos en los partidos del Salado y Lagunillas y creímos perecer de frío en aquella peregrina peregrinación cortijera.

Si allí hubiéramos cogido cualquiera una pulmonía, ¿Quieren ustedes decirme quién nos indemnizaría?

La mañana del Viernes Santo cundió una triste noticia, la de haber muerto repentinamente, durante la noche anterior D. Juan Alcalá-Zamora.

A últimos de abril vinieron Padres misioneros que estuvieron aquí hasta mediados de mayo, sacando muy notable fruto de la Santa Misión.

El día 11 de mayo falleció mi padre político D. José Eugenio de Castilla (q.e.p.d.) persona respetabilísima y querida de todos por sus excelentes condiciones. A su entierro asistió el Ayuntamiento en Corporación.

La Hermandad del Nazareno celebró este año su fiesta en el segundo domingo de mayo; la de la Columna, quiso dar a la suya más brillantez que la ordinaria y la trasladó a julio.

El tercer día de este mes, a las 8 de la noche, comenzó en la Parroquia un solemne novenario en el cual tomaron parte quince profesores de Córdoba y Málaga dirigidos por el maestro de capilla Sr. Gómez Navarro. El día 11 hubo una espléndida Velada en la Carrera del Águila y se quemaron bastantes fue-

gos artificiales. El domingo 12 se celebró la fiesta principal cantándose una misa a toda orquesta y predicando el Sr. D. Joaquín María de los Reyes, catedrático del Instituto de Granada. La procesión verificada en esa misma noche, fue digna del festival religioso el que terminó reingresando Nuestro Padre Jesús en la iglesia de San Francisco.

En el otoño murieron D. Víctor Rubio Calvo, comerciante honradísimo y el Pbro. D. Antonio Serrano León, fervoroso hermano de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en cuyo altar celebró el santo sacrificio de la misa muchísimos años en sufragio de los hermanos difuntos sin cobrar estipendio alguno.

El día de la Purísima falleció D. Guillermo Ruiz Torres, persona muy respetable, y tan íntegra como laboriosa.

Terminó el año con una buena compañía de zarzuela clásica y celebrándose en el Casino brillantes veladas literarias.

## AÑO 1892

**A** la manera que al año 1867 le llamamos el de la "sopa" a éste debiéramos apellidarle el de la "lluvia"; tanta y tan pertinaz fue la que nos trajo, sobre todo, en los meses de febrero y marzo.

Pero como la función de este año es larga y variada, comencemos por la *sinfonía*.

La cual *sinfonía* se traduce por un espectáculo lírico y simpático que disfrutamos durante los primeros meses, en el teatro y fue a saber: había aquí a la sazón un pianista llamado D. Luis Rodríguez, que no era realmente un profesor, pero que... la verdad, vivía o *bebía* de eso, de la música. Como el hombre no tenía cargo oficial alguno, y eran contadísimas sus lecciones, andaba, no a la cuarta, sino a la quinta pregunta. Mas como la necesidad agudiza el ingenio, aguzó el de D. Luis y éste al fin halló un medio que le dio felicísimos resultados.

Entre sus conocimientos seleccionó unas jovencitas de buenas familias, tan guapas como discretas, y las enseñó varias zarzuelas infantiles, las que ensayadas con más paciencia que Job, pues casi ninguna de las pequeñas artistas sabía música, fueron llevadas a la escena.

El interés que tal espectáculo produjo en estos vecinos fue inmenso: quién, por ser pariente de alguna de las cantantes; quién, por ser amigo, vecino o conocido; y quién -los más- por espíritu de curiosidad, el hecho fue que una, dos, tres, muchas noches, el teatro se vio lleno, el éxito resultó grande, y el ingreso en taquilla emocionante para D. Luis. Con lo cual éste salió de apuros y las niñas cosecharon copiosos y merecidos aplausos.

Bien es verdad que algunas eran artistas precoces y hubieran logrado excelsa fama si al teatro se dedicaran.

Aún recuerdo a una de ellas, prima mía por cierto, y no la cito por el parentesco, sino por su mérito personal y artístico, que promovía entusiasta salva de aplausos cada vez que vestida de manola, cantaba:

"Aunque voy tan galana  
Con mi mantilla  
Yo no soy de Triana  
Ni de Sevilla:  
Yo soy de Priego  
Que es la tierra que cría  
Todo lo bueno".

Y ahora, terminada la *sinfonía*, empecemos con la función de la lluvia.

A mediados de febrero se inició el temporal que fue *in crescendo* hasta llegar a su *maximun* en la primera decena de marzo. Por dicha época llevaban los obreros del campo muchos días sin trabajo, que equivale a decir sin comer, y no viendo probabilidades de que tal situación se modificara, tomó la calamidad un aspecto grave y hubo que afrontarla y conjurarla.

Pesaba sobre mí, como alcalde, el mayor cuidado, y como la determinación que se adoptara, por lo mismo que había de ser radical no podía tomarse

de momento, necesitábase algún tiempo para ponerla en práctica. Mas como el hambre no espera, pude aplacarla dando pan dos días de los fondos municipales, logrando que el Casino, que entonces tenía bastantes existencias diera otros dos días, y por último, como la señora viuda de mi tío político D. Juan Palomeque, fallecido el 2 de marzo, socorriera otros dos más a los pobres, logré un espacio de seis días, durante los cuales ya pude, ayudado de mis compañeros de Ayuntamiento y de los mayores contribuyentes, conjurar el conflicto.

Aún recuerdo con placer aquella célebre sesión integrada por ambos elementos en la que, coincidiendo todos en la necesidad de hacer un sacrificio en aras de la clase proletaria, encabecé una suscripción, que generosamente secundada, arrojó en el momento cerca de *diez mil pesetas* entre los allí reunidos. Dicha suscripción, ampliada en días sucesivos por otros donantes alcanzó una suma considerable, con la cual ya pudimos remediar diariamente a todos los pobres del pueblo y del campo.

Por fortuna no continuó mucho el temporal después de hecha aquella recaudación, y cuando las lluvias cesaron y la gente volvió a trabajar, como quedara un buen remanente de la suma reunida, se devolvió a prorrata a los donantes, quienes quedaron muy satisfechos del empleo dado a su óbolo y en disposición de afrontarlo de nuevo si con justa causa se les pedía.

En cuanto a los daños materiales producidos por las aguas, baste decir que no quedó ribazo ni pared en el campo que no se rehundieran, que reventaron muchas cañerías, que el Salado trajo tan fuertes crecidas que asoló los predios ribereños, que la carretera de Priego a Cabra quedó cortada por la casería de Rueda teniendo que traspasar allí los carros, y por último que hasta las líneas férreas quedaron interceptadas a términos de que el 13 de marzo, habiendo yo ido a Lucena con mi primo D. Eusebio Camacho, y pidiendo los billetes del tren para Montilla donde al día siguiente teníamos que actuar como jurados, nos dijo el jefe de estación que no podía facilitarnoslos porque la vía férrea estaba cortada.

Por cierto que la noche anterior, pasada en Lucena, era tal la obsesión que el temporal había producido en mí, que como no cesara de llover y me durmiera con esa idea, ocurrióseme entre sueños una cuarteta que aún recuerdo y decía así:

"El día doce de marzo  
del año noventa y dos,  
llovió veinticuatro horas.  
Fue sábado, y no hubo sol".

Cuya copla, por tratarse de un hecho cierto, vino a dar un mentís al conocido refrán de *"no hay sábado sin sol, ni mocita sin amor"*.

En la primera decena de marzo llegó a Priego y se instaló el nuevo reloj de torre. Como la carretera en aquellos días estaba impracticable por el sitio ya indicado de la Casería de Rueda, fue obra de romanos el hacer pasar por allí el reloj y la campana que pesaban más de cien arrobas. Tal proeza, que proeza fue, la logró Carlos Aguilera, conocido por Marengo, capitán de los romanos. Por eso digo que fue obra de romanos.

El 9 de mayo falleció D<sup>a</sup> Justa Lozano de Abril, señora de excepcionales condiciones, así físicas como morales.

Desde que llegó el verano no se hablaba de otra cosa que de la próxima inauguración de la Plaza de Toros.

Con tal nombre se había conocido hasta entonces una simple explanación circular, sin barrera, cuya falta suplían unas vallas, y con pocas gradas y éstas deficientes e irregulares. Nada de hierro, nada de ornamentación, nada de dependencias. Y en Plaza que hallábase en ese estado se habían dado corridas formales como la del 7 de agosto de 1890 en que mató *Guerrita*.

Mas a seguida que se verificó aquélla, entendió la sociedad taurina que el Circo no reunía condiciones de seguridad ni de capacidad para tales espectáculos, y como dicha entidad careciera de ánimos para acometer la reforma radical necesaria, uno de los socios, tan aficionado como pudiente, D. Francisco Lázaro Martínez, se brindó a construir una cómoda y elegante Plaza en el término de dos años, si se le cedía la existente en determinado precio.

Accedióse por todos los accionistas a la proposición del Sr. Lázaro Martínez, y en agosto de 1890 se le otorgó escritura de venta de todas las acciones, y él a su vez contrajo el compromiso de dar terminada la plaza en el propio mes de 1892 para su inauguración.

Cumplió D. Francisco fiel y exactamente su cometido: construyó una plaza amplia, segura y aún lujosa para un pueblo cuyas condiciones yo encomié en la prensa periódica, recargando la nota de la originalidad, para hacer una llamada, como en efecto resultó extraordinaria, al elemento forastero.

Entre otros artículos, tengo a la vista el que escribí en "*La Lealtad*" de Córdoba el 27 de mayo, uno de cuyos párrafos decía así:

"No en balde usamos la palabra *singular*, como apelativo de esta plaza, así como por sus condiciones de caudal de aguas y de extensión perimétrica la Fuente del Rey de Priego es única en su género en el mundo, la plaza de toros de esta ciudad, debido a la naturaleza del suelo, es única en su clase y supera con mucho en solidez a todas sus congéneres.

La obra que describimos nos recuerda, y de ahí su *singularidad*, la primitiva construcción humana. Dijéramos ser un renacimiento anterior al ciclópeo; una remembranza, no ideal de pura fantasía, sino real y tangible, de la edad troglodítica; de aquella edad y de aquella arquitectura que horadando las montañas y socavando las moles de granito, produjeron los templos maravillosos de la India, las Catacumbas admirables de Elefanta, las pagodas de Pondicheri y el famosísimo monumento de Ellora.

Esta plaza, a estilo de aquellas inmortales obras que contempla asombrado el viajero a través de cuarenta siglos que no les han servido de injuria, no está construida por superposición de bloques o piezas, está moldeada, vaciada en el mismo lugar de su emplazamiento, es parte adherente de nuestro globo, y de ahí que, salvo algunos detalles de ornamentación, esté destinada a vivir los mismos días que nuestro planeta".

Me parece que el reclamito que le hice a la plaza fue bueno, ¿eh?, pues además, para dar mayor solemnidad y atractivo a la corrida de inauguración, invité al Gobernador Civil de la provincia a que viniera a presidirla.

Aceptó y llegó en la víspera de la corrida a mi casa dicho señor, llamado D. Antonio Castañón y Faés, acompañado de su secretario particular D. José Abego.

La noche del 6 de agosto, rebosaba Priego de forasteros. Entre los que llegaron de Sevilla y Córdoba se encontraban el general Sánchez Mira, el Marqués de Santa Rosa, el Conde de Cárdenas, amén de los ya citados Gobernador y su secretario.

Era el Gobernador un asturiano franco y cariñoso, pero tan modesto y despreocupado, que rayaba a veces en lo vulgar.

Cuando le vi llegar sin otro equipaje que una pequeña maleta, no pude por menos que preguntarle:

-Pero, D. Antonio; ¿no se ha traído V. sombrero de copa?

-¿Para qué?

-Para presidir mañana la corrida.

-¡Eh!, yo presido de cualquier modo: este hongo está bueno.

-Bueno; pues iremos de hongo.

-Aquella noche, después de comer, me dice:

-¿Qué? ¿Vamos a ver esa Fuente del Rey?

-Vamos, cuando V. guste.

Y allá nos dirigimos con algunos amigos.

La Fuente estaba concurridísima, especialmente de forasteros. Todos los asientos se hallaban ocupados. Como le gustara aquel sitio, que celebró mucho, quise mandar por unas sillas a la vecindad.

-¡Eh! no hace falta; aquí me siento yo.

Y como si fuera un chiquillo, se sentó en el mismo pretil de la Fuente, dando con los pies casi en la cascada.

-Pero, hombre, ¡por Dios! ¿ahí?

-Sí, aquí; aquí se está más fresco.

-Y sacando la petaca comenzó a fumar.

No hubo más remedio que sentarse allí con él; yo lo hice así desde luego, temiendo que viniera un municipal, y sin conocerla, amonestara, por falta de policía, a la primera autoridad de la provincia.

Estos detalles dan idea de la genialidad de aquel señor que, por lo demás, era bellísima persona.

Llegó con esto el 7 de agosto, segundo aniversario de la famosa corrida del Nazareno, aquélla en que estoqueara el gran *Guerrita*; pero el cartel de ésta no le iba en zaga.

Actuaban de matadores el inconmensurable *Lagartijo* y su paisano el *Torrerito*, y se lidiaban seis toros escogidos de Miura.

La plaza estaba matemáticamente llena, y tanto los diestros, cuanto el ganado, dejaron satisfechísimo al público. No quedó menos complacido el dueño de la plaza y empresario, pues a pesar del coste muy crecido del espectáculo, obtuvo más de 7.000 pesetas de ganancia.

La segunda corrida se dio en plena feria, el 3 de septiembre, pero en ella, por una serie de circunstancias, tan fortuitas como lamentables, perdió la empresa más que había ganado en la primera.

Los matadores anunciados eran *Guerrita* y *Reverte*, y los toros de Adalid; más la última hora telegrafió *Guerrita* desde Daimiel diciendo que el día anterior al saltar la barrera en aquella ciudad manchega, habíase clavado una



astilla en la mano y no podía matar, ni, por lo tanto, concurrir a la corrida. Mandó en su lugar a *Almendro*.

El desencanto que produjo la no venida de *Guerrita*, unido a una tormenta que si no estalló estuvo amagando todo el día hizo que la mayor parte del público se retrajera de asistir a la fiesta y resultó un fracaso de animación y de taquilla.

No obstante, *Reverte* y los toros de Adalid, cumplieron.

El día de la Virgen del Pilar, 12 de octubre, se cumplía el cuarto Centenario del descubrimiento de América.

España entera festejaba ese acontecimiento glorioso, el más grande y trascendental que registra la Historia, y la Corte anunció su visita a aquellas capitales donde se habían desarrollado los hechos relacionados con la empresa de Colón.

Entre éstas, ninguna con mejor título que Granada, pues allí tomó cuerpo la idea, allí se entrevistó el insigne genovés con Isabel la Católica, y de allí surgió el plan y se acordaron los medios para poner en práctica el glorioso descubrimiento del Nuevo Mundo.

A Granada, pues, se había anunciado que irían los Reyes y la ciudad se preparaba espléndidamente a recibirles: arcos triunfales, iluminaciones, veladas, procesión cívica, solemne Te Deum, corridas de toros, todo estaba dispuesto para engrandecer y amenizar la gran epopeya colombina.

Acudieron a Granada más forasteros que en sus famosas fiestas del Corpus. Yo también fui.

Y cuando la animación era mayor, y cuando más vivo era el deseo de recibir la visita de la Corte, ésta, que a la sazón se hallaba en Sevilla, hizo saber al alcalde de Granada, que, so pretexto que el Rey niño estaba un poco enfermo de los oídos no podía ir a la ciudad de la Alhambra.

Aquella inesperada noticia cayó como una bomba: sobrevino una protesta general; los forasteros se llamaron a engaño; los industriales y las empresas de espectáculos públicos se lamentaban de los gastos irrecuperables que en mal hora habían hecho, las autoridades estaban corridas y el disgusto, en fin, era inmenso.

Para aplacarle, se le ocurrió a D. Antonio Cánovas ir en persona y desagrar con su visita a los granadinos.

¡Insigne error en un tan insigne talento!

Cánovas llegó a Granada; pero la silba que recibió desde la estación hasta su hospedaje fue tan sonora, tan monumental, que a no tener tímpanos de acero en sus oídos, debieron quedar más lesionados que los de su Rey y Señor.

## AÑO 1893

**E**l 9 de enero murió mi primo Juan María Valverde Pérez, a la temprana edad de 27 años y recién casado con D<sup>a</sup>. Concepción Castillo y Madrid. Pocos días antes de morir había nacido su hijo Vicente, a quien casi no conoció.

El partido liberal estaba en el poder desde la primera decena del pasado diciembre, por lo que se imponía el cambio de la política, al menos en la personalidad de los alcaldes.

No queriendo por mi parte, ser obstáculo al desarrollo de la política liberal en Priego, partí para Córdoba el 10 de enero y presenté mi dimisión de alcalde al Gobernador, quien me la admitió, dándome las gracias.

Fue mi sucesor D. Francisco González Molina.

A últimos de abril llegó a Priego un truchimán de nacionalidad francesa, llamado D. Pedro, y cuyo apellido no recuerdo, ni quiero, diciendo ser ingeniero electricista. El tal sujeto, prevaliéndose de la respetabilidad que le daban sus años y sus barbas, embaucó al pueblo diciendo que con el caudal de aguas de la Fuente del Rey podía desarrollarse fuerza bastante a producir 800 lámparas eléctricas de 16 bujías.

A este fin, dio una conferencia en el Casino donde probó *a su manera* aquella proposición; y como, por desgracia, esa industria era aquí desconocida y el auditorio carecía de los elementos de juicio suficientes para rebatir sus cálculos, túvose por formal y exacto lo dicho por él.

Después de esto, conferenció con mi hermano político D. José Luis Castilla y conmigo, animándonos a hacer la instalación en los molinos de harina, unificando el agua y la caída, y situando la central en lo que hoy es fábrica de San Antonio.

Nosotros, creyendo que nuestro proponente procedía a ciencia y conciencia le prestamos oídos y aún convinimos con él en contratar con la Casa Planas Flaquer, de Gerona, todo el material de la instalación y la instalación misma.

Para formalizar ya este contrato, vino a Priego el Sr. Flaquer, quien, hecha por él la rectificación del caudal de agua y la fuerza potencial de ésta, desautorizó el cálculo que hiciera D. Pedro y nos dijo, que solamente y en sus tiempos más favorables se podrían alimentar de 400 a 500 lámparas, pero que su Casa sólo se comprometía a asegurarnos 300.

Mucha era la rebaja, pero deseosos nosotros, más que de lucrarnos con la nueva industria, ofrecer a nuestros paisanos esta mejora, aceptamos y formalizamos el contrato por el precio de 55.000 pesetas, pagaderas, la mitad al llegar a Priego todo el material, y la otra mitad al terminarse y darse por buena la instalación.

Bien pronto comenzó a hacerse ésta, la cual duró el resto del año y un trimestre del venidero; mas como no debo alterar el orden cronológico que me he impuesto, cuando llegue ese tiempo, diré cual fue el resultado de aquella empresa.

A la entrada del otoño estalló la guerra de Melilla y los moros rebeldes acosaban la Plaza de un modo temerario e insolente. El 28 de octubre, queriendo el general Margallo castigar a los rifeños con un golpe de audacia, salió al campo, siendo él una de las primeras víctimas. Percatados los moros de que el general había caído muerto, quisieron apoderarse de su cadáver, pero tres valientes oficiales, D. Eloy Caracuel Aguilera, D. Miguel Primo de Rivera y D. Arturo González Pascual que vieron el intento y no quisieron que el cuerpo de su jefe fuera profanado por la morisma, se arrojaron sobre ésta seguidos de algunos soldados y lograron rescatar el cadáver.

Súpose en Priego esta hazaña con doble satisfacción, por ser hijo de este pueblo uno de los tres bravos oficiales y reunido inmediatamente el Casino en junta general, por unanimidad acordó: 1º hacer constar en el acta la satisfacción y el orgullo con que la sociedad había sabido el heroico proceder de su paisano D. Eloy Caracuel Aguilera; 2º destinar 500 pesetas para comprarle y ofrecerle una espada de honor; y 3º hacer un donativo de 150 pesetas a los soldados que le ayudaron a tan arriesgada empresa. Todo lo cual se cumplió al pie de la letra aquel mismo año, siendo presidente D. Rafael Ruiz Amores y teniendo yo el gusto, como tesorero, de girar ambas cantidades a su destino. España entera se alarmó con las malas noticias que de Melilla llegaban: el Gobierno tomó medidas extraordinarias, y una de ellas fue la llamada a filas de los reservistas.

El 14 de noviembre salieron de Priego los que aquí había, haciéndoseles por el Ayuntamiento y por el pueblo una despedida cariñosa y patriótica. Fueron obsequiados por muchas personas con dinero y tabaco, y la música les acompañó hasta la salida de la población.

A los pocos días marchaba también a Melilla el mayor prestigio militar de España, D. Arsenio Martínez Campos, quien logró en breve la sumisión de las kábilas rebeldes.

## AÑO 1894

**E**l 10 de marzo fue un día de tristísima recordación para España y sobre todo para la Armada nacional.

Efecto de un temporal horrible, se hundió en los abismos del mar el hermoso crucero "Reina Regente", con sus 500 hombres de tripulación, no quedando de él nada; ni un marinero ni un mástil. Sábese sólo que zozobró en los bajos de Aceiteras cuando volvía de África, y que no dejó ni rastro de la catástrofe.

Los terribles efectos de ese fortísimo temporal se sintieron en todo el mediodía de España, y por lo tanto, en Priego. Aquí se produjo un ciclón tan espantoso que otro igual no se recuerda. Los daños que en el campo fueron infinitos, y aún en el pueblo hubo que lamentar sus estragos.

Uno de éstos fue el desgaje de grandes ramas en los envejecidos álamos del Paseo y el arranque de cuajo de algunos de ellos. Como se notase entonces la inconsistencia de dichos seculares árboles, se acordó por el Ayuntamiento su corta total, y acto seguido, en el mes de abril, se procedió a ella, con lo cual quedó el Paseo convertido en un lugar de desolación.

Como ya dejé indicado en el año anterior, en éste había de terminarse la instalación de la luz eléctrica y comenzar el funcionamiento de la fábrica. La prueba estaba señalada para el 3 de abril.

Pues bien; el 2 por la noche, departiendo en el Casino con D. José Galán Benítez, ingeniero mecánico, del asunto en cuestión, me preguntó si recordaba los litros de agua por minuto que llevaba el manantial y la caída de éste; se los dije; hizo unos números y se expresó así:

- De ser exactos los datos que V. me da, puedo asegurarle que no obtendrán ni cien lámparas siquiera.

Yo me quedé desencantado, pero abrigué la esperanza de que mi preopinante padeciera error y no el Sr. Flaquer.

Pronto comprendí que Galán estaba en lo firme: al siguiente día hecha la prueba repetidas veces, no pudieron lucir más que 80 lámparas. En vista del resultado se le escribió a la casa constructora: vino a seguida el Sr. Flaquer, se repitieron las pruebas a su presencia y quedó convencido de que era imposible obtener más rendimiento de fluido, en vista de lo cual se efectuó la rescisión del contrato.

A tal fracaso nos llevó aquel D. Pedro de mis pecados, a quien Dios perdone los suyos, que no serán pocos.

En la tarde del 3 de mayo entró solemnemente en Priego el entonces Obispo de Córdoba -después Cardenal- D. Sebastián Herreros y Espinosa de los Monteros. Como entonces las visitas pastorales se hacían con frecuencia, no hubo muchas confirmaciones, y a los pocos días terminó el Prelado su sagrada misión.

Aquella mañana en que S. E. salió de Priego para Carcabuey, murió aquí el médico D. Baldomero Nadales.

Incidentalmente me encontraba en Granada el domingo 27 de mayo, y asistí aquella tarde a una buena corrida de toros en que mató *Guerrita*. Estuvo en poco que no costara la vida el quinto de los que se lidiaron al famoso diestro. En el momento de clavar, como él sólo sabía hacerlo, un par de banderillas fue cogido y volteado por la res que aún le corneó en el suelo. Todos le creímos muerto o mal herido por lo inmóvil que se quedó, pero en cuanto los peones le retiraron el toro, se levantó ileso y sonriente, sacudiéndose el polvo. Repitió con otro buen par y después despachó a su enemigo de una buena estocada.

Ya anochecido, subía yo la escalera de mi fonda en busca de la comida, cuando vi al antedicho *Guerra* con un telegrama en la mano llamando a voces a su hermano Antonio.

Como la alteración de su semblante daba a entender que pasaba algo grave, me atrevía a preguntarle qué era aquello.

-¡Que han matao al Espartero! -me contestó.

-¿Quién? -repliqué cándidamente.

-¿Quién nos mata a nosotros? Un toro.

Y entonces me dio a leer el parte en que le noticiaban que Manuel García había sido muerto aquella tarde en la plaza de toros de Madrid por "*Pedri-gón*", toro de Miura.

-Pues nos íbamos a quedar hoy sin diestros -le dije.

-Yo he tenlo más suerte que el pobre Manué. Dios lo haya perdonao.

A fines de otoño vino a nuestro teatro una buena compañía de zarzuela, que actuó el resto del año.

La obra que más gustó fue "*La Bruja*", del maestro Chapí, que se estrenó el 14 de diciembre.

En este mes se tuvo noticia de que el Puente Genil y pueblos comarcanos se había presentado un parásito llamado "*mosca del olivo*" que dañaba la aceituna y le hacía caer prematuramente. En nuestro pueblo y su término no se conoció esa plaga aquel año, pero sí en los siguientes, como después se verá.

## AÑO 1895

**E**n la última decena de marzo cayó el partido liberal y entró D. Antonio Cánovas por última vez en el poder. Varió en Priego, como era consiguiente, la situación política y yo, como presidente entonces del Comité liberal-conservador, fui a Córdoba a cambiar impresiones y a recibir expresiones del jefe provincial Conde de Torres Cabrera.

El criterio que mantenía este señor por lo que toca a la representación en Cortes era que los diputados debían ser hijos del distrito, porque nadie -añadía- puede conocer mejor las necesidades y tener más interés en subvenir a ellas que los naturales de un pueblo o comarca.

Concretando, pues, su aspiración y su deseo, me manifestó: que vería con sumo gusto que mi hermano político D. José Luis Castilla presentase su candidatura por el distrito de Priego en las próximas elecciones generales, y en caso de no querer que me presentase yo.

Como yo le arguyera si sería conveniente para esto la circunstancia de haber sido diputado por Priego D. Álvaro López de Carrizosa durante la última situación conservadora me contestó que no, pues en primer lugar, nadie tenía más derecho que nosotros a representar el distrito y, en segundo, que él se cuidaría de buscar y encontrar otro por donde Carrizosa pudiera salir. Me añadió: que para dar forma a nuestra aspiración convenía, que una vez decidido por común acuerdo quién de los dos había de presentarse, se redactara una exposición dirigida a él y suscrita por personas valiosas y de prestigio en la cual le manifestaran que verían con gusto que el distrito de Priego se manumitiese de la servidumbre que hasta entonces venía sufriendo y fuese representado por el que previamente hubiéramos resuelto.

Con estas instrucciones volví a Priego, hablé a seguida con Castilla y le expuse el criterio y el deseo del Conde referentes a que él presentara su candidatura, omitiendo la disyuntiva de que si él no lo hacía, me presentase yo, pues conociendo su delicadeza sabía de antemano que de sonar mi nombre, se negaría a prestar el suyo.

Respondió a mi mensaje que agradecía al Conde su buen deseo pero que a él no le halagaba aquel cargo y que de ningún modo se presentaría. Entonces, cuando ya se negó una y otra vez a mi proposición, fue cuando yo le di mi nombre que él, desde luego aceptó.

Formulóse a seguida la exposición al Conde de Torres Cabrera en los términos ya indicados, siendo firmada por muchas personas de consideración social, cuyo documento, llevado por mí a Córdoba y pareciéndole bien al Conde, lo envió a su vez con carta recomendaria a D. Antonio Cánovas del Castillo.

Ahora bien; como el insigne estadista no ha de resolver esto hasta el mes de agosto y estábamos en mayo cuando ocurrían los hechos que voy relatando, diré algo de este mes, y este algo es que en él vino a Priego por vez primera el príncipe de la elocuencia sagrada, el insigne D. Luis Calpena y Ávila, a predicar en la solemne función de nuestro Padre Jesús Nazareno.

Aún recuerdo la profunda impresión que produjo en todo el auditorio aquel maravilloso exordio en el cual su oratoria magistral y vibrante, tendiendo su vuelo de águila alcanzó las cumbres de lo sublime, y en esa altura ideal donde lo humano se transfigura en divino, se mantuvo cerniéndose con la augusta serenidad de un espíritu celeste, pareciéndonos que no él, sino ese celeste espíritu que pronunciaba la salutación angélica cuando concluyó diciendo: "Ave María".

Aquel memorable discurso consagró en Priego su fama que ya volaba triunfante por toda España, y a partir de ese año, en el transcurso de veinte más, pocos han sido los que hemos dejado de oír y de admirar, a ese coloso de la divina palabra.

Y ahora descendamos de las sublimes regiones de la verdad eternas, al mezquino estadio de la mentira política.

Avanzaba el verano y mi pleito electoral estaba sin resolver. Yo escribía con frecuencia a Torres Cabrera pidiéndole noticias y este señor me contestaba que él lo hacía a su vez a Cánovas reiterando su recomendación. Pero la esfinge seguía muda. Yo intenté hacerla hablar y habló en efecto.

El primero de agosto escribí a D. Antonio Cánovas una carta sucinta pero comprensiva de los pasos dados por el Conde y por mí en el asunto de mi candidatura, rogándole se dignara comunicarme su determinación y concluyendo con estas palabras:

"Pongo, pues, ésta en manos de V. E. y cónstele bajo la seguridad de mi honrado propósito, que sea cual fuese su decisión la acataré respetuoso, pues se precia de ser, si el último en las filas, el primero en la subordinación, su afmo. admirador y amigo s.s.q.b.s.m. Carlos Valverde".

El 10 de agosto recibí contestación, que literalmente copio y dice así:

9 de agosto de 1895

Sr. D. Carlos Valverde López

Mi distinguido amigo: he recibido su muy atenta carta última, relativa a representar ese Distrito en las futuras Cortes, y le manifiesto en su contestación, que veré con mucho gusto su candidatura, pues tengo noticias de sus condiciones para dicha representación.

Aprovecho gustoso esta oportunidad, para repetirme de V. atento aftmo. amigo s.s.q.s.m.b. A. Cánovas".

Al mismo tiempo que el Presidente del Consejo me escribía la carta anterior, daba instrucciones al Gobernador Civil de la Provincia D. José Novillo, para que me tuviera como candidato oficial y me prestara el apoyo consiguiente. Como tal candidato se me tuvo el resto del verano y el otoño, como tal intervine en cuantas divergencias existían entre nuestros amigos políticos del distrito para transigirlos y arreglarlos y como tal lo publicó la prensa de Madrid y de provincias.

Pero he aquí cuando ya estaba todo resuelto a mi favor, se promueve una delicadísima cuestión política en Madrid.

El Sr. Bosch y Fustegueras, alcalde de la Corte y protegido de Romero Robledo suscita, por su administración en el municipio, un movimiento general de protesta, que se exterioriza en imponentísima manifestación en contra de él y de su patrono. El Gobierno no puede hacerse el sordo ante el inmenso clamor popular y tiene que intervenir mandando formar expediente para que se depuren los hechos y se exijan responsabilidades si las hubiere.

Era entonces presidente de la audiencia de Madrid D. Juan de Dios Roldán, quien con este motivo entendió en la instrucción de aquel expediente y tuvo varias conferencias con D. Antonio Cánovas del Castillo.

A muy poco tiempo, el Sr. Roldán asciende a la magistratura del Tribunal Supremo de Justicia -segundo ascenso que obtuvo en medio año- y ya en este cargo se encuentra habilitado para presentar su candidatura por el distrito de Priego. Solicita tal favor del Sr. Cánovas, pero éste le dice que ya tiene dada su palabra a mí y que él, directamente, nada puede hacer. Mas como el Sr. Novillo, Gobernador de Córdoba era protegido y hechura de Romero Robledo y éste el padrino político de Roldán, le recomendó eficazísimamente que patrocinara al nuevo candidato e hiciera hasta lo imposible por sacarle triunfante.

Así tuvo la franqueza de manifestármelo en la intimidad de su despacho el Sr. Novillo, añadiéndome que aunque mi nombre sonara como candidato oficial, el verdadero protegido por el Gobierno y por él sería mi contrincante. Hasta aquí, lo acaecido en este año respecto a mi candidatura, cuya historia terminará en el venidero, y pasemos a otros sucesos.

El 4 de septiembre, último día de feria de Priego, cuantos procedentes de ésta se dirigían a Cabra, veíanse desagradablemente sorprendidos. En el kilómetro 21 de la carretera situado en plena Yesilla, una banda de ladrones, capitaneados por el famoso *Vivillo*, desvalijaba bonitamente a los viajeros. Los robados fueron muchos; el botín grande; el escándalo más grande aún. Y lo que es más triste, por lo pronto quedó impune tan cínico robo, digno de la época de Diego Corrientes.

En el mes de octubre se comenzó a observar que la aceituna, próxima ya a su madurez, tenía varios puntitos a manera de picaduras de alfiler y que se caía del árbol prematuramente. Tratábase de que el parásito conocido por "*mosca del olivo*" que en el año anterior atacara a los plantíos de Puente Genil, había llegado a Priego y su comarca, produciendo enorme daño en la aceituna, así por la mala calidad del aceite, como por el poco rendimiento de dicha grasa, aparte de la caída prematura del fruto.

Inútil es decir la alarma que esa plaga produjo en pueblos que, como el nuestro, tienen su principal fuente de riqueza en la plantación olivarera.

En los primeros días de noviembre fui a Madrid con objeto de presentar en algún teatro un drama en tres actos y en verso que había escrito titulado "*Los Espúreos*".

Leído ante el director del de Novedades Sr. Sánchez Palma, le gustó, y de acuerdo con la empresa fue aceptado, manifestándome aquél que se estrenaría hacia la próxima Pascua, previo aviso para que yo pudiera ir.



## AÑO 1896

**E**l día de año nuevo recibí carta de Madrid anunciándome que el 6 de enero, o sea, en la fiesta de Reyes, se estrenaría mi drama. Salí de Priego con tiempo suficiente para asistir al ensayo general, que fue el día 5 y empecé con impaciencia la noche del 6.

Yo había ido completamente de incógnito; ni mi propia familia sabía mi estancia en Madrid, ni me hospedé en el hotel que acostumbro, ni visité a nadie, ni nadie conocido me vio. Los artistas que habían de tomar parte en la obra ignoraban mi nombre; sólo lo sabía el director Sr. Sánchez Palma, pero me prometió callarlo si el drama no gustaba.

Afortunadamente fue del agrado del público, quien, a la terminación de todos los actos me llamó repetidas veces a escena. Al día siguiente, la prensa en general hizo encomio de "*Los Espúreos*".

Cuando volví a Priego mis amigos me obsequiaron con un banquete en el Casino, en celebración del éxito obtenido, honor que yo les agradecí mucho.

Hallábase aquí entonces la compañía dramática de Mela, la que tomó gran empeño en representar mi obra; yo me negué repetidas veces porque los actores eran medianos, pero fueron tantas sus instancias que tuvo que acceder y el drama se ejecutó tres noches, recibiendo, como siempre, por mi parte, las mayores muestras de afecto de mis paisanos.

Y volvamos al asunto electoral: este pleito seguía sin resolver ni a favor del Sr. Roldán ni a favor mío. D. Antonio Cánovas, no soltaba prenda en pro ni en contra de mi candidatura. Por eso, para despejar la incógnita, cuando estuve en Madrid, hablé con su secretario particular Sr. Morlesín, quien me expresó el aprieto en que se veía el Presidente, teniendo dada su palabra a mí y debiendo cumplir un compromiso de gratitud contraído con el Sr. Roldán, añadiendo que lo mismo Cánovas, que él me estimarían mucho y nunca olvidarían que yo les sacase de tan difícil situación transigiendo con D. Juan de Dios.

Tales fueron las impresiones que yo traje a Priego cuando regresé de la Corte.

Ahora bien; como avanzara el mes de febrero y se aproximaran las elecciones, el Gobernador de Córdoba nos invitó a Roldán y a mí a tener una conferencia en su despacho, a la cual asistiría también el Conde de Torres Cabrera.

Reunidos los cuatro, D. Juan de Dios se manifestó que me agradecería infinito le cediera el derecho de presentarse; que él se comprometía a gestionar cualquier cosa, así de interés público como privado en que yo mostrara empeño; que nada se haría en el distrito sin mi conocimiento y voluntad y, por último, que tuviera por seguro que obtenida por él dos veces la investidura de diputado, con tal de que una de ellas fuera de oposición, su propósito era ir al Senado, en cuyo caso me cedería el puesto y sería el primer defensor de mi candidatura.

A tal requerimiento accedí, pero imponiéndole una condición que desde luego aceptó: "*que había de gestionar con todo interés y constancia, como si de cosa propia se tratara, la construcción de la carretera de Priego al Salobrar*".

Conformes en esto, y contraído el compromiso formal ante el Conde de Torres Cabrera y el Gobernador, yo le tuve desde aquel momento como candidato y los tres me dieron repetidas gracias por mi prestación a solucionar tan delicado asunto.

A poco de esto, y no por mí, se enteró de ello el Sr. Cánovas del Castillo, quien me dirigió la carta que transcribo y dice así:

"Presidencia del Consejo de Ministros. Particular

Madrid, 9 de marzo de 1896

Señor Don Carlos Valverde

Mi distinguido amigo: agradezco a V. sinceramente la corrección y delicadeza de la conducta que ha observado en el asunto referente a la Diputación por el distrito de Priego, que es una prueba más de la incondicional adhesión que me profesa, y crea V. que con ello ha proporcionado una satisfacción a su afmo. amigo s.s.q.b.s.m. A. Cánovas".

Llegado el día de la elección, que fue muy breve, Roldán confió en mi lealtad y no envió persona alguna a Priego. Aquélla se hizo y verificado después el escrutinio, obtuvo una abrumadora mayoría sobre el candidato liberal, teniendo yo el gusto de enviarle el acta, lo que agradeció mucho.

La noche del 26 de junio fue a mi casa una nutridísima comisión de propietarios entre los cuales figuraban D. Manuel Alcalá-Zamora, D. Alfredo Calvo Lozano, D. José Tomás Serrano y D. Francisco Núñez Martínez, a interesarme que hiciera cumplir su palabra al Sr. Roldán, respecto a la gestión de la carretera. Prometí a dichos señores hacerlo así, y de allí a dos días, el 28 de junio salí para Madrid en donde estuve hasta el 10 de julio trabajando de consuno con el diputado para poner en marcha el expediente, lo que logramos merced al entonces Director de Obras Públicas, D. Ezequiel Ordóñez.

Durante mi permanencia en la Corte, y en la sesión del Congreso celebrado el 8 de julio, tuve el gusto de oír al diputado tradicionalista Sr. Vázquez de Mella, con motivo de la guerra de Cuba, uno de los discursos más elocuentes que se han pronunciado en el Parlamento español: discurso que duró tres horas y que supo a poco, discurso, en fin, que aplaudió la Cámara entera.

En el mes de agosto fui invitado por D. Juan de Dios Roldán a pasar en Rute la feria, que es el día 24, accediendo gustoso. Nos reunimos en Lucena, pues él venía de Madrid, y llegamos a su pueblo natal que nos dispensó un efusivo recibimiento.

Roldán, su familia y los demás amigos políticos y particulares extremaron sus obsequios a mí en los cuatro días que pasé en Rute y yo, queriendo corresponder a tanta fineza, les invité a mi vez a la feria de Priego que estaba muy próxima.

Accedieron D. Juan de Dios y sus hermanos y el 1º de septiembre llegaron aquí y se les recibió con verdadera solemnidad, hospedándose el diputado en mi casa, y sus hermanos en la de D. José Luis Castilla y la mía.

Llegó con esto el segundo día de feria, y aquí entra lo más curioso, lo más inaudito, lo más estupendo de estas Memorias, como que es el naufragio y la bancarrota de mi propia Memoria.

Lo confieso paladinamente; yo, que siempre me jacté de haber recibido de Dios con suma largueza esa primera potencia del alma, quizá en castigo a mi jactancia cometí aquel día el olvido más atroz, más burdo y más imperdona-

ble que puede cometer un hombre. Veinte años han pasado y aún me estremezco al recordarlo. He aquí el caso:

Siguiendo la costumbre que impone la cortesía y sanciona la amistad, yo invitaba a mi mesa determinado número de amigos que acudían a honrarla.

Ese segundo día de feria, y para la comida, había convidado personalmente a mi buen amigo particular y político D. Alfonso Serrano Lozano quien aceptó muy agradecido. La cita era a las oraciones.

Avanzaba, pues, la tarde de ese día, una tarde harto calurosa, y estábamos tomando el fresco en el patio mis huéspedes, algunos visitantes íntimos y yo.

Apareció en esto D. Ramón Linares, bastante amigo de Roldán y de todos los que allí estábamos y nos soltó el siguiente mensaje:

Señores; con permiso del dueño de la casa, tengo el honor de invitar a ustedes a la mía para ofrecerles un helado que nos está esperando y que no vendrá mal a estas horas.

-¿Qué dices tú a esto? -me preguntó Roldán.

-Que lo acepto y lo agradezco.

-Pues aceptado por todos. Vamos.

Y acto seguido, cuantos estábamos allí, nos fuimos con el invitante a su casa. Eran las cinco de la tarde.

Pasamos al comedor, el cual se hallaba casi ocupado por una gran mesa donde campeaban los más selectos fiambres, acompañados de una batería de botellas de las mejores marcas.

-Pero ¡hombre! esto es matar con alevosía -exclamó Roldán- ¿no dijo V. que nos iba a dar un helado?

-El helado vendrá luego: comamos antes para beber después.

Y como la invitación era espontánea, los manjares variados y apetitosos, y los vinos un incentivo, y Linares y su familia hacían los honores galantemente, nos dimos un banquetazo de los de padre y señor mío.

Cuando salimos de allí casi era de noche.

Ya de regreso, y al pasar por la feria me dijo Roldán:

-Supongo que no pretenderás que vayamos ahora a tu casa a comer. Yo estoy hasta aquí.

Y me señaló la nuez.

Lo mismo alegaron los demás, algunos de los cuales debían sentarse a mi mesa; y como yo tampoco estaba en situación de repetir, mientras ellos daban un paseo por la feria, yo fui a mi casa a decir lo ocurrido para que la familia no nos esperara y comiera. En tanto la familia así lo hacía, me puse a fumar un cigarro en el patio y a poco apareció D. Alfonso Serrano.

-Adelante D. Alfonso -le dije invitándole a que se sentara como lo hizo.

-¿Y Juan de Dios? -me preguntó.

-Paseando por la feria con sus hermanos y otros amigos, ¿no lo ha visto usted?

-No; yo me he venido por las callejuelas, huyendo del bullicio.

-Pues no debe tardar.

Después de esto charlamos un buen rato de política, de labor, del precio probable de la uva, del ganado que había traído a la feria, de la mar de cosas; pero yo notaba que la conversación se hacía cada vez más difícil; que D. Alfonso estaba como preocupado y añadiría que hasta contrariado, más siempre dentro de una corrección exquisita.

Como desde el sitio donde nos hallábamos se oyera el ruido del servicio de la mesa, pues sólo nos separaban del comedor unas cortinas corridas, mi amigo, que debía estar mas corrido que las cortinas, me hizo la siguiente observación:

-Parece que está comiendo la familia.

-Sí señor.

-En ese caso, déjese de cumplido y vaya V. a comer.

-Gracias, D. Alfonso; si ya he comido.

-¡Hombre! ¿Qué ha comido usted? ¿Y los otros? Quiero decir Juan de Dios y...

-Todos, todos hemos comido; vino D. Ramón Linares esta tarde a invitarnos a su casa y allí nos despachamos pero que muy bien.

-¿Sí, eh?, pues ya comprendo por qué no vienen sus huéspedes: estarán haciendo la digestión.

-Justo; ¿no se lo dije a usted? paseando en la feria.

-Entonces, como no han de venir, me voy.

Este "no han de venir", es el colmo de la delicadeza, por que lo que debió decirme fue: "como V. no ha de darme de comer", me voy.

Y se despidió muy atentamente, y muy atentamente lo acompañé hasta la puerta.

Desde la puerta pude observar, que no lejos de mi casa se había encontrado con Roldán y sus acompañantes y parándose con ellos.

No bien se separaron, Roldán vino a mí y me dijo:

-¿Y eres tú el hombre de la memoria?

-Creo tenerla buena, pero ¿a qué viene eso?

-Pues de esta hecha has perdido la memoria.. y los memoriales.

Repito que no comprendo...

-¿No tenías hoy convidado a comer a D. Alfonso?

Yo no sé lo que dará para morirse, pero algo así fue lo que a mí me dio cuando oí aquella pregunta.

Cayóseme de pronto la venda; venda tan tupida que cegando mi memoria por completo me había convertido en un ser tan olvidadizo como el doctor Paganet que nos pinta Julio Verne.

-¡Qué falta tan atroz! -decía yo- ¿quién remedia esto? ¿qué habrá dicho de mí D. Alfonso? ¿saben ustedes a dónde a ido?

-¿A dónde ha de ir? A su casa a comer. ¿Crees tú que no es hora?

-Pues voy a seguida a darle cuantas satisfacciones necesite. Ya, ¿qué remedio?

Y partí como un loco a casa de mi desairado amigo.

El cual, ¡naturalmente! estaba comiendo y me recibió con una sonrisa un tanto burlona, pero cariñosa.

-Esperaba a V. -me dijo.

Y ha pensado V. bien al esperarme, porque debía figurarse el cual rato que ha pasado al considerar el desaire que de manera tan tonta como involuntaria le he hecho.

-¡Eh! no hay que pensar en eso. ¿Quiere V. comer?

-Eso faltaba, que le diera V. de comer a quien por poco lo mata de hambre.

D. Alfonso se reía con toda su alma.

Ahora bien; como yo le di las explicaciones oportunas haciéndole ver que una distracción sin ejemplo y un olvido involuntario dieron lugar a tan lamentable percance, él lo estimó así y me tranquilizó asegurándome que no le quedaba ni el menor resquicio de queja.

Con todo, yo le repliqué que para darme por absuelto necesitaba su palabra de que al día siguiente iría a almorzar conmigo.

-Iré sin falta -me dijo.

Y con efecto, a la hora del almuerzo se presentó mi amigo, siendo recibido por todos con gran regocijo y comentándose el chistoso suceso del día anterior.

Pasada la feria de Priego, como se acercara la fecha de la apertura de los Tribunales, Roldán marchó a Madrid y sus hermanos a Rute.

Al poco tiempo de esto se verificaron las elecciones de diputados provinciales. Por el distrito de Priego fuimos elegidos los siguientes: D. Salvador Pan y D. Manuel Villén, ambos de Rute; D. Juan García Cubero, de Priego, aunque con residencia en Córdoba, y yo.

En este otoño la guerra de Cuba estaba en su apogeo. Las noticias que daba la prensa de las víctimas que la lucha nos hacía, eran desoladoras; información que con frecuencia comprobábamos viendo llegar soldados heridos o enfermos de ultramar.

Para remediar algún tanto la triste situación de estos inválidos y de sus familiares, se organizó una Estudiantina que había de salir en los próximos días de Pascua a recaudar fondos.

Estábase en los ensayos de ella cuando llegó aquí una noticia interesantísima de la guerra, a saber: que el 8 de diciembre, fiesta de la Purísima Concepción, patrona de España y del Arma de Infantería, la columna del Coronel Cirujeda había trabado combate en Punta Brava con las fuerzas rebeldes, que mandaba el cabecilla Maceo y después de derrotarlos había dado muerte al famoso enemigo de España, alma de la insurrección cubana. Dicha noticia se supo aquí el 9 de diciembre y en celebración de ella la música marcial recorrió las calles esa noche tocando himnos patrióticos mientras la gente comentaba con gran alborozo el triunfo de nuestras armas.

La Pascua fui a Málaga a ver a mi hijo Pepe que estudiaba en el Colegio del Palo y el día de mi llegada se me inició un fuerte ataque de erisipela facial, acompañado de altísima fiebre que me retuvo allí hasta el 5 de enero.

¡Vaya un viaje y unas Pascuas!

También este año permaneció en nuestros campos la "*mosca del olivo*" infiriendo graves perjuicios en calidad y en cantidad al fruto de aceituna. Su intensidad fue mayor que la del pasado año y aumentó, como es natural, la alarma en los olivicultores que vieron en gran peligro su riqueza agrícola.

## AÑO 1897

La Estudiantina organizada para recaudar fondos con destino a los heridos y enfermos provenientes de ultramar, hizo dos salidas: el día de los Reyes y el de la Candelaria: en esta segunda, repuesto ya de mi enfermedad, actué de demandante. También esta vez me hicieron el honor de nombrarme depositario y distribuidor de los fondos.

Entre ambas salidas se recaudaron 761 pesetas 75 céntimos, las que acrecidas con 50 pesetas que posteriormente donó la compañía lírica de Ventura de la Vega, totalizaron 811 pesetas 75 céntimos.

Estos fondos fueron distribuidos por mí previa consulta y acuerdo de la directiva estudiantil en hijos de Priego y de su término, según iban regresando heridos o enfermos de ultramar, y duró el reparto desde el 6 de marzo de este año hasta el 10 de octubre del siguiente: a los heridos se les daban 35 pesetas y a los enfermos 25.

Las cuentas detalladas con sus justificantes, estuvieron expuestas al público tres meses en esta forma: un mes en el Casino de Priego, otro en el Círculo de Obreros y otro en el de Cazadores.

Como queda antes indicado, actuó en nuestro teatro la Compañía de la Zarzuela dirigida por Ventura de la Vega, permaneciendo aquí desde mediados de febrero hasta cerca de Semana Santa.

Dicha compañía estrenó la zarzuela en un acto titulado "El Dómine", letra mía y música de D. Laureano Cano, la cual se hizo varias noches. En ella salía el entonces criado del Círculo de Cazadores, Antonio López, conocido por "*la mosca*", como una alusión a la plaga del olivo.

A propósito de la tantas veces repetida "*mosca*", diré que el Presidente de la Diputación Provincial de Córdoba, Marqués de las Escalonias, convocó a una asamblea compuesta de diputados provinciales, ingenieros agrónomos y olivicultores, que había de celebrarse, y se celebró en los últimos días de mayo. Hubo tres sesiones, muy concurridas por cierto, tratándose en ellas de los medios más adecuados y fructuosos para extirpar el parásito de la aceituna. Se emitieron ideas, se sentaron hipótesis y se propusieron remedios a la cual más originales y aún descabellados, por lo que no pudo llegarse a una conclusión definitiva. La asamblea resultó un verdadero fracaso.

El Paseo que, como dije, quedó desarbolado en abril de 1894 estuvo bastante tiempo sin urbanizar. D. Ramón Linares persona generosa y de grandes iniciativas, lo tomó por su cuenta, y unas veces sacrificando sus propios intereses, otras poniendo a contribución los de sus amigos, y siempre prestando su concurso personal, logró ya en este año su casi urbanización, regularizando y modificando su perímetro y superficie, replanteándolo de árboles y arbustos, y dándole, en fin, un aspecto de paseo a la moderna, siquiera le faltaran algunos detalles para su completa terminación.

El 8 de agosto fue muerto alevosamente D. Antonio Cánovas del Castillo en el balneario de Santa Águeda, por el anarquista Angiolillo. La noticia causó en Priego penosísima impresión.

El 18 de octubre falleció, relativamente joven, mi querido amigo y compañero de estudios D. Antonio Madrid Villalba.

Por último, este año se cumplió aquel refrán que dice: "*piénsalo mal y te saldrá bien*". Cuando todos los olivicultores tenían quedado el germen creciente que la "*mosca*" había dejado por su presentación en años anteriores, éste lo hiciera con más intensidad anulando la cosecha de aceituna, tuvo a fin la dicha "*mosca del olivo*" no aparecer por Priego ni por ninguna parte.

¡Gracias a Dios!

## AÑO 1898

**E**n la madrugada del primer Domingo de Cuaresma, llamado vulgarmente de Piñata, se suicidó un viajante de la camisería que Copete tiene establecida en Córdoba.

Durante los meses de febrero y marzo trabajó en este teatro una notable compañía de zarzuela dirigida por el tenor Sr. Beltrami y en la que figuraba como primera tiple la hermosa artista Eulalia González. Traían todo el repertorio clásico, y lo representaban con tanto acierto, como gusto tenía el público en asistir al espectáculo. La noche del 8 de marzo se cantó *"El anillo de hierro"*, con éxito memorable.

La entrada del partido liberal en el poder a poco de la muerte de D. Antonio Cánovas, determinó la convocatoria de elecciones generales que se celebraron, por lo que toca la de diputados a Cortes el domingo 27 de marzo.

Presentó su candidatura por el distrito D. Juan de Dios Roldán, y aunque lo hacía como candidato de oposición, salió triunfante. Proclamándosele diputado el jueves 31 hallándose él presente y recogiendo su acta.

El Gobernador de Córdoba se llamaba de apellido Becerra y mugía de coraje. Hasta para esto tuvo suerte el Sr. Roldán: le tocó un enemigo Becerra: ¡si le hubiera tocado un Novillo como a mí!

Muy a seguida llegó la Semana Santa, festividad siempre por los dolorosos misterios que conmemora, pero más triste aquel año por ser ya segura e inminente la guerra a que nos arrastraba la política falaz e imperialista de los Estados Unidos.

A mediados de abril la guerra estalló:

El 24 de este mes se celebró en Priego una manifestación patriótica que salió del Círculo de los Obreros en nutridísima representación de todas las clases sociales y acompañada de bandera y música recorrió el pueblo dando vivas a España y muera a la República Norte-Americana. Reinó tanto orden como entusiasmo en referido acto.

En la primavera se inauguró, siquiera fuese temporalmente, la luz eléctrica en Priego.

Hizo la instalación D. Martín Alcalá-Zamora, tomando el fluido de su fábrica, que era a la vez de sulfuro y de extracción de aceite de orujo. En el Octavario del Corpus, cuyas veladas se celebraban entonces en el Llano de la Iglesia, lucieron varios arcos voltaicos que por su potencia y novedad llamaron la admiración de todos. También había instalaciones particulares en determinadas casas y comercios. Este servicio se prestó sin interrupción durante todo el verano y los días de feria, pasada la cual se interrumpió y salvo alguna vez, y sólo en una o dos casas, no volvió a funcionar.



El 8 de agosto, aniversario del asesinato de Cánovas, falleció en Cabra mi tío político D. José Serrano Ruiz, notable abogado y ex presidente de la Diputación Provincial de Córdoba.

A fines de dicho mes quedó terminado el Paseo con la colocación de la fuente y habilitado al público que se solazaba día y noche en tan ameno sitio. Con motivo de su inauguración, se dieron en él muy brillantes veladas.

El 2 de septiembre recibí una atenta carta del Conde de Cabra en la que me comunicaba que para asuntos particulares tenía que venir a Priego en la mañana siguiente, acompañado de su señora y de su madre la Infanta Luisa Teresa; preguntándome al mismo tiempo si durante su estancia en ésta podría darles albergue, así como a sus criados. Yo le contesté que mi casa, con cuanto en ella había, estaba a su disposición.

Con efecto; a las once del día siguiente se presentó tan ilustre familia a la que atendimos todos los de la mía como mejor supimos.

La Infanta era nieta de Carlos IV y hermana de D. Francisco de Asís, rey consorte de Isabel II, siendo por lo tanto cuñada y prima hermana de ésta.

El Conde de Cabra, hijo segundo de S. A. y del Duque de Sesa; y su señora nacida en Francia y de esclarecido linaje.

Todos ellos estuvieron amabilísimos con nosotros y dando muestras de un agradecimiento que, a la verdad, no merecíamos.

Evacuado el asunto que aquí les retuvo aquel día, regresaron a Cabra poco antes del anochecer.

El 28 de noviembre entró en Priego la túnica nueva de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Su coste ascendió a 7.500 pesetas, sin incluir el valor de las perlas que contenía, pues éstas fueron donadas por señoras devotas.

## AÑO 1899

**A** principios de marzo subió al poder D. Francisco Silvela con el partido conservador y la fracción polaviejista.

D. Emilio Bufill, presidente del comité silvelista de Priego, fue a Córdoba a raíz del cambio de situación, para recibir impresiones del Gobernador y demás jefes políticos. Como se ocuparan de las próximas elecciones de diputados a Cortes, propusieron mi nombre para representar el distrito de Priego.

Consultado que fui acepté por las razones siguientes: 1º que el año 96 tuve que ceder el puesto al Sr. Roldán, más que por voluntad propia, por la fuerza de las circunstancias; 2º que aquél me dijo repetidas veces que una vez conseguida un acta de oposición me dejaría libre el distrito, condición que se cumplió el año 98, y 3º que la inmensa mayoría del pueblo me instaba a que diese mi nombre.

Accedí -repito- a darlo, y como el Sr. Roldán mantuviera el suyo fuimos a la lucha, en la cual salí victorioso, proclamándoseme diputado el jueves 20 de abril.

Mi acta contenía una protesta sobre la cual yo, en su día, debía responder; llevando, al efecto, cuando fui a Madrid el material y pruebas suficientes, a mi juicio, para desvirtuarla, por lo que pedí a la Comisión de Actas y me concedió su presidente Sr. García Alix, no resolverla sin oírme; promesa que también se hizo a los diputados Sres. Quintana y Martínez Pardo y al senador Sr. Álvarez de los Ángeles.

En esa confianza asistía yo al Congreso desde su apertura: voté al Presidente D. Alejandro Pidal, Vicepresidente y Secretarios, por cierto que al terminar la votación de la Mesa me felicitó el Sr. Silvela, a quien saludé, por el triunfo; asistí, repito, a todas las sesiones incluso a la del 9 de junio.

La de dicha tarde se acabó más que deprisa, pues una tormenta de granizo que descargó sobre Madrid haciendo destrozos sin cuenta, hizo que los hoy diputados se salieran del salón de sesiones antes de la hora acostumbrada. Yo también me salí, y ni en aquel sitio, ni en el salón de conferencias, donde estuve después con algunos individuos de la Comisión de Actas, se me hizo la menor indicación de estar próxima a verse la mía, así que, cuando el temporal amainó, me fui tan tranquilo y en mal hora confiado a mi hotel.

No bien hube terminado la comida, repasé la prensa de la noche, y con tanta sorpresa como indignación leí que acabada la sesión de la tarde y reunida la Comisión de Actas se había examinado la de Priego y, sin darme vista de ella, sin llamarme, sin oírme, vamos, a cencerros tapados, se dio por buena la protesta que formulara el Sr. Roldán y se le adjudicó el acta y la representación del Distrito.

Al día siguiente volví al Congreso, y en los altos del edificio donde estaba el Sr. García Alix tomando un sorbete por si su señoría (Dios lo haya perdonado) era poco fresco, tuvo con él un altercado vivísimo, increpándole por haber faltado a su palabra. Quiso excusarse pero torpemente, y aprovechando

la oportunidad de que los timbres llamaban a sesión, tomó las escaleras abajo, no sin sentir la brusquedad de mi mano en su boca manga al quererle detener. Y entonces, cuando consideré que aquel hombre tan grande de cuerpo era de alma tan pequeña; cuando recordé que el *monstruo*; el inmenso Cánovas después de aceptar hasta por escrito mi candidatura daba beligerancia al Sr. Roldán y me hacía cederle el distrito; cuando pensé que el impecable y exquisito Sr. Silvela que me sacara de mi pueblo y me felicitara por mi triunfo electoral claudicaba ante los halagos o amenazas de Romero Robledo y consentía en la anulación de mi acta, me dio tanta repugnancia, me dio tanto asco de aquellos grandes hombres y de su política trapacera que tuve a bien, y en buena hora lo hice, venirme a mi casa y pedirle a Dios que me perdonara, entre mis muchas culpas, la de haber sido político de buena fe.

Y si esta saludable advertencia puede aprovecharle a alguien, no la eche en saco roto: para medrar en política no sirven los Quijotes, sino los Sanchos ¿Dije Sanchos, o "*anchos*"?... Bueno, es igual.

En el mes de mayo y a predicar en la solemne función de Jesús Nazareno, vino el reverendo Padre Fray Ambrosio de Valencina, varón de altas virtudes, sabio y elocuente que impresionó mucho y gustó más. Tanto agradó que sabiendo el público que iba a predicar de nuevo una noche en el Mes de María acudió en masa, y siendo la Parroquia insuficiente para contener la multitud se promovió un serio tumulto que en poco estuvo no acarreará sensibles desgracias.

A mediados de junio, durante mi estancia en Madrid, actuaron en este teatro la famosa tiple ligera Matilde Pretel y el Sr. Cervón. Ambos fueron muy Aplaudidos así como el resto de la Compañía, quedando satisfechísimo el público y no menos nuestro simpático empresario D. Alfredo Serrano.

En el primer sorteo de la Lotería Nacional del mes de julio tocó en Priego el premio mayor. Costaba el décimo diez pesetas y llevaban jugados tres décimos en común D. Carlos Fernández y D. Francisco Ramírez, tocándoles aproximadamente 15.000 duros. Los siete décimos restantes se vendieron fuera de Priego. Con todo, el premio íntegro se pagó en ésta, viniendo de Córdoba D. Federico G. Villa con un millón de reales o poco menos que aquí se repartió.

Por entonces hice yo un cálculo de probabilidades tomando por base lo que en Priego se juega de ordinario a la Lotería, para averiguar cuándo volvería a tocar aquí el *gordo*; y, aunque todo esto sea quitar la ilusión a los aficionados, debo decir que esa ganga no es probable se repita hasta los 70 años, de modo que allá en 1969 será cosa de jugar.

El 24 de octubre se celebró el casamiento de mi hija Carmen con D. José Gámiz Cáliz, abogado y propietario.

En este mismo otoño estuvo aquí por última vez la Compañía lírica de D. Ricardo Cano. Los artistas eran buenos, pero D. Ricardo no se parecía ni al Matatías del año 75, ni al Rebolledo del 87; y es que los años pesan a todos, pero a los cantantes más.

La Hermandad de Ntra. Sra. de Belén, queriendo este año sustituir la antigua Pastorela que sus cofrades, en calidad de aficionados, venían representando en el teatro desde tiempo inmemorial, por otra más acomodada a la escena moderna, me encargó, también en este otoño, una nueva Pastorela para ejecutarla en los días de Navidad.

Accediendo a sus deseos escribí una obra en cuatro actos y en verso, titulada: *"El Nacimiento del Hijo de Dios"*. Para darle más animación y sabor pastoril le puse unos cantables y *bailables*, cuya música, inspirada como suya, le aplicó el maestro D. Laureano Cano; y ensayada que fue se representó todas las noches de Pascua y no sé si algunas más a teatro lleno y con felicísimo éxito.

Fue este año de excelente cosecha de aceituna y el primero en que se elaboró aceite fino. Uno de los días de Pascua vino a visitarme el administrador del Conde de Cabra, llamado Manuel López, amigo mío, y me manifestó que en Cabra, había unos franceses que pagaban a precios exorbitantes el aceite elaborado en ciertas condiciones. Estas eran las que venimos practicando desde entonces para la obtención de esa clase fina. Como me parecieran sencillas, comencé a elaborar la aceituna que me quedaba de ese modo: al par que yo, como el hecho se divulgara, también otros dueños de molino acometieron la empresa y ya en esa misma cosecha se hicieron muy buenas ventas. Por lo que a mí toca contraté con monsieur Paseron todo el aceite que pudiera elaborar como fino a 13 pesetas la arroba, en tanto que el corriente se cotizaba a 9. Logré hacer una buena cantidad de aquella clase y terminada que fue, con mi aviso, la retiró el comprador íntegra e íntegramente la pagó.

## AÑO 1900

**E**l siglo XIX va a morir. Este es su último año.  
Y a la verdad, parece, que por ser el último, suspira más tristeza, presagia más infortunio, hace más víctimas la muerte.  
No se tome esto a lirismo: allá van los hechos.

El 28 de marzo después de sufrir unas fiebres malignas, muere en el Colegio de Jesuitas del Palo (Málaga) mi sobrino político Pepito Castilla Abril. Nada hacía temer el prematuro fin de tan tierna criatura, pero Dios llámole a Sí marcándole más glorioso destino, a trueque del acerbo dolor de su familia.

El 21 de abril, tras horribles padecimientos, acaba sus días mi buen amigo y pariente D. Miguel Aguilera Valverde.

Si no le hubiera distinguido con mi afecto correspondiendo al que siempre me profesó, bastárame para dedicarle un cariñoso recuerdo la consideración que su última visita fue para mí. Hallábame de temporada en Genilla y allí pasó conmigo toda la tarde del 18 de abril. A los tres días voló a la otra vida, donde goce de Dios.

Pero hagamos un alto en esta narración necrológica, que ya vendrán nuevas víctimas a aumentarla y asistamos, siquiera con el pensamiento, a otro espectáculo grandioso, aunque triste, porque todo este año -ya lo he dicho- respira tristeza.

El 28 de mayo, antes del mediodía, se produjo un eclipse total de sol. Yo fui con mi familia al campo para presenciarlo mejor y con más libertad. Nos acompañaba un niño, amiguito nuestro que sentía gran predilección por estos fenómenos astronómicos. Llamábase Servando Valera y Arjona, hijo de D. José María y de D<sup>a</sup>. Adelaida; el cual niño era una criatura excepcional. Tenía ansia por saber. Mostraba una comprensión muy superior a sus pocos años y con ser de tierna edad discurría y razonaba con la sensatez de un viejo.

Su memoria era maravillosa: recordaba todo el Santoral del Calendario. Pero su mayor inclinación era a los estudios científicos, y dentro de éstos, como ya he dicho, a los problemas astronómicos.

Recuerdo que una vez -permítaseme esta digresión- departía conmigo sobre mecánica celeste y me preguntaba por qué la luna, siendo más pequeña que la tierra no se caía sobre ella ni la tierra sobre el sol, por la misma causa; pregunta que para satisfacérsela me llevó a explicarle todo el sistema de la gravitación universal, en cuya virtud se equilibran las fuerzas centrífugas que impelen a los astros a escaparse de sus órbitas con las fuerzas de atracción que sus centros respectivos ejercen sobre ellos, resultando de esto el armónico concierto universal. Él me oía absorto, sin pestañear, mas cuando hubo comprendido el alcance de mi explicación, rompió en una risa nerviosa mezclada con abundantes lágrimas, y entre llanto y risa me decía:

-No lloro de pena, D. Carlos; lloro de alegría, porque ya conozco y sé lo que hasta aquí ignoraba.

Este episodio da una idea de su noble anhelo por saber.

Con tal antecedente es fácil suponer cuánto sería su gozo al considerar que iba a ver uno de los fenómenos más curiosos de la naturaleza, fenómeno que por ser de interesante aplicación científica, había congregado en España a los más célebres astrónomos de Europa, incluso al famoso Camilo Flammarion.

Sí, en aquel momento centenares de meridianos dirigían sus objetivos al cielo en espera del paso de la luna por el centro del sol. Nosotros provistos de cristales ahumados esperábamos también.

De pronto, Servando que no cesaba de mirar, exclamó:

-El eclipse ha empezado porque el sol no está redondo.

Con efecto, el cono de sombra lunar había ya mordido el borde del rey de los astros. Los tres cuerpos entraban en conjunción. Y vimos poco a poco aumentar el segmento opaco e irse disminuyendo, palideciendo la luz del día. Y avanzó más y más el eclipse hasta quedar invadida la mitad del disco solar; y el brillo que éste mandaba a la tierra era ya melancólico, mortecino como el que despiden los cirios que alumbran a un cadáver.

Y ante aquel triste espectáculo los pájaros, antes alegres, callaron, como callan cuando el crepúsculo vespertino llega...

El fenómeno se hacía interesante por momentos. La luna avanzó aun y determinó el instante supremo de la completa conjunción en que el foco de los tres cuerpos mantienen la misma recta. El sol se cubrió entonces por entero, y la tierra quedó en tinieblas, y con ser medio día, las estrellas de primera magnitud brillaron en los cielos, y el campo quedara mudo en absoluto si un ruiseñor, creyendo que la noche había cerrado, no soltara sus trinos melodiosos desde las copas de un árbol.

Era, en verdad, aquel espectáculo sublime, pero imponente a la par. Todos callábamos hondamente interesados, mas esta situación duró muy poco.

-¡El sol! -gritó Servando lleno de alegría- ¡el sol otra vez!

Y el borde que primero oscureciera la sombra de la luna apareció de nuevo brillantísimo, lanzando a la tierra sus dorados rayos. Y luego gradualmente descorrióse el velo lunar, y en el cenit de los cielos se enseñoreó el padre de la luz en todo el esplendor de su hermosura.

A los pocos días de este maravilloso espectáculo, prodújose otro pero de distinto carácter, de índole siniestra.

El 1º de junio, y en la huerta que tienen en Genilla mis hermanos Pura y Luis Madrid, almorzábamos los tres. Hacía un calor asfixiante y como al mismo tiempo se encapotase súbitamente el cielo con nubes muy opacas, temíamos la proximidad de una tormenta. No nos engañamos. Unos golpes secos dados en los cristales nos pusieron en alarma. A los golpes aislados, sucedieron otros más fuertes, más profusos, a manera de tiroteo. Dejamos la mesa y nos asomamos a la puerta; y entonces ya no era tiroteo era una descarga cerrada de granizos del tamaño de nueces la que caía, pero tan espesa, que su densidad nos ocultaba el horizonte.

Aquello suponía la devastación de las mieses en espiga, de los árboles en flor, de todo cuanto Dios, con la mano del hombre, había hecho fructificar en tan hermoso paraje. A los diez minutos, que diez siglos fueron para nosotros, la nube pasó pero dejando el suelo amortajado de granizo.

Ya no volvimos a comer. Yo me despedí de mis hermanos y me fui a pie, sobre aquella alfombra de hielo para ver el alcance del daño que la tormenta me hubiera hecho en mi huerta del puente. El perjuicio era incalculable. Los

campos estaban asolados y desolados. Los árboles que una hora antes contemplara en espléndida floración no tenían flores ni hojas. Junio se había trocado en diciembre.

Y lo que fue peor para mí; el frío de diciembre que emanaba aquel suelo helado se me metió en el cuerpo y el aire glacial me atacó a los bronquios de tal manera, que caí enfermo y hasta el mes de julio no me vi bueno.

Ya dije que el año, quizá por ser el último del siglo, quería dejar recuerdos, y ahora se verá si llevaba razón:

El 24 de junio, día de San Juan, murió de pleuresía mi profesor de instrucción primaria D. Ubaldo Calvo y Sánchez. En la misma fecha también dejó de existir ya octogenario, D. Manuel Serrano Pérez.

El 25 de octubre falleció repentinamente D. José Eustasio Alcalá-Zamora notable abogado que gozó decisiva influencia política en su tiempo.

El 18 de noviembre, a la temprana edad de 14 años murió Servando Vals y Arjona, el niño de inteligencia precoz, que nos acompañara en la observación del eclipse.

Su muerte, como su vida, fue excepcional: sus últimos momentos los consagró a consolar a sus padres aconsejándoles que no lloraran por él puesto que se iba al cielo.

La última Pascua del siglo 19 la pasé en Málaga, donde tuve ocasión ver las huellas de otro desastre.

Pocos días antes de mi llegada los malagueños habían presenciado un espectáculo horripilante, de esos que hacen encoger el corazón de quien los ve.

Una soberbia fragata alemana, escuela de guardias marinas donde iba la juventud más distinguida de la armada imperial, se estrelló en la escollera de levante del puerto, y se hundió en el mar en breves momentos.

La tripulación arrojándose al agua, quiso ganar la orilla de la que estaba un paso, empresa poco menos que imposible. En efecto; el temporal era tan formidable que casi todos los que intentaron arribar a las rocas de la escollera se estrellaban contra ellas impelidos por la fuerza del oleaje. Daba horror ver desde de la muralla del puerto aquellos gallardos mocetones que, juguetes de las olas se rompían los cráneos o destrozaban los cuerpos contra las piedras.

Al día siguiente más de cuarenta cadáveres, entre ellos el del Comandante de la fragata, fueron sepultados en el panteón evangélico, otros muchos sirvieron de pasto a los peces y multitud de heridos llenó los hospitales.

Los hijos de Málaga se portaron en aquella ocasión como siempre, con una abnegación y heroísmo sin igual; y gracias a sus titánicos esfuerzos, y corriendo peligros sin cuento, lograron salvar a una gran parte de los naufragos.

En recompensa a los méritos contraídos en aquella terrible jornada, se le concedió a la población, que a los lemas que rodean su escudo añadiera el de "*Muy hospitalaria Ciudad de Málaga*".

Cuando yo llegué allí aquella Pascua no se hablaba aun más que de la tremenda catástrofe y muchas personas iban al sitio mismo donde ocurrió para ver los restos del buque naufrago. Yo también fui y todavía pude contemplar un

mástil atravesado por el contrafuerte de un foque cuya arboladura erguía sobre el mar a manera de Cruz.

Era la cruz de aquella inmensa tumba.

El 31 de diciembre, último día del siglo 19, regresé a Priego.

Quería verle expirar en el mismo sitio donde él me vio nacer.

Su Santidad León XIII había dado licencia para que todos los sacerdotes pudieran celebrar el santo sacrificio de la misa en todas las iglesias del orbe católico, dadas que fueran las 12 de la noche, es decir, en el momento de entrar la nueva centuria.

Así se verificó en todas partes y así se efectuó en Priego.

A las once y media de la noche, las campanas comenzaron a tocar en muchos templos. La gente discurría por las calles y se encaminaba a las iglesias como en Nochebuena.

Yo fui a misa a la ermita de las Angustias.

Eran las doce menos cuarto.

A medida que el momento de la expiración del siglo se acercaba, yo sentía una emoción intensa en mi alma, como si ante mi vista fuera a derrumbarse algo inherente a mí y a los míos; como si fuera a desatarse, a romperse de un golpe el lazo de unión que me ligaba a los queridos seres que murieron y cuya memoria aún siendo viva, aún siendo santa, parecía que iba quedarse atrás, alejada en brutal separación por el abismo del tiempo.

Surgió entonces ante mí el mundo de los recuerdos, y vi a través de los años destacarse mi primer hogar y en él la imborrable imagen de mis amados padres, de mis queridas hermanas, de mis bulliciosos amigos.

Y vi a seguida cómo habían muerto los que me dieron el ser; cómo tras de ellos se fueron poco a poco, pero en desfile incesante, mis parientes más allegados, y casi todos mis amigos de la niñez, y muchos de mis compañeros de colegio, y no pequeño número de mis camaradas de la juventud.

Y cuando pensaba en aquel pobre maestro de escuela que se llamó D. Ubaldo, tenía que pensar también que había muerto; y cuando recordaba aquel Vicario que me dio la primera Comunión, consideraba que tampoco existía; y si esbozaba la memoria de los primeros misioneros del año 66 los veía muertos; y muertos los grandes oradores sagrados que evangelizaron a nuestro pueblo; y muerto casi todo el profesorado que iluminó mi inteligencia con las luces de su saber; y muertos los geniales poetas de aquella centuria que exaltaron mi fantasía y me enseñaron a cantar a Dios, y a la Patria y al Amor en versos salidos del corazón, y, muerto, en fin, casi todo lo que me era grato en el mundo.

Y cuando vi a desfilar ante el objetivo de mi imaginación aquel inacabable cortejo fúnebre; cuando paseé mi mente por aquel panteón de seres queridos y de nombres venerados; cuando consideré que dentro de breves instantes iba a fenecer hasta el siglo en que vivieron, sobrecogiome un terror infinito y no pude por menos que exclamar:

- ¡Dios mío! ¡Dios mío! si no columbro más que muerte, ¿en dónde está la vida?

.....

Rómpese en esto el silencio de la noche, suenan una, dos, tres, hasta doce campanadas, graves, pausadas, solemnes, y, al compás de ellas, mientras un siglo se derrumba y otro nace, como uniéndolos con un puente espiri-



tual, el sacerdote revestido y con los atributos de la consagración en sus manos, sale de la sacristía y se dirige al altar sereno, inmutable, con la grandiosa inmutabilidad de lo que nunca pasa, de lo que nunca muere, y parece contestar a mi pregunta diciendo: -"*Ego sum salus et vita*"; "*yo soy la salud y la vida*"- porque aquel sacerdote representa a Jesucristo, al Autor de la vida, anterior a todos los tiempos, triunfador de todos los siglos, ¡Rey supremo de la Eternidad!

## INTER SECLA (Entre siglos)

**E**se momento supremo que preside la muerte de un siglo y el advenimiento de otro, me brinda a hacer un alto en esta narración cronológica y a formular aquí, a manera de juicio crítico, un parangón que establezca las diferencias que se han operado entre ambas centurias.

Propóngome, pues, que ese análisis comparativo alcance aquellos órdenes fundamentales en que la humanidad desenvuelve su vida y que son a no dudar el religioso, el político, el sociológico, el económico, y para que no falte la nota pintoresca, hasta el de costumbres, examen que pondrá de relieve la diversidad de criterio y de procedimientos que informa a estos dos siglos.

Hablando en síntesis diré, que el siglo XIX tiene de vehemente, pasional e impulsivo, lo que el XX muestra de prudente, frío y reflexivo; sintetizando todavía más añadiré que en el uno domina el corazón, que siente, y en el otro sigue la cabeza, que reflexiona; y ahora procedamos al análisis.

En el orden *religioso* el siglo pasado expresa una afirmación categórica, y todo en él revela un gran predominio de la Fe católica, no sólo en las conciencias, sino en el Estado.

La intervención de la iglesia en la enseñanza; la creación y desarrollo de los institutos religiosos, así como el gran predicamento que las personas piadosas alcanzaron en la Corte de Carlos IV, Fernando VII e Isabel II, son pruebas de la verdad que dejó sentada. Y no se diga que la Revolución de Septiembre con sus Cortes Constituyentes vino a desvirtuar ese imperio del Catolicismo, no; porque si bien es cierto, por desgracia, que voces heréticas como las de Suñer y Capdevila y García Ruiz blasfemaron en pleno parlamento llegando a llamar monserga al misterio de la Santísima Trinidad, otras voces más autorizadas, las de Monescillo, Manterola, Vildósola, Aparici y Guijarro, Nocedal, etc. enfrenaron y refrenaron las de los limpios, y España entera en viril protesta anatematizó sus dicerios y elevó a Dios funciones de desagravio en todos los templos.

Ese mismo sentimiento religioso reinaba aquí en Priego, observándose su decisiva influencia hasta en los menores detalles: las escuelas públicas y privadas asistían a misa los días festivos en comunidad con sus respectivos maestros a la cabeza y subían al Calvario cantando y rezando el Vía Crucis los Viernes de Cuaresma; las procesiones eran más nutridas y se celebraban con más orden y recogimiento que ahora; los llamados Pasos de Jueves Santo se veían en la Carrera, no fumando y riendo, sino con todo respeto y a cabeza descubierta; al toque del Ángelus, los hombres se descubrían y se rezaban las Ave Marías, los niños, en fin, no veían pasar un sacerdote sin besarle la mano.

Lo mismo que en materia religiosa, puede decirse de la cuestión *política*: el siglo pasado fue de excesivo apasionamiento casi diría de fanatismo por la defensa de los ideales políticos. Dos larguísimas y sangrientas guerras civiles; el número incontable de pronunciamientos, revueltas y motines contra los poderes constituidos; la fogosidad de los oradores en las Cortes y las ardientes polémicas en la prensa, prueban la fe y el calor con que unos y otros bandos

sostenían sus principios y perseguían el ansiado triunfo de ellos sin reparar muchas veces en los medios.

En nuestro pueblo sucedía igual: la política dividía a sus vecinos con barrera infranqueable, y más de una vez -triste es decirlo- corrió la sangre y se cometieron desmanes y atropellos sólo por conseguir un fin de bandería.

Hoy ya no ocurre nada de esto: lo mismo en Madrid que en Priego, el barómetro político ha bajado muchos, muchísimos grados, y al pasado y ardiente fanatismo ha sucedido un cómodo y suave convencionalismo que hace arreglarlo todo sin graves disturbios. Podrán, en suma, los hombres ser adversarios políticos, pero no enemigos personales y aún enconados como antes.

Bajo el aspecto *sociológico* también hay grandes diferencias entre ambos siglos. Predominaba en el anterior la rancia e histórica nobleza que, a decir verdad, no se daba a mucho partido con aquellas otras clases carentes de sus blasones. Seguían a los nobles o compartían con ellos la primera categoría social, los hombres públicos que habían logrado escalar los más preeminentes puestos en la gobernación del Estado, y la alta banca, cuyos miembros eran los iniciadores y gerentes en las más importantes empresas y negocios financieros.

En cambio ni las letras, ni las bellas artes gozaban del estimable prestigio que hoy tienen, y por ende, cuantos las cultivaban, podían a lo sumo lograr honra, pero poco provecho.

Al presente, el saber humano, la ciencia, la literatura, las artes, cuanto es obra del talento ayudado de la investigación y del estudio, constituye un factor de gran valía en la Nación; los hombres de más modesta cuna pueden, merced a esa palanca intelectual, encumbrarse a los primeros puestos y constituir, no ya una aristocracia, como la de la sangre, sino una verdadera soberanía, a la que rinde homenaje la patria entera.

Priego, siempre reflejo y secuela de ésta, ha seguido el mismo rumbo: no son ya sólo las más distinguidas familias las que gozan del privilegio de imperar así en el orden político como en el social, no; otras más humildes clases, en virtud de su trabajo honrado, de su recto proceder, de su actividad, de su inteligencia, comparten con aquéllas la pública consideración sin engendrar el más ligero resquemor en las primeras. Y concretando más esta verdad, fijémosnos en el Casino: a mediados del siglo XIX sólo tenían cabida en él los individuos pertenecientes a lo que pudiéramos llamar clase privilegiada, en el siglo actual, para el ingreso en dicha sociedad, no se necesita ostentar un apellido ilustre, basta sólo con ser persona decente.

En el orden *económico*, son todavía más trascendentales las diferencias que se notan comparadas ambas centurias.

No cabe dudar que ya el siglo XIX señala un paso considerable en el desarrollo la riqueza pública y privada si lo equiparamos con los anteriores. Yo recuerdo cuando estudiaba Economía política declaraba mi texto que a principios del siglo XIX solamente era laborable el cinco por ciento del suelo español y en la época en que yo cursaba esa asignatura, o sea, en el año 1874 ya -según el mismo- se cultivaba más de la mitad del solar patrio. Pero así y todo, esto era cuanto a la cantidad del terreno laborable, mas no en cuanto a la modificación, intensificación y mejoramiento del cultivo.

En efecto; aparte de que en el siglo XX se laboreaba ya un porcentaje mayor, nuevas máquinas agrícolas, el acertado empleo de abonos, la utilización de los riegos por medio de canales, pantanos y obras hidráulicas, el paso gigantesco de la industria, y, sobre todo, el intercambio comercial debido a la rapidez de medios de transporte que hacen del mundo casi un mercado, han sido factores decisivos que lograron en este siglo centuplicar la riqueza universal y, por lo tanto, la individual.

Este cambio radicalísimo, este progreso de la producción en todas sus distintas fases, salta a la vista con fijarla sólo en nuestro pueblo. Sabido es que la fuente principal de su riqueza agrícola es la olivarera; pues bien, hace medio siglo -yo lo recuerdo perfectamente- los dos mayores propietarios de esa clase que había en Priego eran D. Fausto Lozano y D. José Alcalá-Zamora Franco y ninguno de ellos recolectaba 3.000 fanegas de aceituna por muy copioso que fuese el año; mientras hoy no son ya dos casas, sino más de veinte, las que recogen esa cantidad, duplicándola y aun triplicándola algunas de ellas. La cosecha de aceituna en aquellos tiempos se elaboraba en un par de docenas de malos molinos de viga; la de hoy necesita y se elabora en más de sesenta fábricas, muchas de ellas capaces de hacer en un día, lo que un molino de aquellos en una temporada.

Contaba a esta sazón mi tío D. Luis Ruiz Caballero que por el año sesenta y tantos hubo uno tan escaso de aceituna que, los dueños de los molinos, comprendiendo que sería lesivo a sus intereses la apertura de ellos, no ya en su totalidad, pero sí en su mayoría, determinaron abrir uno sólo, que fue el suyo, hoy de mi querido amigo D. Antonio Ruiz Amores. Pues bien; en aquel entonces triste molino, se elaboró toda la aceituna de Priego y sobraron tiempo y artefacto. ¿Sucede hoy algo de esto?

Y si de la riqueza olivarera pasamos a la de cereales y semillas cuya producción se ha, por lo menos, quintuplicado merced al uso de los nuevos arados y al empleo de abonos; y si, por último, nos fijamos en la capitalísima importancia que las industrias de tejidos, sombreros, extracción de aceite por el sulfuro y muchas otras han tomado en nuestro pueblo que compite y aun vence a los grandes centros fabriles de la nación, concluiremos probando el avance inmenso que Priego ha logrado en el orden económico, por cuya virtud marcha a la cabeza de la provincia.

Debido a esos elementos de riqueza, -y como comprobación del distinto modo de apreciarla y gastarla que tenían los hombres de la pasada centuria y los de ésta, bástame señalar un solo caso: el de locomoción.

Hace escasamente medio siglo, o sea a raíz de la revolución de setiembre, sólo había aquí cuatro vehículos con ruedas: uno a manera de tartana, que usaba D. José Cuxart y Casas; otro, de alguna más capacidad de D. Augusto Estrada; un tercero, con honores de góndola, de D. Antonio Castilla Serrano y el último de D. José Alcalá-Zamora Franco. Hoy existen más automóviles que carruajes entonces, y un respetable número de estos últimos tirados por buenos troncos.

La misma modificación se ha introducido en las *costumbres*, pero en sentido inverso. En los demás aspectos de la vida, salvo el religioso, la variación ha sido progresiva, ha marcado un adelanto; en este aspecto, acusa un retroceso. Veamos.

Si nos referimos a costumbres sociales, es decir, a ese lazo de amistad que la convivencia impone, y el trato familiar estrecha, hay que rebajar muchos grados de la intensidad existente en las relaciones de contacto e intimidad de aquellos tiempos a los de ahora.

Siendo yo muy pequeño oía contar a mis padres casi a diario las reuniones, veladas, *soirées*, o como se las quiera llamar, que se daban en las principales casas, a cuyos actos, exquisitamente gratos y cultos, asistía lo más selecto de la sociedad.

Las entonces ricas moradas de D. Tomás de Codes, de D. Antonio Caracuel, de D. Juan Nepomuceno Sidro, D. Fausto Lozano, de D. José Alcalá-Zamora Franco, abrían con relativa frecuencia sus salones a numerosas familias, y en aquellas reuniones agradabilísimas, que sin llegar a los enfados de la etiqueta tampoco caían en las esferas de lo vulgar, se declamaba, se cantaba, se bailaba, se hacían juegos de prendas, se estrechaban los lazos de afinidad entre los contertulios, y se ofrecían, en suma, una ocasión y un incentivo a la juventud para entrar a la vida por las doradas puertas de las ilusiones y del amor.

Creáronse más tarde los primeros centros de recreo, y si bien es verdad que aquellos nobles esparcimientos disminuyeron un tanto en los domicilios particulares, tomaron, en cambio, carta de naturaleza en los casinos, los salones de éstos se convirtieron en punto de reunión de la sociedad elegante, y fueron incontables las noches en que al compás de cadenciosa música viéronse girar en vals vertiginoso a las bellas hijas de Priego.

Cada Carnaval, suponía tres bailes de máscaras; cada Pascua, otros tantos; y llegada la Feria se daba el baile de sociedad.

Recuerdo que en uno de éstos era yo de la comisión de ornato, y tan a pechos tomé mi papel que toda la siesta anterior estuve, no ya disponiendo, sino poniendo con mis propias manos las macetas que flanqueaban la escalera, las ninfas de tiza que adornaban la antesala, las guirnaldas de flores que circuían los espejos del salón y cuantos menesteres eran adecuados para la mayor visualidad, lustre y atractivo del que en breves horas había de convertirse en templo de Terpsícore.

¡Ay que falta me hizo aquella tarde mi amigo Ruiz Santaella! Pero mi buen amigo D. Francisco estaba en mantillas -porque se trata del 3 de septiembre de 1875- y yo también estaba en mantillas en estas exquisiteces de ornamentación.

Pero no fue eso lo peor. Lo peor fue que con el calor de la siesta, que no era flojo, y con el trabajo corporal que di, cuando ya hube concluido, se me desarrolló un dolor de muelas tan atroz, en una que tenía picada, que no me dejaba vivir y me hacía bailar y no de gusto, antes de la hora.

¿Dolorcitos a mí? -dije parodiando a Don Quijote ante la jaula de los leones; y tomando una resolución heroica, añadí- ¡Ea! que venga el barbero.

Porque entonces todos los sacamuelas, que no dentistas eran barberos. Y en un periquete vino el fígaro y en dos tirones me sacó la muela, y en tres saltos me puse en el Casino, y hasta las cuatro de la mañana estuve bailando.

Jóvenes del siglo XX: ¿os habéis sacado alguna muela por no perder un baile?

Queda, pues, probado y sellado con sangre de mis venas o de mis encías, que las costumbres del siglo XIX, en cuanto hace relación a la vida social,

eran más comunicativas, más afectuosas, en una palabra, más galantes que las que ahora se estilan.

Y viniendo a otras costumbres populares, véase también que han caído en lamentable desuso, y aún diría que en absoluto abandono.

Contésteme si no: cuando llega la Pascua de Resurrección ¿acude el pueblo en la cantidad y en la calidad que antaño solía a solazarse en los pintorescos huertos de la Hoya? Cuando viene la del Espíritu Santo ¿van las familias en regocijada gira a comer a las abruptas reconditeces de la Cubel, por donde el Salado salta más que corre entre golfos de espuma? Cuando se festeja la Navidad de Nuestra Señora ¿van los jóvenes de buen humor con sendas botas de vino por esa carretera de Cabra, a comer melones y a volver amelonados después de darles matraca a los romeros que regresan de la Virgen de la Sierra?

¡Qué han de ir! Todas estas costumbres populares, plenas de alegría y de regocijo se han perdido, siquiera persistan en mi memoria.

Y ya que he mentado los melones, ¿quién se acuerda de aquellos desafíos a melón y sandía en que se jugaban, no la vida, pero sí los cuartos, los mozos de mi tiempo, en la Plaza de Abastos?

Era ésta una nota muy pintoresca que yo presenciaba a diario por vivir precisamente en el comienzo de la calle del Río, hoy de Alcalá-Zamora, y que por curiosa debo describir, terminando con ella este capítulo... de mis pecados.

Por los años a que me refiero, o sean los posteriores a la revolución de septiembre y anteriores a la restauración borbónica, la Plaza de Abastos -o de abantos, por los hombres parados que siempre hay en ella- estaba situada en lo que hoy llamamos Plaza vieja, pero llegado el verano, como la afluencia de frutas y hortalizas era tan copiosa, ensanchábase el perímetro del abastecimiento calle del Río arriba en dos amplias hileras de puestos adosados a las medias cañas, hasta llegar a la casa de las columnas y aún más allá. Muchos de estos puestos, eran montones de melones y sandías.

Pues bien; mientras existía tan sabrosa fruta, se verificaban a todas horas los citados desafíos en la forma siguiente: dos sujetos, por lo común gente moza, alegre y con rumbo para gastar el dinero, se aproximaban al puesto de melones, escogía cada cual el suyo después de olerlo y palparlo para cerciorarse de su buena sazón, y escogidos ambos, los ajustaban al vendedor en precio aproximadamente de cinco o seis cuartos por pieza equivalentes hoy a 15 ó 18 céntimos de peseta.

Acto seguido calaba cada cual el suyo y sacaba dos cascos; uno que comía, paladeándolo, y otro que ofrecía al contrincante para que hiciera lo propio. El pugilato, como es consiguiente, atraía la curiosidad de los ociosos allí cercanos, y se formaba un corro alrededor del puesto.

Saboreados ambos melones por los interesados, resolvían éstos en primera instancia cuál era más dulce. Si había mutuo acuerdo, el juicio terminaba allí. El que logró escoger el más dulce se apropiaba de los dos melones, y el otro, perdido el pleito con costas, pagaba ambas piezas al vendedor.

Pero muchas veces las partes no se conformaban y pedían apelación, pasando entonces el litigio a segunda instancia.

El tribunal que había de resolver en este caso, era el corro de curiosos. Cada uno de los jurados espontáneos obtenía su casco, lo paladeaba y emitía

su opinión. Si el fallo era unánime, resultaba definitivo, pero si había siquiera un voto en contra, era apelable y pasaba en última instancia al tribunal supremo.

Éste era unipersonal y lo constituía el grave y simpatiquísimo D. Juan de Dios Garzón, único y reputado confitero de Priego entonces, a quien por serlo, se le atribuía un mayor conocimiento en esta cuestión, porque si un confitero no entiende de dulces, ¿quién va a entender?

Exactamente el mismo procedimiento se seguía cuando el desafío (que así se llamaba a este pugilato) en vez de ser de melones, era de sandías, con la única y radical diferencia de que siendo vencedor el que escogiera la sandía más encendida si el pleito tenía que ir a última instancia, el tribunal supremo era D. Francisco García, *el del Tinte*; por que si un tintorero no entiende de colores, ¿quién va a entender?

¡O, témpora! ¡O, mores!... ¡O tiempos! ¡O costumbres!, ¿a dónde os habéis ido?

## AÑO 1901

"*Introibo ad altare Dei*". He aquí la primera frase que resonó en toda la Cristiandad, pronunciada por los ministros del altar, en el momento de comenzar el siglo XX. Las campanas de todas las iglesias con sus lenguas de bronce anunciaron al mundo que Cristo seguía reinando en él, los órganos de las catedrales lanzaron los acordes de su vasta y complicada trompetería entonando un himno triunfal y el humo del incienso despedido por los turribulos se estrelló contra la cúpula de los templos como si quisiera horadarla para subir hasta el cielo.

Los fieles, arrodillados, oían misa y rezaban. Las almas conmovidas por la expectación de lo desconocido elevábanse a Dios en alas de la esperanza, demandando auras de felicidad en la nueva centuria.

Aquel día primero del siglo era una suprema interrogación para toda la humanidad. ¿Sería ésta más venturosa en los cien años a cuyo comienzo asistía? ¿Sería más desgraciada?

¡Cuánto bien nos hace el Señor con ocultarnos los futuros destinos! Si en aquel memorable día hubiera abierto ante nuestros ojos el libro del porvenir; si aquellas cien páginas en blanco mostraran gráficamente la suerte de los hombres, los hombres quedarán horrorizados al llegar a la página catorce y sucesivas, porque las hallarían escritas con sangre...

Pero, no adelantemos los sucesos, que ya llegarán, por desgracia, esos días nefastos. Atrás se quede el rencor humano. Atrás se quede la muerte. ¡Paso al amor! ¡Paso a la vida!

El 23 de enero celebró sus bodas nuestro ilustre paisano y elocuente orador D. Niceto Alcalá-Zamora con D<sup>a</sup>. María de la Purificación Castillo y Bidaburu.

El 2 de marzo nació mi primer nieto Antonio Gámiz Valverde, hijo de D. José Gámiz Cáliz y de mi hija Carmen.

El 4 de marzo se estrenó en nuestro teatro con éxito felicísimo el interesante drama en tres actos y en prosa, original de mi querido amigo D. Miguel Carrillo Talión, titulado "*El pañuelo bordado*", que hubo de repetirse varias noches. Yo le felicité dedicándole una poesía que leí en escena, de la que recuerdo estas dos décimas:

"El secreto del autor  
Si el lauro ha de conseguir  
Es sentir, y hacer sentir  
Lo mismo al espectador:  
Nunca se llama al dolor  
Que fiel el dolor no acuda;  
Que en la lucha terca y ruda  
Que en esta vida llevamos,  
Cada vez que lo llamamos



Corre más en nuestra ayuda.

Por eso al conjuro hermoso  
De tu creación singular  
Tú has sabido despertar  
Al corazón generoso;  
Y es que aunque yazca en reposo  
Como dormido león  
A la voz de la pasión  
Responde si se le llama  
Pues cada hombre lleva un drama  
Dentro de su corazón".

Durante el mes de abril escribí un folleto nominado "*Electromanía*" (*Juicio crítico de Electra*) que edité al mes siguiente en Málaga.

El drama "Electra", del insigne escritor D. Benito Pérez Galdós se había estrenado en Madrid el 30 de enero último con un éxito tan aparente como falso. Cuestiones meramente políticas de actualidad, aprovechadas por una prensa aduladora, dieron o quisieron dar tal realce a dicha producción dramática que, a juzgar por los ditirambos de los muñidores superaba a cuantas obras antiguas y modernas había producido el ingenio español. Y como esto fuera un absurdo, y la hora en cuestión con ser de autor eminente era una eminente equivocación, escribí el aludido juicio crítico señalando los defectos capitales de fondo y forma de "Electra". Mi folleto fue enviado a toda la prensa: los periódicos de ideas más moderadas lo aprobaron y coincidieron con mis apreciaciones; los de ideas avanzadas callaron como muertos sin emitir el más leve comentario.

Pero el tiempo y los hechos fallaron a mi favor: al año siguiente de su estreno, "Electra" cayó para siempre en la fosa del olvido.

El 19 de octubre murió mi querido amigo y compañero de cuarto en Granada, durante el año 1876, D. Rafael Ruiz-Amores García-Calabrés.

Comenzó el siglo y, por lo tanto, acabó este año, con la cosecha de aceituna más copiosa que hasta entonces había yo conocido. Tan grande fue que aquí estuvieron en funciones algunos molinos hasta el verano siguiente, y en Rute y Lucena según me dijo D. Juan Rueda, ex-juez de Priego, hubo fábricas que empalmaron ambas cosechas.

Ahora bien; cuando los olivos estaban más agobiados por el peso del fruto que parecía imposible de sostener, vino a aumentar la ya pesadísima carga una imponente nevada que cayó el 16 de diciembre, y por si ésta fuera poco, antes de que la nieve se derritiera cayó otra no menos grande el 19 del propio mes.

Temieron muchos labradores que los árboles se rindieran y desgajaran bajo el peso de la aceituna y de la nieve, mas no hubo tal: las ramas se domaron como las de los sauces, alguna que otra se tronchó, especialmente en los olivos viejos, pero esto fue caso raro y el daño resultó insignificante. Lo que consigno para tranquilidad de los olivicultores en casos análogos que repetirse puedan.

## AÑO 1902

**A** principios de marzo comenzó a trabajar en nuestro teatro la Compañía lírica que dirigía el eminente tenor Sr. Casañas. Es sin duda éste el mejor cantante de su clase que hemos oído en Priego.

En cuantas obras hacía estaba inimitable, pero donde llegaba a lucir sus poderosas facultades fonéticas y su buen gusto, donde estaba realmente maravilloso era en la zarzuela "*Marina*" y en la ópera del mismo nombre, pues ambas las cantó repetidas noches con creciente éxito.

Casañas estuvo aquí un mes próximamente.

El 17 de septiembre nació mi segundo nieto, José Gámiz Valverde, hijo de D. José Gámiz Cáliz y de mi hija Carmen.

El 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, murió D. José Luis Rubio Talión, ex-alcalde y político que gozó de mucha influencia en Priego durante los 20 años últimos del siglo anterior.

El 29 de octubre estrenó otro segundo drama en prosa y en tres actos mi buen amigo D. Miguel Carrillo Talión, obra que tiene por título "*Las apariencias engañan*" y que alcanzó tan glorioso como merecido éxito, logrando los honores de la repetición.

Hallábame en Málaga cuando se estrenó, pero desde allí le mandé mi felicitación en verso que acababa con la siguiente décima:

"Desde las playas hermosas  
Que baña el mar de levante  
Donde es el sol más brillante  
Y eternas viven las rosas  
Mil palmadas cariñosas  
Te manda tu admirador,  
Y si el salvaje rumor  
Al mar arrancar lograra  
También yo te lo mandara  
Como mi aplauso mejor".

Ahora bien; como yo soy algo observador, he notado, y estas "Memorias" lo confirman, que siempre que tengo un nieto, celebra su nacimiento mi ilustre amigo Sr. Carrillo estrenando una obra dramática. Como desde el tiempo de referencia no he vuelto a tener más nietos, D. Miguel, consecuentemente con su propósito, tampoco ha vuelto a dar nada a la escena, razón por la cual espero con vehemencia un tercer vástago para que mi repetido amigo corresponda con otra tercera producción, de las que siempre el público y yo estamos deseosos.

## AÑO 1903

**E**n el mes de abril se produjo una gravísima huelga en la fábrica de sombreros "San Luis", de los señores Serrano Hermanos.

El 3 de mayo fui visitado por una comisión de los huelguistas, solicitando de mí que mediara entre los patronos y ellos para armonizar las diferencias y conjurar el conflicto.

Así lo hice, y aunque las negociaciones fueron muy laboriosas por estar bastante distanciados unos de otros, al fin logré de Don Manuel Serrano Torres que aceptara mi proposición y de los operarios que redujeran las exigencias, con lo cual pudimos llegar a un acuerdo.

Durante el tiempo de la huelga, los sombrereros recibían socorros periódicamente de las sociedades barcelonesas de resistencia, quienes les animaban a continuar el paro.

Realizada felizmente la transacción, vinieron de Barcelona dos delegados de dichas sociedades para enterarse de las condiciones del arreglo, las que, sabidas por ellos, las aprobaron en todas sus partes, publicándose después en un periódico societario de la ciudad Condal, en el que me daban muy encarecidas gracias por mi gestión.

Era éste el décimo y último año que yo actuaba como Hermano Mayor de Jesús Nazareno, y habiéndose terminado por fortuna la huelga antes descrita en las vísperas de las fiestas nazarenas, quise aprovecharme del espíritu de gratitud que reinaba en los obreros hacia mí, para ir al Círculo de ese nombre y pedirles me prestaran su ayuda y concurso en evitación de que Jesús pasara de la manera irreverente que solía, por los Casinos, cuando ciertos elementos se apoderaban de las andas.

Los obreros se mostraron muy deferentes conmigo, prometiéndome que ellos, en número de cuarenta, llevarían a Jesús para que este Señor hiciese su recorrido procesional con todo orden y compostura, como en efecto, sucedió, pasando la sagrada imagen por ambos casinos -Obrero y de Priego- con toda regularidad y corrección, cual cumple a estos actos religiosos.

Muy satisfecho por el proceder de los obreros, fui en la noche siguiente a su Círculo para darles las gracias, recibéndome aquéllos en junta general, y redoblando todos sus atenciones conmigo.

Por último, me pidieron que les diera algunas conferencias, a lo que gustoso accedí, dándoles cuatro aquel año y otras cuatro en el siguiente, las que se vieron muy concurridas. Además, y como base para formar una biblioteca, de que carecían, les regalé cien volúmenes de la mía.

A principios del verano, la Academia de Declamación y Buenas Letras de Málaga, convocó a un certamen literario para premiar la mejor tragedia en un acto y en verso de las que se presentaran, cuyo premio debía otorgarse en las célebres fiestas de agosto.

A este fin escribí y presenté a concurso una tragedia histórica titulada "*Imelda*" que obtuvo la fortuna de ser la premiada.

El acto solemne del certamen se celebró en la noche del 28 de agosto, bajo la presidencia del Gobernador Civil de la provincia, Sr. Cano y Cueto, y asistencia de las demás autoridades, profesorado y alumnos de la Academia.

La alumna y paisana nuestra Anita Adamuz, hoy genial actriz, declamó aquella noche ante el concurso un trozo de su papel de "*Imelda*", siendo muy aplaudida.

Yo recibí en aquel acto, con el diploma, un regalo del Gobernador consistente en un joyero de plata. La obra quedó de repertorio en la Academia para los ejercicios de declamación.

## AÑO 1904

La noche del 31 de enero llegué al Casino encontrándome a mi primo D. Argimiro Serrano Alcalá-Zamora muy preocupado. Me pidió que lo pulsara y conociendo por el pulso que tenía bastante fiebre, le aconsejé que se retirara a su casa, como lo hizo. Cayó aquella noche en cama para no volver a levantarse más. Murió de meningitis, a los 15 días, en pleno Carnaval, y a su entierro, aunque llovía torrencialmente cuando se verificó, asistió enorme gentío, por las muchas simpatías de que él gozaba.

Durante los meses de febrero y marzo actuó en el teatro la compañía dramática de Corregel en la cual figuraba la notable actriz Sra. Orejón. El director solicitó representar mi tragedia "*Imelda*" accediendo yo a ello. La obra se hizo cinco noches alcanzando un éxito halagüeño.

En octubre vinieron nuevos misioneros: los padres Navarro, Gil y Curiel, de la Compañía de Jesús. Estuvieron aquí una buena temporada, logrando saludables frutos y siendo muy admirados por el público.

También en este mes de octubre se estableció definitivamente el servicio de luz eléctrica por la compañía bilbaína "*Electra industrial española*". A fines de otoño, casi todas las casas tenían hecha la instalación: el alumbrado público se instaló simultáneamente.

En este año se verificó otra importante innovación en el pintoresco sitio conocido por el Adarve: el piso tan deficiente que tenía fue sustituido por un firme arreficado, y el ruinoso poyo que le servía de pretil, por un fuerte barandal de hierro que dio belleza y quitó peligro a la antigua calle moruna. Si bien esta mejora se llevó a cabo por suscripción particular, encabezada por el ayuntamiento, cúpole la honra de hacerla y el mérito de contribuir a ella, en primer lugar, al entonces alcalde, mi buen amigo y pariente D. Trinidad Linares Martos.

## AÑO 1905

**E**l sábado 20 de mayo recibí un telegrama de mi hijo Pepe, estudiante en Bilbao, que por la impresión que me produjo recuerdo textualmente y decía así: "Asunto de que te hablo en carta que recibirás mañana ha mejorado notablemente: no hagas nada sin recibir la de pasado mañana".

La palabra "*asunto*" era vaga y no sabía yo a qué pudiera aludir, pero que de algo grave se trataba, sí lo comprendí al momento.

Esperé con la impaciencia que es de suponer la carta del 21, llegada la cual vi con mayor alarma que no estaba escrita sino firmada por él, y en ella me decía que llevaba una semana en cama con calenturas infecciosas. La noticia no podía ser más abrumadora, y aunque el telegrama anterior quitaba importancia o acusaba mejoría en la enfermedad, con todo preparé mi viaje el 22 para salir el 23.

Las circunstancias no podían ser más críticas para mí al emprender la partida: mi hija Ángeles estaba a la sazón en Málaga, enferma y sometida a un tratamiento muy delicado. Acompañábale su madre, y era preciso ocultar a las dos lo que pasaba. Mi hija Paulina se había dislocado un pie la víspera de mi salida. Mi hija Carmen tenía al mayor de sus niños en cama con fiebre; yo había comenzado cinco días antes a edificar una casa de nueva planta en el Castellar, y por si todo esto fuera poco se me había presentado un grano, divieso, ántrax, avispero y demonio encendido en la parte posterior del cuello que sobre dolerme mucho, me embarazaba los movimientos.

Pero así y todo era menester ir a Bilbao, y el 23 partí de Priego llegando a Madrid el 24 por la mañana. Allí me esperaba otra gravísima contrariedad: según telegramas publicados por la prensa madrileña, había estallado en Bilbao una huelga general, con carácter sedicioso y la vía férrea estaba cortada. Si proseguía el viaje, iba, pues, a la ventura de Dios, pero fui.

Por fortuna, antes que yo, habían arribado a la invicta Villa algunos regimientos y logrado dominar el aspecto sedicioso de la huelga y restablecer las vías de comunicación.

Al mediodía del 25 llegué a casa de mi hijo a quien encontré enfermo con fiebres, no peor, pero sí extenuado.

Gracias a Dios, desde mi llegada empezó a decrecer, aunque lentamente, la calentura, en tanto que mi absceso cervical crecía, siendo operado por el mismo doctor, Sr. Prieto, que asistía a mi hijo.

El 3 de junio pudo éste abandonar el lecho, el 4 salió a misa, el 5 despidióse de sus catedráticos y el 6 partimos para Málaga, donde su madre ignorante aún de lo que pasaba, pero sumamente inquieta por la falta de noticias, se disponía a ir a Bilbao. El 8 por la tarde llegamos por fin a Málaga.

Un viajecito bueno ¿verdad? Y yo a todo esto con tres bocas en el cogote y sin poder usar el cuello en tres meses.

Cuando regresé a Priego supe que precisamente la noche en que yo iba camino de Bilbao, habían robado a mi amigo D. José Lozano Madrid en su ca-

sa una cantidad de consideración y otros efectos o alhajas de valor. Los ladrones, por lo pronto, no fueron habidos.

En los últimos días de junio me nombraron administrador judicial de los bienes testamentarios, en litigio, dejados por D. José Reina González; administración que ejercí gratis por espacio de los dos años que duró el pleito sostenido por los herederos.

"*La del alba sería*" (con perdón de Cervantes) el 14 de julio, cuando salimos del Casino buen golpe de socios acompañados de la música marcial, no pocos curiosos, un tío que tiraba cohetes y dos serenos, cuya presencia vino a sancionar aquella improvisada diana, en vez de meternos en la cárcel por alborotadores.

Ahora bien; ¿a qué se debía aquel paseo triunfal de músicos y danzantes? Pues sencillamente a la inauguración de la nueva Plaza de Abastos señalada para las 7 de la mañana de aquel día.

Este Mercado habíase construido por contrata y pertenecía a una Sociedad de la que yo formé parte, poseedora de las 80 acciones que constituían el inmueble. Su coste total ascendió a cerca de 50.000 pesetas.

Con efecto, a la hora prefijada tuvo lugar, primero la bendición, y luego la inauguración de la Plaza, y desde dicha hora ya pudo el público utilizar su servicio. Terminado el acto inaugural se festejó alegremente: por acuerdo de la Sociedad se sirvió en el patio de mi molino un desayuno a todos los accionistas, autoridades locales, funcionarios públicos, músicos, etc. El desayuno consistía en buñuelos con chocolate: dos buñoleras, con sendas calderas y dos cocineros batiendo el oloroso fruto de Caracas, apenas daban abasto. También se bebió y brindó alegremente; aún recuerdo mi brindis que fue así:

"En la calle de Florinda,  
Por otro nombre, la Cava,  
-Que si algún día se acaba  
De empedrar, será muy linda-  
Alegre mi musa brinda  
Por el flamante Mercado;  
Por haberse inaugurado  
Al cabo solemnemente  
Y por que el público cuente  
Con lugar tan deseado.  
Vayan, que vayan allí  
Los que tengan que comprar,  
Y los que desayunar  
Vengan, que vengan aquí;  
Esta Sociedad así  
A su obra pone remate;  
Si allí se vende tomate,  
carne y vino, fruta y pan,  
Aquí, de balde, se dan  
Buñuelos con chocolate.

Abierto el nuevo Mercado, desapareció *ipso facto* el que hasta entonces estuvo situado en el área que ocupó el extinguido convento de monjas, con lo cual ganó mucho la población en ornato, el vecindario en comodidad y, sobre todo, triunfó el aseo y la higiene, pues el anterior, más pareciera aduar de moros que plaza de cristianos.

Sin embargo, como lo malo siempre tarda en desaparecer, todavía quedó un resquicio del moruno aduar.

Un modestísimo comerciante en objetos inútiles y chismes viejos, Jerónimo Cobo, conocido por *Glorieto*, al ser desahuciado de la antigua Plaza, tuvo a bien instalar en mi calle y casi en mi puerta su establecimiento, tan pintoresco como abigarrado.

Era el Rastro de Madrid en miniatura: ¡qué menaje, Dios mío! un catre cojo, al lado de una caldera de colar -tan de colar, que se *colaba* por debajo toda el agua que le echaban por arriba-; una mesa desvencijada que tenían que arrimarla a la pared para que no se cayera; un fuelle sistema abanico, es decir, que se le salía el aire por detrás, constipando a quien soplaba con él; un cachumbo de lata tan viejo y deforme, que lo mismo podía ser azarcón de molino que morrión de romano antiguo; un escopetón con honores de arcabuz, que debió pertenecer a los franceses; unas jaulas de perdiz sin portezuelas, ganchos ni pastelillos; un espejo, que más era un refrán en acción, porque como no tenía azogue, parecía decir "no te veras en este espejo"; una bacía, que con ser *vacía* estaba *llena* de abolladuras; una devanadera que, por vieja, se dejó aquí la nodriza del primer marqués de Priego; un retrato de hombre, con cara tan borrosa y ambigua, que lo mismo podía ser de San Juan de la Cruz que de Diego Corrientes; otro retrato, en fin, que pareciera de una guitarra y luego era de la Fuente del Rey, pero con tal propiedad pintada, que se confundían los caños con los escaños y Neptuno con un trillero.

Tal era el género de aquella tienda al aire libre, a la que su dueño por un rasgo de modestia, no se atrevió a llamarle "*La Gloria*" y la puso sencillamente por título "*La Glorieta*", de ahí el de *Glorieto* con que a él le confirmaron.

Por lo demás, el "*establecimiento*" como Jerónimo hiperbólicamente le llamaba, no tenía límites; cogía casi toda mi calle, y como en ésta no había mucha luz, rara era la noche en que al volver a mi casa no tropezaba con una jaula o metía el pie en unas trébedes, con notorio peligro de soltarme los sesos. Yo no podía consentir aquella intromisión abusiva y estaba dispuesto a denunciarla, pero por otra parte me daba lástima del pobre industrial que no tenía sitio donde acogerse ni donde emplazar su tienda, si lo echaba de allí.

En esta alternativa, para cohonestar mi conveniencia con la suya, le propuse que buscara sitio en que implantar su comercio, prometiéndole que le haría allí un pequeño albergue donde se recogiera con su hija.

Aceptada esta proposición, pidió y obtuvo de la familia de los Sres. Calvo una parcela contigua al ex convento de San Pedro, y en dicho sitio le obré una microscópica vivienda donde se metió a manera de caracol. El lugar, por lo frío y húmedo no era el más a propósito para pasar el invierno un hombre que, como el interesado, padecía de dolores reumáticos e inflamatorios. Bueno, pues allí se le quitaron.

¡Me río yo algunas veces de la ciencia médica!

El primero de agosto a las nueve de la noche hallábame en la sala de lectura del Casino cuando me sorprendió el ruido de tres detonaciones casi



seguidas. La natural curiosidad me hizo salir de la habitación para averiguar la causa de aquellos tiros y cuando llegué al portal vi con asombro que entraba corriendo el teniente de la Guardia Civil, D. Gerardo Alemán, vestido de paisano, y con la manga de la americana ardiendo.

- Ese pícaro criado del Obrero me ha matado: Aquí tengo la herida - decía señalando el pecho - ¡Mis hijos! ¡Pobres de mis hijos!

Verdaderamente al verle en aquel estado, con la ropa aún llameando, que a duras penas se la pudo apagar, herido en el pecho, con la respiración anhelosa y el semblante descompuesto, quedamos dolorosamente impresionados cuantos allí estábamos y le ayudamos a subir al salón, creyendo que, en realidad, estaba herido de muerte.

Acudió a seguida el médico que se encontró más próximo, D. Rafael Entrena, quien en un diván del salón le reconoció la herida, pronosticando no ser grave, porque la bala apenas si había encarnado algo más de la piel, con cuyo dictamen el teniente y los allí congregados nos tranquilizamos.

Súpose entonces que el agresor era un criado del Círculo Obrero, apodado "*el Polaco*", quien, después de disparar al Sr. Alemán, se había suicidado. La curiosidad me llevó también a ver al suicida, el cual yacía tendido en la acera del establecimiento comercial de los Sres. Matilla. Un chorro de sangre manaba aún de su cabeza, y resbalando por la baldosa, caía en media caña. *El Polaco* no se movía ni se quejaba. Le pulsé, y tampoco le encontré el pulso. Le creí muerto y así lo dije: Y conmigo lo creyó mucha gente.

Todo lo cual ni quita para que al cabo de algún tiempo el entonces teniente y hoy capitán, Sr. Alemán se halle en Melilla, tan bueno y tan sano, y *el Polaco* esté en Priego, tuerto, sí, pero en su cabal salud.

Desde entonces, cuando veo a D. Gerardo en Málaga, donde va con frecuencia, o a su agresor en Priego, no lo puedo remediar, mas se me viene a las mientes el título de una comedia que hacía el graciosísimo Albarrán y que era: "*Dos muertos y ningún difunto*".

A los cuatro días de este sangriento suceso se descubrieron los autores del robo hecho a D. José Lozano Madrid durante el mes de mayo. La gracia de este descubrimiento estuvo en que uno de los criminales, contestando al cargo que se le hacía por otro delito posterior, creyó que se refería al robo del Sr. Lozano, y él mismo se delató así como a sus compañeros.

El 25 de agosto estando yo en Málaga, murió mi buen y leal amigo D. Rosendo Moreno Barranco.

El 30 de agosto se produjo otro eclipse total de sol, muy parecido al reseñado extensamente en el 28 de mayo de 1900 razón por la cual omito los detalles de éste; pero anotaré que según los astrónomos, en el siglo actual, y por lo tanto los vivientes no volverán a ver en España otro eclipse total de sol.

El 25 de noviembre, un malhechor apodado *Reverte* que merodeaba en esta comarca fue batido en la Sierra de Campos por las fuerzas de la Benemérita que andaban en su persecución. Aunque herido en la refriega, pudo escapar y ocultarse en el Cortijo del Romeral, de D. Carlos Aguilera. Sabedor de esto el entonces jefe de policía, D. José Barranco salió de Priego con algunos guardias del municipio y llegando a la casa donde *Reverte* se guareciera, le

intimó la rendición. Entregóse aquél siendo conducido a la cárcel de esta ciudad.

En la cosecha de aceitunas de este año se utilizó por primera vez la electricidad con fuerza motriz. El contrato de instalación lo hicimos al mismo tiempo y con la propia casa constructora, que fue la de D. Felipe Herrero de Antequera, el presbítero, D. José Luque Serrano y yo.

Como dicha casa no pudiera terminar las dos instalaciones en este año, ultimó la del molino aceitero que el Sr. Luque Serrano tenía en la calle Alta, y en el año venidero la del mío.

A partir de entonces son muchas las fábricas e industrias en que se ha montado y funcionan con motor eléctrico.

## Año 1906

**E**l 31 de mayo se celebró la boda del rey D. Alfonso XIII con Doña Victoria Eugenia en el templo de San Jerónimo, de Madrid.  
Al volver la comitiva a Palacio, el anarquista Borrás, natural de Sabadell, arrojó desde un balcón de la calle Mayor una bomba explosiva sobre la carroza regia, determinando gran número de muertos y heridos.  
La noticia, que yo supe en Málaga aquella misma tarde, produjo hondísima impresión y atrajo sobre el infame regicida la exageración general.

Durante los días de la Feria de Córdoba, que fue en los primeros de junio, se sintió un calor sofocante en toda Andalucía. Efecto de él, y debido a una insolación que sufriera, cayó enfermo de fiebres malignas mi amigo D. Manuel Carlos Ramírez Roca, estando grave todo el mes de Junio y convaleciente largos meses después.

Por primera vez en mi vida acudí a los Juegos Florales convocados en Córdoba para el día 20 de junio. Mandé una poesía titulada "Amor" al Tema primero y obtuvo el primer Accésit.

Fue Reina de la Fiesta, la Srta. de Alvear y Mantenedor Julio Burell.

Los festejos de agosto en Málaga, se celebraron este año con gran solemnidad. Yo los presencié y desde allí mandaba al "*Diario de Córdoba*" bajo el título de "*Crónicas Malacitanas*", la reseña en verso y en tono festivo, de cuantos números se realizaron.

## Año 1907

El primero de abril se celebraron unos Juegos Florales en Cádiz que resultaron brillantísimos. Tuvieron lugar en el Gran Teatro, espléndidamente decorado. Fue elegida Reina de la Fiesta la Srta. De Moreno Mora, sobrina de aquél gran gaditano D. José que donara a su ciudad el magnífico hospital que lleva su nombre. Actuó de mantenedor D. Antonio López Muñoz en suplencia de Moret que por una desgracia de familia no pudo concurrir a la fiesta.

Yo asistí a ella acompañado de mi hija Paulina.

En el Tema festivo obtuve el premio por mi poesía en esdrújulos, "A una Romántica", recibiendo como regalo un reloj de oro. En el Tema patriótico me concedieron un Accésit por otra poesía titulada "El soldado español".

En los Juegos Florales celebrados el 7 de Junio en el Palacio de Carlos V de Granada obtuve "Mención Honorífica" por mi trabajo poético denominado "Fides".

En la tarde del 23 de septiembre falleció repentinamente en su finca del Cañuelo mi amigo D. Manuel Alcalá-Zamora a quien debí muchas distinciones y cuya muerte me impresionó dolorosamente. Era el finado persona muy docta, sobre todo en administración: Fue secretario de este Ilustre Ayuntamiento por largo espacio de tiempo y profesor gratuito de la juventud, casi toda su vida. Coincidiendo con su muerte estalló una formidable tormenta de las mayores que se han conocido.

Esta tormenta que abarcó todo el mediodía de España fue la que produjo la famosa, cuanto triste, inundación de Málaga. En ella hubo víctimas sin cuento y destrozos enormes, desbordado el Guadalmedina, inundó por completo los barrios del Perchel y de la Trinidad y donde el agua llegó hasta los balcones, y casi todo el centro de la capital. Esta parecía, en aquella horrible noche del 23 al 24 la prolongación del mar. El sedimento de cieno que la avenida dejó, hizo que durase cuatro meses la limpieza de las calles, y esto, gracias a un servicio activísimo de vagonetas.

El 15 de octubre se celebró el casamiento de mi hija Paulina con D. Pedro Galisteo y Pérez, capitán de Infantería.

El 30 de octubre falleció repentinamente mi pariente y amigo D. Ramón Linares Martos cuya muerte fue muy sentida.

A último de otoño se organizó una Estudiantina con los individuos que componían la Cruz Roja, institución recién creada aquí y que duró poco tiempo. Tuvo esta Estudiantina por objeto recaudar fondos para socorrer a los damnificados en la ya descrita inundación de Málaga; y los que se recogieron me fueron entregados para que lo llevase a dicha capital, como en efecto, lo hice

aquella Pascua de Navidad, entregándoselos al Presidente de la Cruz Roja malagueña, D. Francisco de Paula Luque Leal.

También es de anotar este año, que en él se recolectó, en general, y muy especialmente en Priego, la más abundante cosecha de aceituna conocida, superior a la del año uno y a cuantas después hemos tenido. En mi molino se elaboraron más de 14.000 fanegas y en muchos otros, cantidades semejantes.

## AÑO 1908

Lector: ¿te acuerdas de aquel niño recién nacido que en mayo de 1875 fue llevado por sus padres a la iglesia de San Francisco, y que al ver el retablo adornado, comenzó a llorar por primera vez en su vida y a mover el bracito en señal de protesta y desaprobación de todo aquel adorno y aderezo?

Pues ya pareció el *nene*, sino que ya no es nene; ya que es un mozo de treinta y tres años y pelos... en la barba, porque tiene barba corrida y muy bien cuidada.

El cual mozo, entre sus muchas y notables aptitudes posee la especialísima de -o por intuición, o por estudio, y yo creo que por ambas cosas- ser una verdadera y reconocida autoridad en gusto estético, y dar la nota de belleza, originalidad y elegancia a cuanto arregla, dispone o decora.

Esta felicísima disposición nos la anunció ya en el día de marras y nos la ha comprobado cumplidamente después. Años hacía, desde los primeros del siglo, dedicóse a modificar embelleciéndolo, el retablo destinado a lucir en las grandes fiestas de Nuestro Padre Jesús en la Columna, pero a partir del presente año ocho, así como en los sucesivos, ha sido el director y -perdóneseme la puerilidad de la frase- el *ponedor* de la ornamentación en ambas hermandades, de la Columna y del Nazareno, amén de otros decorados, tanto religiosos cuanto particulares.

Su éxito ha sido tan grande que ha tenido la habilidad -que yo llamaría milagrosa- de lograr que a los nazarenos le gusten, hasta el encomio, los adornos empleados en la fiesta de la Columna, y que a los columnarios les satisfagan hasta ponderarlos, los del Nazareno; coincidencia de juicios no conocida hasta ahora, por lo cual ambas reales Cofradías, para patentizarle un justo reconocimiento han declarado exornador perpetuo y gratuito de sus cultos al Sr. D. ... (me callo el nombre por no herir su modestia, pero si algún curioso quiere saberlo, búsquelo en el año 1875 de estas "Memorias", o en el Libro de Nacimientos del archivo Parroquial, año citado y día 19 de mayo).

En los juegos florales celebrados en Málaga el 22 de agosto obtuve el primer accésit en el tema patriótico, por mi poesía que lleva por título "*Canto a la Bandera*".

El 24 de septiembre se verificaron en Cádiz otros juegos florales, y en ellos se me concedió el premio del tema festivo por mi poesía "*Canto a las Feas*", y como regalo un quinqué eléctrico de mesa.

En los juegos florales de Jaén, celebrados el 24 de octubre, obtuvo un accésit mi poesía nominada "*La mujer española*".

Así como al final del año anterior anoté la circunstancia de haber sido el más copioso de aceituna de cuantos he conocido, debo citar éste como contraposición a aquél. No ha habido otro más escaso: la cosecha fue tan mala que, generalmente, se recolectó el cinco por ciento de la pasada.

El cogido, en Priego, estaba casi terminado al llegar la Pascua, y los molinos se cerraron poco después: yo terminé la elaboración el 8 de enero siguiente, ascendiendo en total a 868 fanegas.

## AÑO 1909

**E**l domingo 24 de enero, viviendo en Carcabuey, dio a luz mi hija Paulina una niña. Ésta murió aquella misma noche, y al día siguiente fue acometida mi hija de calenturas puerperales que, desgraciadamente, no pudieron ser cortadas a pesar de la asistencia diaria de cuatro médicos de Priego y de Carcabuey.

Falleció a las 5 de la mañana del martes 9 de febrero, asistiendo a su entierro numerosísimo personal de dicha villa y no menor número de esta ciudad que la rindieron ese último y piadoso tributo, no obstante la inclemencia del día nevoso y frío en extremo.

D. Juan Bautista Galisteo y Alba, en cuya casa murió, su marido D. Pedro, sus hermanos políticos y toda aquella distinguida familia, extremaron de tal modo sus cariñosos cuidados con la enferma y su hospitalidad y atenciones con los míos y conmigo, que a fuer de hombre agradecido, y en nombre de todos, debo consignarlo aquí.

El mes de marzo se presentó un fuerte y prolongado temporal que hacía imposible todo trabajo en el campo. Para socorrer a los pobres salió una comisión del Ayuntamiento y contribuyentes en demanda de fondos, logrando una buena recaudación. Se comenzó a dar pan a seguida y al poco tiempo dejó de llover, por lo cual, y como no se hubiera consumido todo el dinero recaudado, se devolvió el remanente en la debida proporción a los donantes.

En los juegos florales celebrados en Sevilla el 5 de mayo, me concedieron un accésit por una "*Colección de veinticinco cantares*".

En los que tuvieron lugar el 24 de mayo, en Córdoba se me agració con otro accésit, por mi poesía titulada "*Mayo*".

En los celebrados en Granada el 17 de junio obtuve un nuevo accésit, en el tema patriótico por mi romance histórico que lleva por título "*La Toma de Granada*".

Con motivo del recrudecimiento de la guerra de Melilla y del llamamiento de las reservas, en la segunda quincena de julio, se produjo la semana sangrienta en Barcelona, entendiéndose por tal, la última de dicho mes.

El 29 de septiembre, las tropas españolas al mando del entonces coronel D. Miguel Primo de Rivera, tomaron el fatídico monte Gurugú, cercano a Melilla, donde tantos compatriotas nuestros hallaron gloriosa muerte en aquel verano.

La noticia, comunicada a Priego en el mismo día, hizo salir por la noche a la música marcial ejecutando himnos patrióticos por las calles, en señal de regocijo, mientras la campana del reloj tocaba la queda y la gente paseaba satisfechísima del triunfo.



En los juegos florales celebrados en Écija el 3 de octubre, concedieron "Atención honorífica" a mi poesía titulada "*La Caridad*".

El 13 de octubre, fue fusilado en Barcelona por su culpabilidad en los hechos de la Semana sangrienta, el director de la Escuela Moderna y maestro de anarquistas, Francisco Ferrer Guardia.

El 6 de noviembre recibí el título nombrándome académico correspondiente de la Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

## AÑO 1910

**E**l 14 de marzo murió mi tío carnal D. Francisco Valverde Penche, último alcalde de la época de Isabel II y persona de tanta ilustración como acrisolada honradez.

Mis primos D. Julián, D. Francisco de Paula y D. Juan María Valverde, que quedaran huérfanos en temprana edad y lo mismo mis hermanos y yo, que también pasamos por igual desgracia, tuvimos en nuestro tío un segundo padre.

El 2 de abril, esto es, en plena primavera, estuvo nevando casi toda la mañana. Por la tarde se enterró a D. Luis Alcalá-Zamora Franco.

Desde principios de año, la prensa periódica que en todo halla motivo para excitar la atención y aumentar su venta nos tenía, si no alarmados -que muchos en realidad lo estaban- al menos intrigados con la aproximación y paso cerca de la tierra del cometa Halley, cuyo momento más crítico sería el 18 de mayo.

Decíase que esa noche peligraban los habitantes de nuestro planeta, porque éste atravesaría o pasaría muy próximo a la cola del cometa, lo que podría determinar un altísimo grado de temperatura, o bien la asfixia por enrarecimiento del aire, en suma, que estábamos en peligro de ser exterminados por el coletazo del monstruo sideral.

Con estas bolas que sembró la prensa en el campo abonado de la ignorancia, hubo muchas personas que hicieron testamento y aun recibieron los Sacramentos, para disponerse a bien morir, presas de un terror milenar.

Llegó, al fin, la fatídica noche del 18 y el cometa pasaría más o menos cerca de la tierra, pero el hecho fue que nos perdonó la vida y que al día siguiente pudimos repetir muy tranquilos con el gran Quintana:

"El globo, en tanto, sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío".

El 10 de agosto y días subsiguientes se celebraron en Antequera grandes fiestas en conmemoración del primer Centenario de la gloriosa muerte del capitán Moreno.

Entre ellas descollaron unos juegos florales a los que se les dio el carácter de solemnidad nacional, siendo invitado el Rey para presidirlos, quien delegó en el Capitán General de Andalucía, Sr. Delgado Zulueta, que fue quien los presidió.

Fue mantenedor en ellos, pronunciando un hermoso y patriótico discurso, el entonces Coronel -hoy General- D. Miguel Primo de Rivera, el mismo que en 29 de septiembre del año anterior tomara a los moros el monte Gurugú, y el propio, también, que rescatara con D. Eloy Caracuel el cadáver del General Margallo.

En esos juegos florales me fue concedida la Flor Natural por mi poesía titulada "*Canto a la Patria*", teniendo el honor de elegir Reina de la Fiesta a la

señorita Ana María Moreno Fernández de Rodas. También obtuve el regalo del rey, consistente en una estatua de bronce, simbolizando "*La idea en marcha*".

Con este motivo, pasé cuatro días en Antequera, brindándome hospedaje en su casa, que me vi obligado a aceptar, la señora doña Ana Fernández de Rodas, madre de la Reina de las Fiestas, la cual señora, así como todos sus hijos me colmaron de atenciones y obsequios, a los que siempre les quedaré reconocido.

El 20 de agosto, en los juegos florales celebrados en Málaga, me concedieron "Mención honorífica" en el tema festivo, por mi soneto "Caso de conciencia".

El 30 de septiembre, y en los juegos florales verificados en Guadix, obtuve el premio ofrecido al tema 22 por mi poesía nominada "*La mujer gadixense*".

Por cierto que esta vez ocurrió una cosa inaudita: dicho premio llevaba adjudicado un regalo consistente en un objeto de arte. El depositario del regalo era el alcalde de Guadix, D. Alfonso Labella, mas como se trataba de un objeto de arte, tuvo el arte, aquella autoridad de quedarse con él.

Le escribí reclamándoselo y no me contestó; se lo pidieron en mi nombre personas de respeto, y se excusó con evasivas y dilaciones, hasta que hartado ya desistí de mi demanda.

Así, a cada cual lo suyo; y a D. Alfonso Labella lo suyo y lo mío.

## AÑO 1911

**E**n el mes de enero vio la luz pública un tomo de que soy autor bajo el título "Poesías Meridionales", el cual fue editado en Madrid.

El Viernes Santo, cuando Jesús Nazareno subía al Calvario, comenzó a nublarse rápidamente con aspecto tormentoso. Los que íbamos en la procesión creímos que antes de que ésta descendiera descargaría una nube oscurísima que nos amenazaba. Con tal motivo se activó el regreso. Al paso de la procesión por la calle de Alcalá-Zamora cayeron las primeras gotas y esto hizo que se precipitara el reingreso de Jesús en San Francisco. Todavía estuvo la tormenta latente algunos minutos, pero a las dos y media de la tarde estalló por fin de un modo formidable.

Sobrevino una granizada espantosa, siendo los que caían tan gruesos y en tal cantidad que pronto se cubrió el suelo. A los pocos minutos cesó la descarga y cuando ya se creía que todo había pasado, repitió la pedrea con mayor furia y por más rato. Temióse que los destrozos serían generales y de gran consideración a juzgar por lo que se veía.

Afortunadamente nos equivocamos: la tormenta fue tremenda, mas su radio de acción no llegó casi a las afueras del pueblo; se circunscribió a Priego, por lo que puede añadirse que ésta fue una tormenta urbana ¡bien haya su urbanidad!

El 3 de junio, y en los juegos florales verificados en el Palacio de Carlos V de Granada, obtuve el primer accésit en el tema patriótico por mi poesía *¡España es inmortal!*

El 29 de junio, día del Príncipe de los Apóstoles, dio la nación española la muestra de catolicismo y de religiosidad más elocuente que darse puede.

Celebróse en esa fecha, en Madrid, el Congreso Eucarístico Internacional vigésimo segundo en el número de los que se vienen realizando en todo el Orbe, pero éste de la capital de España hizo época, no sólo por su indescriptible grandiosidad, sino por la repercusión que tuvo, por el espíritu de solidaridad que alcanzó en todo el Reino.

En Priego se celebró con tal brillantez y magnificencia que nadie, ni su mismo iniciador y organizador, pudo esperar.

Cúpole tan honra a nuestro digno Arcipreste y Cura Párroco D. Evaristo Meléndez Alarcón: a nombre de él y de los hermanos mayores de todas las cofradías se invitó al pueblo por medio de una hoja que yo tuve el gusto de redactar, a los tres grandes actos que habían de celebrarse el jueves 29 de junio; y eran a saber:

- 1º Comunión general, en la Parroquia, a las ocho de la mañana.
- 2º Función religiosa, con exposición de su Divina Majestad en el mismo templo, a las nueve y media.
- 3º Solemne procesión del Santísimo Sacramento a las seis de la tarde.

Además se invitaba al vecindario para que hiciera profusa ostentación de iluminaciones y colgaduras a fin de que la ciudad entera diera una nota acorde en el concierto universal que se preparaba.

Todo el pueblo correspondió con largueza a lo que se pedía, la víspera del gran día, por la noche, los edificios públicos y particulares ostentaban brillantes iluminaciones, siendo muchas de ellas de exquisito gusto. Los vecinos anejos a cada iglesia se habían asociado también para decorar e iluminar a su costa las portadas de sus respectivos templos, las cuales aparecían resplandecientes.

El día 29, desde que rayó la aurora, hallábase la Parroquia llena de fieles, quienes se preparaban a recibir la Sagrada Comunión. Administróse a la hora indicada y tal fue el número de personas que acudieron a recibirla, que no se ha conocido cifra igual. El divino acto duró horas enteras, y las comuniones se recibieron a miles.

La función religiosa que se verificó inmediatamente después, revistió inusitada brillantez y se celebró a iglesia llena.

Por último, la procesión fue de los actos más imponentes que se han registrado en Priego. Salió de la Parroquia a las 6 de la tarde; tarde que hacía un calor tropical por el aire solano que reinaba, y a pesar de esto jamás se ha visto mayor acompañamiento en casos semejantes.

Iba el Santísimo Sacramento en la misma custodia en que va el día del Corpus, bajo palio, que llevaban personas principales, y rodeado del clero; seguían y formaban la presidencia las autoridades locales con el Ayuntamiento; acompañábale también funcionarios y fuerza pública y, por fin, todas las cofradías con sus insignias, una multitud de fieles, la banda marcial, la música de capilla, etc.

El orden y compostura eran admirables. Las calles estaban alfombradas de plantas olorosas y de flores. Las casas engalanadas e iluminadas. Muchos balcones ostentaban trofeos alegóricos y lemas que simbolizaban el augusto carácter de la fiesta. Los pórticos de las iglesias hallábanse artísticamente decorados y abiertos los canceles. Los huecos de todas las casas rebosaban de gente ataviada con sus mejores ropas. Las vías públicas invadidas por la muchedumbre que reverentemente se arrodillaba al paso de Su Majestad.

Y así, con este aparato, con esta pompa, con este irreprochable orden, hizo la procesión, no sólo el recorrido que lleva en la festividad del Corpus, sino una ampliación del mismo, subiendo por la calle de Prim y bajando por la de Málaga.

Brillantísima fue la entrada en el templo parroquial y edificante y conmovedora, por último, la bendición que con la Divina Hostia, y a iglesia plena, nos dio el Sr. Arcipreste; con cuyo acto terminó esta inolvidable solemnidad religiosa.

El 17 de septiembre se celebró en la plaza de toros un festival taurino, dado por distinguidos jóvenes, y así mismo, carreras de cintas, que evidenciaron la destreza de los carreristas, quienes cogieron gallardamente los codiciados premios.

Presidieron bellísimas y elegantes señoritas, que obsequiaron con largueza a cuantos tomaron parte en el torneo.

## AÑO 1912

**E**l 28 de abril se celebró en Granada la boda de mi hija Mercedes con D. Rafael Jiménez de la Serna y Damas, abogado y propietario de aquella capital.

El 3 de mayo, cuando yo regresaba a Priego me encontré en la estación de Puente Genil a mi antiguo amigo y compañero D. Pedro Alcalá-Zamora, a quien no conocí por lo pronto; tan desfigurado y desmedrado le tenía la enfermedad mortal que estaba padeciendo.

Desde allí, vinimos juntos a Priego.

Aquí se hospedó en casa de su sobrino D. Alfredo Calvo Lozano quien, así como su familia, le prestaron no sólo generosa hospitalidad sino exquisita Asistencia en su terrible e incurable mal hasta que finalizó sus días en uno de los últimos de julio del mismo año.

D. Pedro Alcalá-Zamora que era algo menor que yo, había perdido a su padre en 1874 y a su madre en el siguiente, de modo que a los 17 años era huérfano. Esta desgracia fue causa de que sin el consejo y el freno paterno, emprendiera una vida de ostentación en las principales cortes europeas, sobre todo en Roma, y agotase su fortuna, que era cuantiosa, en doce años.

Pero él que no supo ser rico, supo ser pobre: cuando quedó sin patrimonio, acomodóse a sus circunstancias; estudió, trabajó, escribió, quedándose casi ciego a fuerza de escribir, y sin molestar a nadie dominó su situación, vivió decorosamente, colaboró en muchas publicaciones, dejó algunos libros originales, tradujo obras extranjeras, entre ellas la famosa novela "*Quo Vadis*", y, en suma, fue más grande siendo pobre laborioso que rico holgazán. Por eso su ruina a nadie perjudicó, sino a él, no le humilló, le enalteció.

## AÑO 1913

**S**eñalóse el Carnaval por un tiempo malísimo: frío, viento, lluvia, vamos, que no se podía salir a la calle ni aun vestido de máscara; por eso hubo tan pocas, y esas pocas gracias al *abrigo* interior; ¡y tan interior! que llevaban.

Los últimos días de mayo, fiesta de la Soledad, fueron muy siniestros. En ellos murió el Sr. Liñán, maestro director y concertador de una compañía de zarzuela que a la sazón actuaba en ésta; Francisco Castro, padre del Pbro. D. Vicente, y por si esto fuera poco, se desencadenó una fortísima tormenta y cayó un rayo en la casa de la finca "Padres del Carmen", matando a un operario de ella.

La procesión de la Virgen no pudo salir.

La noche del 7 de julio se acometió un crimen monstruoso.

D. Juan Gámiz Calvo, anciano septuagenario que vivía solo y gozaba fama de rico, fue degollado y robado en su propio domicilio de la calle Acequia. La baja temperatura que hacía aquella noche favoreció la impunidad del o de los criminales. Nadie se apercibió del atroz delito hasta la mañana siguiente en la que la criada fue a casa del finado y lo encontró muerto en el portal, sobre extenso charco de sangre coagulada.

Este crimen conmovió profundamente al vecindario, que en mucho tiempo no cesó de comentarlo. La impunidad en que hasta ahora ha quedado, presta a tan odioso delito más triste celebridad.

El 18 de diciembre falleció mi buen amigo y compañero D. Alfredo Calvo Lozano, después de larga y penosa enfermedad.

## AÑO 1914

**E**mpezó este año con un frío extraordinario. La noche del primero al dos de enero marcó el termómetro la temperatura no conocida en tres generaciones: 8 bajo cero. A las once de la mañana de ese día dos, aún señalaba en mi patio, y a sol tendido 5 bajo cero. La poca gente que se atrevió a salir al campo tuvo que volverse.

En el mes de marzo hubo un concurso internacional de aceites en Niza. Algunos fabricantes de Priego mandamos muestras de los nuestros y tengo la satisfacción de consignar que a todos se nos concedió medalla de plata, con su diploma acreditativo que conservamos. Ningunos aceites de España obtuvieron triunfo tan señalado como los de Priego.

Los concursantes premiados fueron siete, a saber: D<sup>a</sup> Amelia Lozano Sidro, D<sup>a</sup> Paulina de Castilla Ruiz, D. José Luis de Castilla, D. Antonio Ruiz Amores, D. Luis Ruiz Santaella, D. José Serrano Ramos y yo.

En los juegos florales que celebrara Sevilla después de su famosa feria de abril, actuó de mantenedor nuestro paisano D. Niceto Alcalá-Zamora. El elocuente orador e importante hombre político que paso a paso se labrara una reputación en el parlamento y en el foro, que había sido diputado a Cortes en varias legislaturas, Director general de Administración local y Subsecretario de la Gobernación, fue invitado por el Ateneo hispalense para que llevara la voz y mantuviera el fuego sagrado de los grandes ideales Fides, Patria, Amor en aquella solemne fiesta de la poesía y de la belleza.

Nuestro ínclito paisano, que ya ejerciera tan honroso cargo años pasados en Valencia, pronunció un brillantísimo discurso en Sevilla cosechando muchos y merecidos aplausos.

El 16 de mayo comenzó a funcionar a diario y con toda regularidad "*La Aurora*", empresa de automóviles que hacía el servicio público de Priego a Cabra y viceversa. El gerente de esta empresa, era D. Carlos Berral Carretero, persona muy apreciada en Priego.

Este medio de locomoción ya tuvo precedentes, en el verano del año uno, en que otra empresa implantó aquí el servicio público de automóviles, pero a vapor, y tan pesados que a lo mejor, o a lo peor, se paraban, y era problemático que llegaran a su destino. Tal empresa fracasó a los tres meses, pero la de ahora, con vehículos elegantes y ligeros, fue agradablemente recibida y bien pronto se utilizó por todos.

El 30 de mayo se celebraron en Córdoba, y en el gran salón del Círculo de la Amistad unos juegos florales.

En ellos me concedieron la Flor Natural, por mi poesía titulada "Los emigrantes", que tuve el honor de leer, así como otra dedicada a la Reina de la Fiesta, señorita Paula Vázquez Romá.

Fue mantenedor de esta solemnidad literaria el insigne poeta cordobés Sr. Blanco Belmonte, quien hizo un trabajo delicadísimo en verso.



En los últimos días de julio, y con motivo del crimen de Sarajevo, recientemente cometido, el Imperio de Austria-Hungría impuso ciertas condiciones a Servia, que ésta creyó humillantes, y que se resistió a aceptar, al menos en todas sus partes. Compelida y amenazada esta última nación por su poderosa enemiga, vióse bien pronto amparada por Rusia, quien se lo comunicó así a Austria.

Frente a frente ambos imperios, muy a seguida las potencias afines o aliadas a cada uno de ellos se sumaron a los primeros contendientes, y hechas las declaraciones de guerra con una ligereza abominable, aquélla estalló y como reguero de pólvora incendió a Europa, sobreviniendo la lucha más atroz, más sangrienta y más inicua que han visto los siglos.

En el comienzo del año 17 me ocuparé más extensamente de ella, emitiendo allí mi modesto pero sincero juicio.

## AÑO 1915

Tuvimos una feliz entrada de año bajo el aspecto cultural.

En el Casino se celebraron tres brillantes veladas lírico-literarias en los días 10, 17 y 31 de enero. Todas ellas estuvieron muy concurridas y el galante cuanto distinguido público -cuya nota más simpática la daban nuestras bellas paisanas- estuvo deferentísimo y extremó su benevolencia con los que tomaron parte en dichos actos.

La primera fue presidida por D. Niceto Alcalá-Zamora quien pronunció un discurso, elocuente como suyo, y lleno de amenidad y donosura. La segunda, tuve yo el honor de presidirla y la tercera, el letrado D. Juan Callava Fernández quien nos dio una conferencia tan llena de doctrina como correcta en la forma. Además tomaron parte en dichas veladas, como disertantes, los Sres. D. Francisco Ruiz Santaella, D. Miguel Carrillo Talión, el Sr. cura párroco de Alcalá D. Elías Hurtado, D. Simón Rubio Chávarri, mi hijo D. José. Tomás, por sí y por su primo D. Antonio Castilla y Abril, D. Manuel Núñez Torralbo, D. Manuel Rey Cabello, D. Baldomero Rodríguez Cobo; y en la parte musical los Sres. Cano y D. Antonio Espino.

En los primeros días de febrero y como derivación y fruto de las veladas, comenzó a editarse por D. José Bergillos en su imprenta "*La Aurora*" y a publicarse el periódico local "*Patria Chica*" decenalmente primero y semanalmente después, el cual tuvo una vida próspera, llegando a confeccionar un número extraordinariamente ilustrado en la feria de este año, pasada la cual, y por circunstancias que no son del caso referir, acabó su publicación. Su historia puede condensarse en el título de un famoso drama de Echegaray: "*Vida alegre y muerte triste*".

En el mes de mayo, el padre fray Melchor de Benisa, muy admirado ya aquí, predicó tres magníficos sermones en los últimos días del solemne novenario dedicado a Jesús Nazareno, quedando el público verdaderamente encantado de oírle.

A Nuestra Señora de la Soledad le predicó este año el incomparable orador sagrado D. Luis Calpena y Ávila.

En los juegos florales celebrados en Jaén el 30 de mayo, concedieron a mi poesía "*Canto a la primavera*" el premio extraordinario de S. M. el Rey, consistente en un artístico reloj de bronce dorado, para mesa, estilo Luis XV.

Asistí a dichos juegos leyendo mi poesía y teniendo el gusto de prestar homenaje a la hermosa reina de la fiesta, Srta. de Azpitarte, así como de oír el elocuente discurso del mantenedor D. Luis de Zulueta.

Al día siguiente de mi regreso de Jaén, recibí un oficio del Secretario de la Cruz Roja de Cartagena, Sr. Moncada, comunicándome la concesión de la "Flor Natural", en los juegos florales que habían de celebrarse en dicha plaza el 12 de junio por mi poesía titulada "El primer sí", además se me invitaba a asistir a ellos, o a delegar en otra persona mi representación.

Como estos juegos coincidieron con las fiestas del Corpus de Granada, que no quería perder por pasarlas con mis hijos, escribí al Sr. Moncada excusando mi asistencia a aquéllos y rogándole me representase, como lo efectuó, según carta descriptiva del acto que me enviara, y con ella el regalo anejo al premio también del Rey, que consistía en un magnífico servicio de té, encerrado en lujosa vitrina de palo santo, la que desplegándose en cuatro hojas le sirve de mesa.

Desde mayo de 1894, no se había celebrado ninguna visita pastoral en Priego, y a llenar ese santo requisito vino este año el nuevo Obispo de Córdoba, Sr. Guillaumet y Coma, haciendo su solemne entrada en la tarde del 7 de septiembre, siendo recibido por el Clero, autoridades locales, comisiones de todas las cofradías y numeroso pueblo, con cuyo acompañamiento se dirigió a la iglesia parroquial.

En dicho templo, después de las preces de ritual, subió al púlpito e hizo una sentida plática.

Hospedóse en casa del Pbro. D. José Morales Porras.

Ejerció aquí su alto ministerio por espacio de dos semanas, durante las cuales visitó también la población rural, y salió de esta ciudad para Carcabuey en la tarde del 21 de septiembre, siendo cariñosamente despedido por el elemento oficial y por el pueblo.

El 11 de noviembre murió mi tío D. Santiago Serrano Ruiz, ex-diputado provincial y ex-alcalde de Priego.

Fue éste también un año copioso de aceituna, y la cosecha en él recolectada, de fruto sano y de buen rendimiento si no llegó a la exuberancia del año 7, igualó a la abundancia del año 1.

## AÑO 1916

**E**n las funciones de mayo volvió a predicar otro triduo de sermones a nuestro Padre Jesús Nazareno, el docto religioso del convento de Totana, fray Melchor de Benisa.

En el novenario de Jesús en la Columna fue orador sagrado el Sr. Vázquez Camarasa, magistral de la Catedral de Madrid.

El 15 de mayo, y con la obra traducida del francés "*Divorciémonos*", debutó en nuestro coliseo la eminente actriz Rosario Pino Bolaños, honra del Teatro Español.

Terminó su temporada el día 24, obteniendo un triunfo escénico cada noche.

El 13 de junio se representó en el Teatro Vital Aza de Málaga por la compañía dramática de Martínez Tovar, mi tragedia "*Imelda*" haciendo el papel de la protagonista la excelente actriz Conchita Torres, que dio gran realce a la obra y contribuyó con su mérito artístico al éxito obtenido.

La segunda mitad de este año resultó verdaderamente fúnebre para nuestro pueblo: tal fue la cantidad y calidad de personas fallecidas, registrando aquél sólo los nombres y fechas de que me acuerdo: el 28 de junio murió mi amigo y compañero de estudios en Granada, el reputado médico D. Rafael Entrena Rico; el 30 mi entrañable amigo y compañero, el ilustre abogado D. Enrique Castillo Aguilar, a quien nunca olvidaré; el 18 de julio, en Marmolejo, D. Felipe Herrero Brieva; el 22, D. Cristóbal Matilla Luque, laborioso y honrado industrial, a quien también me unía un cariñoso afecto; el 25, día de Santiago, D. Narciso Arjona López, amigo muy querido que siempre me tuvo las mayores distinciones, y alcanzó de vida 90 años y medio.

El primero de agosto se celebraron los juegos florales colombinos, en Huelva, y en ellos obtuve el accésit al tema de honor por mi trabajo poético titulado "*Andalucía*".

El 3 de septiembre fue asesinado vilmente el hijo del estanquero de Lagunillas, cuyo matador logró escapar.

El 16 de septiembre vinieron los últimos misioneros: eran tres padres re-dentoristas de Granada. Con incansable celo ejercieron su sagrado cometido durante más de 20 días, siendo muy admirados por los fieles, especialmente uno de ellos, el Padre Miguel, a quien se le hizo manifestación de afectuosa despedida.

Continuemos la triste narración necrológica: el 29 de septiembre murió mi prima D<sup>a</sup>. Carmen Aguilera Puerto, en aras de la maternidad, dejando numerosa prole; el 12 de octubre, mi amigo D. José Aguilera Jiménez; el 28 del propio mes y el 14 de noviembre, respectivamente, mis sobrinitos Julián y Pilar,

hijos de mi primo D. Francisco de Paula Valverde; el 30 de octubre, mi muy querido tío D. Miguel Valverde López; el 21 de noviembre, el reputado fabricante D. Manuel Serrano; y, por último, cerró año tan ingrato llevándose a mi amigo de la niñez D. Laureano del Mármol.

La gloria de los justos sea con todos.

El 4 de noviembre se celebró en Granada la boda de mi hijo Carlos con la Srta. María de la Aurora Ortega Ruiz, hija de mi amigo y compañero D. Arcadio Ortega, magistrado de aquella Audiencia Territorial, y de mi prima D<sup>a</sup>. Angustias Ruiz.

## AÑO 1917

Llegamos al término de nuestro trabajo, por ahora: el presente es el último año de estas "Memorias" por lo que respecta al material archivado en la mía. Dios sea loado por haberme concedido salud y facultades para llegar hasta su término relativo.

Pero antes de consignar los sucesos correspondientes a lo que va transcurrido de este año, y como asunto de capitalísimo interés, he de exponer aquí mis impresiones acerca de la Guerra Europea, que hoy conmueve al mundo, para que sepan mis coetáneos, y sepan los que me sucedan, los dictados íntimos de mi conciencia a los cuales únicamente me atengo para emitir mi honrado juicio, en esta conflagración universal.

El día en que escribo esto es el 1º de febrero de 1917 y en él se cumplen exactamente dos años y medio del comienzo de la guerra actual.

En tan largo espacio de tiempo, la prensa de ambos mundos no ha tenido materia de preferente información que la relacionada con ese asunto internacional; los juicios críticos que al efecto se han expuesto en el periódico, en el libro, en la tribuna, han sido innumerables; los comentarios y discusiones que diariamente se suscitan entre particulares son infinitos.

Y con ser tantas las opiniones sustentadas; con ser incontables las impresiones emitidas así por el individuo como por la colectividad, yo tengo el sentimiento, no exento de indignación, de decir, que ni la prensa, ni los publicistas, ni los filósofos, ni los oradores, ni los particulares, han hablado de la guerra en el tono, ni con la justicia que debieran.

Toda esa mentalidad humana (salvo honrosas excepciones) al tratar de la guerra, lo hace para defender al contendiente que le es simpático o afín, y atacar al que tiene por contrario, pero jamás para execrar a *los dos* bandos beligerantes, y para maldecir esa lucha infame que es afrenta de este siglo y naufragio de la civilización.

Léese la prensa de las derechas, y el Káiser es un semidios, los imperios centrales, solar donde fructifican todas las virtudes cívicas; cuna del valor, dechado de patriotismo y abnegación, y sus habitantes, desde ambos emperadores hasta los últimos súbditos, han sido *arrastrados* a la guerra en contra de su voluntad, y si la hacen es siempre invocando y esperando la protección divina.

¡Qué sarcasmo! Tomar por bandera de matanza el santo nombre de Dios; de Aquél que escribió en su Decálogo: "¡No matarás!".

Hojéanse, en cambio, los periódicos de la izquierda, y el Káiser es una especie de Anticristo, y los imperios del Rin y del Danubio, patria de nuevas hordas de Atila que, como sus antecesores, gozan en llevar la muerte y la desolación donde quiera que posan su planta maldita; mientras que las naciones aliadas son cuna de la libertad, escuela del progreso y baluarte de la civilización.

Parcialismo, miserable y asqueroso parcialismo por una y por otra parte: pero yo no veo en ninguna un gesto de verdadera dignidad humana; un arranque de la razón natural inmanente en todo espíritu; una voz inspirada en la jus-

ticia que vibrando, o más bien, tronando, sobre ese torbellino de sangrienta devastación, diga:

"*Todos*, por vuestra soberbia luciferina, sois igualmente culpables; *todos*, por vuestras ambiciones desmedidas, sois reos de lesa humanidad; *todos*, por vuestros feroces procedimientos, sois autores de la más grande tragedia, del crimen más inmenso que han conocido los siglos, y *todos por igual* seréis execrados por las generaciones venideras y condenados por la Historia".

No, yo no he leído, no he oído siquiera una voz valiente que diga eso; no he oído más que la voz de la pasión interesada y lo que es peor, la de la lisonja baja, la de la adulación rastrera.

Mas como yo no ajusto mi dictado al juicio de las multitudes ni al de aquéllos que por altas mentalidades se tienen, sino a la luz de la razón y a la voz de la conciencia, inspirándome en éstas, lanzo mi protesta viril, a ser preciso contra el mundo entero, para declarar sin eufemismo, rotunda, clara y castellanamente que esta guerra, desde sus móviles de mezquinos intereses, hasta sus procedimientos bárbaros, crueles y traidores, constituye la mayor iniquidad que han cometido los hombres y que, con la sola excepción de Bélgica, considero igualmente culpables a *todas* las naciones hoy en armas, y dentro de las naciones a los que rigen sus destinos.

¿Os parece duro el juicio y fuerte el calificativo? ¡Ah!, pues son de una lenidad casi seráfica, si se tiene en cuenta la causa que los determina.

En efecto; si el simple homicidio es uno de los delitos mas graves, porque priva de la vida al ser humano, llevando por ende aparejada su condigna sanción penal, ¿qué delito será aquel que arranca la existencia a millones de seres, y cuál sería la pena con que debiera castigarse?

Pero he hablado de millones de muertos... En el seno de Dios gocen de paz; mas no se concreta a ellos la magnitud de la catástrofe, porque hay algo más terrible que la misma muerte; ¡el dolor humano sin esperanza ni consuelo!, y ese dolor es el que ahora se cierne sobre el mundo, siquiera el mundo no se dé cuenta exacta de su alcance y de su intensidad.

Si por arte sobrenatural -que no de otro modo ha de formularse esta hipótesis- si por arte sobrenatural fuera posible que la humanidad abarcara de un solo golpe de vista el inmenso panteón que supone ese yacimiento de nueve millones de hombres, los que, aun hacinados, necesitarían mas de tres mil hectáreas para ser allí pasto de los gusanos; si apartando los ojos de ese vastísimo cementerio terrestre hundiéralos en el fondo del mar y viera otro segundo formidable sarcófago donde miles y miles de semejantes nuestros, después de horrible agonía, son devorados por los monstruos marinos; si luego mirara pasar en procesión inacabable nuevas millonadas de heridos, enfermos, inútiles y enloquecidos que ayer fueron carne en flor y espíritu en luz y hoy son pingajos de carne y almas ensombrecidas; si tras de este siniestro cortejo siguiera viendo, más numeroso aún, el desfile de las madres, de las viudas y de los huérfanos, cuyo dolor clama al cielo y cuyas lágrimas inundan la tierra; y si para complemento de este cuadro de horrores y para iluminarlo mejor viera, por último, arder ciudades enteras, y derrumbarse templos, y saltar puentes, y destruirse fábricas, y hundirse navíos, y luchar, no como guerreros, ni aún como fieras, sino como demonios, en tierra, mar y espacio esos hombres, en mal hora nacidos, de seguro que la humanidad, hoy indiferente o tocada de insensato parcialismo, sentiría el escalofrío del espanto, precursor, mediante la reac-

ción psicológica, de la indignación sublime, y a una voz lanzaría el apóstrofe de su justa y desbordada cólera en contra de sus verdugos.

Pero ¡ay! ¡pobre humanidad! La mayor parte de ella es inconsciente y piensa y siente y cree lo que por inducción malsana le hacen pensar, sentir y creer aquellos que, debiendo dirigirla por senda saludable, la extravían por caminos de perdición. "*Lasati sumus in via iniquitatis et perdicionibus, et ambulavimus vias difficiles, viam autem ignorabimus*". "Nos hemos perdido por el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos falsos, y hemos ignorado el camino del Señor".

Estremece considerar que en medio de esta hecatombe humana, todavía haya hombres ¡y españoles! que pretendan arrastrarnos a la lucha. Pero no lo conseguirán; que si España ha cometido muchos errores, hoy está demostrando una sensatez, una equidad y un instinto de conservación tan plausibles, que la redimen de sus pasadas culpas.

Por lo que a mí toca, nunca como en esta ocasión me enorgullecí tanto de llamarme español, y a fuer de serlo bueno aplaudo a mis compatriotas en sus nobles procedimientos pacifistas y les estímulo con todas las veras de mi corazón a que sigan apartando la vista con horror de la tragedia que hoy consume y devasta al mundo.

De este modo, cuando pase el huracán de la guerra, cuando torne la serenidad a los espíritus y la Historia llame a juicio a todas las naciones para que expongan su actuación en el conflicto universal, España acudirá alta la frente, la conciencia limpia y las manos puras, porque la sangre que hoy se vierte no se las habrán mancillado; y el fallo inapelable de la Historia, caerá sobre nuestro pueblo como una bendición de Dios.

Pero Dios y la Historia no enjuiciarán con los mismos favorables pronunciamientos a las naciones beligerantes, porque éstas se presentarán ante ambos tribunales con el corazón lleno de rencor y las manos tintas en sangre.

Y Dios les repetirá el apóstrofe lanzado al primer homicida:

- "¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?"

Y la Historia marcará sus nombres siniestros, con el sello infamante de su eterna reprobación.

Tal es el juicio que me inspira la guerra actual, el cual podrá ser equivocado, mas es sincero; y una vez emitido continuó las "Memorias", reseñando los hechos ocurridos en el presente año.

Durante el mes de enero, en los días 6, 7, 14, 21 y 28 se han celebrado cinco veladas científico-literarias, en el Casino de Priego, amenizadas con música.

En ellas han tomado parte, como disertantes, los Sres. D. Rafael Yébenes Díaz, D. Simón Rubio Chávarri, D. José Serrano Aguilera, Pbro. D. Miguel Carrillo Tallón, D. Manuel Rey Cabello, D. Baldomero Rodríguez Cobo, mi hijo José Tomas y yo, por mi hija Ángeles de la cual leí una poesía, así como por propia cuenta ha ido leyendo sucesivamente las presentes "Memorias" hasta llegar al año 5. Esto por lo que respecta a nuestros paisanos; además, han disertado en prosa y verso los Sres. Doctor Nemesio de Heredia y D. Elipio del Pino, ambos de Aguilar. La parte lírica ha estado a cargo de los Sres. D. Laureano Cano y sus dos hijos, D. Antonio del Espino, el doctor Nemesio de Heredia, el niño Ángel Luque y mi nieto Pepito Gámiz.



El 15 de enero, a las 9 de la noche, se declaró un pequeño incendio en la bodega de D. Andrés Arenas, plaza de San Pedro, siendo aquél sofocado bien pronto. La parte cómica de este incendio consistió en que la campana llamada "*la queda*" que es la típica para avisar aquí a los vecinos en tales casos, haciendo honor a su nombre, estuvo *queda* mientras duró el fuego, y apenas éste se apagó, comenzó a tocar con tal furia como si Priego ardiera por los cuatro costados. Y es que diría el campanero:

- Las malas noticias cuanto más tarde se den, mejor.

-

El 18 de enero debutó en el teatro la compañía dramática que dirige el Sr. Calafat. El 23 celebró una función en homenaje a D. José Echegaray, poniendo en escena "*El Gran Galeoto*". Los Sres. D. Miguel Carrillo, D. Manuel Rey y yo, leímos poesías en honor al insigne dramaturgo.

El 30 del repetido mes se estrenó el boceto dramático en dos actos y en prosa, de mi amigo D. Manuel Rey Cabello, titulado "*Los Dioses de la Tierra*", el cual obtuvo tan franco como merecido éxito, teniendo el autor que salir muchas veces a escena entre grandes aplausos.

El domingo 4 de febrero se celebró en el Casino de Priego la sexta y última velada de esta serie, en la cual disertaron D. José Utrilla, registrador de la Propiedad, y D. Juan Callava Fernández, terminando yo la lectura de estas "Memorias" y dando al distinguido concurso muy encarecidas gracias, no sólo por la cortesía sino por la santa paciencia con que las han escuchado.

.....

100/1  
Prefacio.

Este libro tiene dos aspectos: uno, íntimo, familiar, privado, que atañe directamente a quien lo ha escrito, e interviene como cosa propia a las personas con quienes se ligan los sagrados vínculos de la sangre; el otro aspecto, de esfera más amplia, es público, y aun me atrevería a llamarle popular, por que hace relación, rememorándola, con la vida de nuestro pueblo, durante un lapso de más de medio siglo.

Claro es que de ambos aspectos, el primero, reviste para mí y para los míos un interés primordial, directo, y por esta razón lo trato con más lujo de detalles llegando a las veces hasta a la minuciosidad, falta disculpable si se tiene en cuenta que lo que es materia baladí para los extraños se aprecia como grata noticia y recuerdo estimable por los propios.

Esto estará de más el insistir sobre este punto, para que no se me acuse luego de haber hecho una obra excesivamente personal; pero ¿no ha de ser personal, y hasta personalísimo, lo que es esencialmente propio?

En toda clase de Memorias individuales, y con mayor motivo si son íntimas como estas, el eje principal en cuyo alrededor gira y se desenvuelve la acción es el autor de ellas: he aquí por qué en las presentes intervengo siempre como espectador, cuando no como actor, por que si de otro modo fuera, ya no serian Memorias propias, sino de referencia, en cuyo caso, sobre no tener el interés y la virtud de estas, tampoco podría responder de su exactitud como respondo de la exactitud y veracidad de las mías.

Yupero este carácter personal, no excluye ni merma ese segundo aspecto, mediante el cual, lo aquí consignado, atañe,

10/7

Año 1862.

El 11 de Septiembre, fecha de mi natalicio, murió mi abuelo materno D. Francisco de Paula Lopez Baracuel.

El 13 de Octubre, mientras Isabel 2ª hacía su viaje a Andalucía, y precisamente la misma mañana en que alumbraba bajo el cedro de San Juan de la Cruz en la Hacienda de Calderón, en Granada, mis amigos y yo jugábamos cono de cortinón en la calle del Río, hoy de Alcalá-Lacort. Nuestro juego fue interrumpido bruscamente por las voces y lamentos de una buena mujer, conocida por Rafaelica la de la leche, quien salía de la casa del que después había de ser mi padre político, D. José Eugenio de Castilla.

— ¡Qué lástima de señora! — decía — ¡qué lástima de niños!

— ¿Qué ha pasado? — le preguntamos.

— Fue acaba de morir Dª Maria de los Angeles.

Con efecto; dicha señora murió en la plenitud de su vida, de un ataque de eclampsia, al dar a luz a su tercer hijo.

A propósito de esta muerte y de la anterior, se me ocurre una observación digna de notarse por ~~la triple coincidencia~~ por la triple coincidencia de fechas, que entrana, a saber: mi abuelo materno falleció, como ya dije, el 11 de Septiembre, aniversario de mi nacimiento. Dª Maria de los Angeles Ruiz, murió el 13 de Octubre, fecha en que 27 años después había de nacer su nieto e hijo mío Carlos. Y, como se verá mas adelante, mi abuela paterna Dª Rita Garcia Penche, murió en 10 de Febrero de 1876, fecha en que, seis años después, o sea en 1882, había de nacer su bisnieta e hija mía Angeles.

1901

10/176

El 2 de Marzo nació mi primer nieto, Antonio Javier Valverde, hijo de D. José Javier Bólix y de mi hija Carmen.

El 4 de Marzo se estrenó en nuestro teatro con éxito felicísimo el interesante drama en tres actos y en prosa, original de mi querido amigo D. Miguel Barrillo Fallon, titulado "El Pañuelo bordado", que hubo de repetirse varias noches. Yo le felicité dedicándole una poesía que leí en escena, de la que recuerdo estas dos décimas:

"El secreto del autor  
Si el lauro ha de conseguir  
Es sentir, y hacer sentir  
Lo mismo al espectador:  
Nunca se llama al dolor  
Que fiel el dolor no acuda;  
Que en la lucha torca y ruda  
Que en esta vida llevamos,  
Cada vez que lo llamamos,  
Corre más en nuestra ayuda.  
Por eso al conjuro hermoso  
De tu creación singular  
Tú has sabido despertar  
Al corazón generoso;  
Y es que aun que yacía en reposo  
Como dormido león  
A la voz de la pasión.  
Responde si se le llama,  
Pues cada hombre lleva un drama  
Dentro de su corazón."

Durante el mes de Abril escribí un folleto nominado "Electromanía" (Juicio crítico de Ulectra) que edité al mes siguiente en Málaga.

El drama "Ulectra", del insigne escritor D. Demito Puerz Golder se había estrenado en Madrid el 30 de Enero último con un éxito tan aparente como falso. Cuestiones meramente políticas de actualidad, aprovechadas

Año 1908.

10/193

Lector: ¿te acuerdas de aquel niño recién nacido que en Mayo de 1875 fué llevado por sus padres a la iglesia de San Francisco, y que al ver el retablo adornado, comenzó a llorar por primera vez en su vida y a mover el bracito en señal de protesta y desaprobación de todo aquel adorno y aderezo?

Pues ya pareció el nene, sino que ya no es nene; ya es un mozo con treinta y tres años y pelos... en la barba, por que tiene barba corrida y muy bien cuidada.

El cual mozo, entre sus muchas y notable aptitudes, posee la especialísima de — o por intuición, o por estudio, y yo creo que por ambas cosas — ser una verdadera y reconocida autoridad en gusto estético, y en dar la nota de bellera, originalidad y elegancia a cuanto arregla, dispone o decora.

Esta felicísima disposición nos la anunció ya en el día de marras y nos la ha comprobado cumplidamente después. Antes hacia, desde los primeros del siglo, dedicarse a modificar, embelleciéndolo, el retablo destinado a lucir en las grandes fiestas de nuestro Padre Jesús en la columna, pero a partir del presente año ocho, así como en los sucesivos, ha sido el director y — perdonoseme la puerilidad de la frase — el promotor de la ornamentación en ambas hermandades, de la columna y del carareño, amén de otros decorados, tanto religiosos cuanto particulares.

Su éxito ha sido tan grande que ha tenido la habilidad — que yo llamaría milagrosa — de <sup>lograr</sup> que a los marareños le gusten hasta el extremo, los adornos empleados en la fiesta de la columna, y que a los columnarios les satisfagan hasta ponderarlos, los del carareño; coincidencia de juicio, no conocida hasta ahora, por lo cual ambas reales Cofradías, para patentizarle su justo reconocimiento han declarado exornador perpetuo y gratuito de sus cultos al Sr. D.

## ÍNDICE

<b>TÍTULOS</b>	<b>PÁGINAS</b>
Prefacio	3
Año 1859	5
Año 1860	6
Año 1861	7
Año 1862	8
Año 1863	9
Año 1864	10
Año 1865	11
Año 1866	13
Año 1867	15
Año 1868	17
Año 1869	20
Año 1870	22
Año 1871	24
Año 1872	26
Año 1873	27
Año 1874	31
Año 1875	35
Año 1876	42
Año 1877	45
Año 1878	47
Año 1879	51
Año 1880	54
Año 1881	56
Año 1882	58
Año 1883	61
Año 1884	64
Año 1885	68
Año 1886	73
Año 1887	76
Año 1888	78
Año 1889	79
Año 1890	84
Año 1891	90
Año 1892	92
Año 1893	97
Año 1894	99
Año 1895	101
Año 1896	104
Año 1897	109
Año 1898	111
Año 1899	113

Año 1900	116
Inter secula (Entre siglos)	121
1901	127
1902	129
1903	130
1904	132
1905	133
1906	138
1907	139
1908	141
1909	143
1910	145
1911	147
1912	149
1913	150
1914	151
1915	153
1916	155
1917	157
Facsímiles	161
Índice	165